
ME
ENREDAS
así
GEMA
SAMARO

ME ENREDAS ASÍ

GEMA SAMARO

©Gema Samaro, agosto, 2023

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: iStock by Getty Images iStock.com/Avgust01

Diseño de portada: AIRG

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

ÍNDICE

Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA
REDES SOCIALES

Sinopsis

Ana, después de dejarlo una vez más con Germán, su novio y jefe del hospital en el que trabaja de pediatra, puso tierra de por medio y en el oasis de Siwa, en Egipto, conoció a Álex.

Un guapazo con un magnetismo de mil demonios con el que viajó hasta Dahab, donde vivieron una historia tan bonita que Ana decidió dejarla ahí porque no estaba preparada para empezar una relación.

Y no volvió a saber nada de Álex hasta que un año después se lo encuentra en Ibiza.

Germán ya es pasado. Y el primer día de las vacaciones, cuando Ana está en la piscina del hotel, en compañía de su amiga Tea que tiene cosas pendientes con Manuel, de repente se percata de la presencia de Álex.

Y no está solo. Ocultas tras unas hamacas, observan cómo se derrite en atenciones con una septuagenaria a la que le lleva el bolso y luego cómo toma daiquiris con una rubia de unos veinte años.

Lo primero que Ana deduce, con los nervios de reencontrarse con el tío que no ha podido sacarse de la cabeza, es que la empresa de Álex va tan mal que se ha tenido que meter a gigoló. Y aparte se ha llevado a su joven amante a disfrutar de la isla.

Lo que Ana no sabe es que Álex tampoco ha podido olvidarla y que en cuanto la ve buscando algo detrás de una hamaca, solo desea que lo que busque sea a él, que lo suyo esta vez pueda ser y que la flipada de su hermana Eva y la lianta de su abuela Coco no lo enreden todo más todavía.

Aunque para eso está Germán, que también se deja caer por ahí para acabar de liarla.

¿Sobrevivirán al verano más divertido de sus vidas y se atreverán a decir que sí al amor?

Capítulo 1

Ana se bajó un poco las gafas de pasta blanca para comprobar que lo que estaba viendo era cierto.

Y lo era.

Álex acababa de llegar a la piscina del hotel de la mano de una septuagenaria de pelo rojo, cortado a lo *pixie*, bronceada, de ojos negros rasgados, nariz aguileña, pómulos marcados, boca pintada del rojo más fuerte, alta, fibrosa, de andares elegantes y estilazo para lucir el caftán de leopardo y las sandalias de tacón doradas que llevaba puestas.

—¡Dios! —exclamó Ana, sin poder creer lo que estaba viendo.

Tea, la amiga de Ana, que estaba dormitando en la hamaca de al lado, abrió un ojo y le preguntó a su amiga:

—¿Algún famoso buenorro?

—¡Álex acaba de llegar y va con una señora! —cuchicheó Ana, bastante nerviosa.

Tea se incorporó de un respingo y preguntó mientras se puso a buscarlo entre las caras de la gente que estaba en la piscina:

—¿Álex González? ¿El actor?

—¡Álex Bravo!

Tea miró a su amiga alucinada y preguntó muerta de risa:

—¿El tío que te tiraste en Egipto está aquí?

—Justo enfrente, pero sé discreta por favor.

Si bien Ana dijo esto último sabiendo que su amiga no sabía lo que era la discreción.

No en vano, Tea se fijó en el pedazo de tío, moreno, de uno noventa, cuerpo perfecto, pelazo oscuro, ojos marrones, nariz recta y sonrisa increíble que tenían enfrente y exclamó a voz en grito:

—¡Es un puto Adonis de torso esculpido en piedra!

—Ya —masculló Ana, sin poder evitar recordar los días en que estuvo debajo de ese cuerpo.

—¡Y qué jodida caída de ojos!

—Sí —musitó Ana, porque lo de sus ojos era un espectáculo.

—Bueno, bueno… ¿Y esa sonrisa de dientes blancos, alineados y relucientes?

—Matadora.

A ella desde luego que la había dejado muerta muchísimas veces, sobre todo después de follar.

—¿Y tú has visto cómo le sienta el bañador de estampado tropical?

—Mejor no me hables —respondió Ana, al tiempo que a su mente le venía la imagen de lo que escondía ese bañador.

—¿Del pirulo tropical? —inquirió Tea, tronchada de risa.

—Ese tío es demasiado.

—Lo que no sé es qué haces aquí parada. ¡Corre a saludarlo!

Ana se revolvió en la hamaca, miró a su amiga agobiada y le recordó lo que era más que evidente:

—¿No ves que va de la mano de esa señora y lleva su bolso colgado del hombro?

—¿Y? Es un chico solícito y educado que se ha ofrecido gentilmente a ayudar a una huésped —replicó Tea, quitándole importancia.

Ana fue a decir algo, pero no pudo porque de repente Álex echó un vistazo al frente y, antes de que fuera descubierta, se levantó para esconderse detrás de la hamaca.

—Tía, ¿qué haces? —preguntó Tea, dándose la vuelta para ver qué le ocurría.

—¡Esconderme para que no me vea!

—Esto es ridículo, porque…

Tea enmudeció y Ana asomó un poco la cabeza para ver qué era lo que estaba pasando:

—¡La acaba de besar! —exclamó Ana, sin dar crédito—. ¿Ves cómo está con ella?

—No he visto bien dónde la ha besado.

—En la boca. ¡Le ha plantado un pico en la boca! ¡Está con ella! —aseguró Ana, aunque ella tampoco había visto bien dónde le había dado el beso.

—Le ha besado, no sabemos dónde. Y ahora él está sacando un bote de protector solar mientras ella se quita el caftán y se queda en tetas. ¡Joder, la tía tiene buenas tetas! —exclamó Tea, asombradísima con lo que estaba viendo.

—¡Te van a pillar! ¡Eres muy descarada mirando! ¡Vente mejor conmigo aquí detrás! —cuchicheó Ana, tirando de la muñeca de su amiga.

Tea se levantó de la hamaca y se situó detrás de ella, junto a Ana que solo encontraba una explicación para lo que estaba pasando:

—Le tiene que ir fatal con su empresa.

—¿No era un joven empresario de éxito que sale siempre en las listas de los mejores del año de Forbes?

—Tú lo has dicho. Era. Pero estos meses le ha tenido que sobrevenir una ruina muy grande y ha acabado así.

—¿Así? ¿Cómo? —preguntó Tea, sin poder dejar de mirarlo—. ¡Porque no lo puedo ver ni más feliz ni más contento, con su sonrisa ultrabrillante y su actitud de tío tremendo!

—Está interpretando un papel. Es su trabajo.

—¿De qué coño hablas? —inquirió Tea, arrugando el ceño.

—¡De lo obvio! ¡Es un gigoló!

Las chicas se fijaron en ese instante en que la señora se había tumbado en la hamaca bocabajo dejando a la vista un tanga de hilo dental.

—¡Qué bárbaro! ¡La tía tiene un culazo de doscientas sentadillas al día! —exclamó Tea, admirada.

—Se conserva muy bien, pero qué pena que él haya tenido que terminar así —lamentó Ana a la vez observaba cómo Álex derramaba un generoso chorro de protector solar sobre la espalda de la señora.

—A lo mejor se ha enamorado de ella —repuso Tea, encogiéndose de hombros.

—Solo sé que él detesta estos sitios y que prefiere agarrar la mochila y marcharse a cualquier lugar perdido. Como tampoco me pega para nada que esté veraneando en agosto en Ibiza.

—¿Y si lo está haciendo por amor? —insistió Tea.

—Por amor a la pasta que necesita para salir de la mierda tan grande en la que debe estar.

Y tras decir esto, ambas se fijaron en que la señora se levantó, después de que Álex le hubiera embadurnado la espalda, le arrebató el bote y comenzó ella misma a extenderse la crema por los pechos y los brazos. Algo que llamó poderosamente la atención de Tea que inquirió:

—¿No te parece mosqueante que él no le pringue las tetas de crema? Si mi novia tuviera esas tetazas, yo estaría loca por embadurnárselas.

Sin embargo, a Ana aquello le pareció de lo más normal:

—No es nada mosqueante, porque ella es una mujer independiente que puede pagarse un gigoló y untarse ella misma las tetas de crema.

Y tras decir esto, la señora guardó el protector y, en un visto y no visto, se lanzó a la piscina de cabeza con un estilo impecable.

—¡Me pido ser como ella cuando sea mayor! —exclamó Tea, que estaba fascinada.

—Una mujer que sabe lo que quiere y paga lo que sea por ello —dijo Ana, convencida.

Luego, Álex se tumbó en la hamaca y empezó a pegar tal cantidad de bostezos que Tea solo pudo deducir una cosa:

—Este bosteza tanto porque se han debido pasar la noche follando. ¡Menudo fondo tiene que tener la señora! ¡Nada a braza a una velocidad que nosotras no hemos cogido en la puta vida!

Ana, que estaba pendiente de todo lo que estaba sucediendo en esa piscina, de repente se percató de que había una rubia que no debía tener más de veinte años, haciéndole señales a Álex con las manos y murmuró:

—¡No me lo puedo creer! ¡Este tío es un pedazo de golfo!

—¿Qué pasa ahora?

Y tras decir esto, Tea vio cómo Álex le devolvía el saludo a la rubia con una sonrisa de lo más efusiva.

—¿Será tan canalla de aprovechar que la señora está nadando para ponerse a ligar con la rubia? —masculló Ana, perpleja de la poca vergüenza de ese tío.

—¡No lo sé! Pero esto se está poniendo de lo más interesante —respondió Tea, frotándose las

manos.

Ana se puso muy seria y le dio rabia tener que recordarle que:

—A mí ese tío me importaba.

—No tenías que haberle dado la patada después de la aventura egipcia —le chinchó Tea.

—Tú mejor que nadie sabes que no estaba preparada para empezar algo: lo de Germán estaba aún reciente.

—A ese gilipollas tenías que haberle mandado a la mierda hace un montón —aseguró Tea, echándose unos mechones de pelo detrás de la oreja.

—Es jodido salir de una relación complicada como la que teníamos.

—Pero ya lo has hecho. Y el chico con el que viviste tu aventura más loca y romántica: ¡está aquí! —exclamó Tea, que alzó las cejas.

—¡Trabajando de gigoló y trayéndose a su último rollo al hotel! ¡Liarme con él otra vez sería saltar del fuego para caer en las brasas!

—¿Qué? —preguntó Tea, porque se había perdido algo.

—Que se acaba de levantar, se ha ido a la barra y la rubia le ha pasado un daiquiri.

—Tendrá sed y se conocerán de algo —repuso Tea, sin darle importancia.

Ana les echó otra miradita, los vio muertos de risa a los dos y solo pudo concluir una cosa:

—¡Madre mía! ¡Qué moto me vendió el muy cabrón! ¡Es un puto canalla!

—Solo se están riendo. La rubia tiene cara de ser muy simpática.

—Por favor —murmuró Ana—. ¡Salta a la vista lo que tienen entre manos!

—¿El qué?

—Él se ha traído a la rubia para tirársela en los ratos muertos que le deja la señora que no para de hacer largos.

—La tía tiene una forma física que ya quisiéramos nosotras, pero entonces, tú no me contaste bien la historia que tuviste con este tío.

—¿Por? —preguntó Ana, pestañeando deprisa.

—Este tío no es que folle bien, como me dijiste en su día, este tío es un pluscuamfollador máximo si tiene a la de setenta y a la de veinte así de contentas.

—Yo ya no sé quién es —aseguró Ana, que negó con la cabeza—. ¡No le reconozco! Y échate un poco más para atrás y deja de observarlo que acaba de mirar para acá.

—¿Y? ¿Qué problema tienes? ¿No dicen que no hay dos sin tres?

Ana miró a su amiga espantada, resopló y masculló:

—¡Ni de coña!

Tea la miró y, muerta de risa, empezó a canturrear la canción:

—*Si nos organizamos, cogemos todos…*

—¡Déjame tranquilita!

—Ja, ja, ja, ja.

Y, Tea de la risa, se tambaleó, la empujó y al final las dos acabaron tiradas por el suelo…

Capítulo 2

Álex, que se había percatado de la presencia de Ana desde el momento en que se había ocultado detrás de la hamaca, le dijo a su hermana Eva:

—Y ahora no sé qué hacen, que están rodando por el suelo.

Eva dio un sorbo a su daiquiri y replicó sin parar de reír:

—¿Por qué no vas de una vez a saludarla?

—Me encantaría que lo que estuviera buscando detrás de la hamaca fuera a mí, pero me temo que es justo lo contrario. ¡No quiere ni verme!

—¡No digas chorradas! ¿Cómo va a haber olvidado lo que vivisteis en Egipto?

—No debió marcarle tanto cuando me mandó a la mierda después de nuestra última noche —le recordó Álex.

—No te mandó a la mierda. Te dijo que acababa de salir de una relación complicada y que necesitaba tiempo. Y ha pasado un año y ¡ahí la tienes! ¿A qué esperas a ir a por tu *crush*?

Álex lanzó una mirada discreta a la zona donde estaban las chicas y farfulló:

—¡Se ha vuelto a esconder detrás de la hamaca!

—Porque a lo mejor la has pillado con unos pelos horribles y el típico bikini de dos euros que solo saca lo peor de ella.

Álex se acordó de la primera vez que la vio, flotando en la piscina natural de Siwa, en el mismo sitio donde cuentan que se bañaba Cleopatra, con su melena larga y castaña, una camiseta enorme de los Rolling Stones, y los ojazos verdes que se le clavaron en lo más profundo, y no pudo hacer otra cosa más que soltar una especie de suspiro absurdo y luego decir:

—Ella tiene un pelo precioso y un cuerpazo al que todo le sienta de maravilla.

—¡Eso es amor! —exclamó Eva, tronchada de la risa.

Sin embargo, Álex no tenía ninguna gana de reírse porque la situación no podía ser más patética:

—¡Esto es una puta mierda, es evidente que pasa de mi culo!

—No te precipites. En verdad, lo único que sabes es que estás a unos pocos metros de la chica con la que nos llevas dando la turra desde que regresaste de Egipto.

—No soy un tío pesado. ¡No me jodas!

—Tan solo nos has hablado veinticuatro siete de esa chica —ironizó Eva.

—Os hablo de Egipto, y de forma tangencial sale ella.

—Perdona, es justo al revés: hablas de ella y de forma tangencial sale Egipto.

A Álex tampoco le extrañó que su hermana le dijera aquello porque no lograba sacarse a Ana de la cabeza, si bien lo que masculló fue:

—Te juro que no sé qué es lo que hago aquí.

—¿Cómo que no lo sabes? Es tu destino, tete —respondió Eva, con una sonrisa enorme.

—¿Mi destino es estar veraneando en un hotel lleno de gente, con todo incluido y solo para adultos?

—¿Echas de menos los gritos de los niños? —replicó Eva, sin parar de reír—. ¡Ay, ay, ay, que con el amor también se te ha despertado el instinto paternal! ¡Y yo feliz! ¡Qué ganazas tengo de ser tía!

—¡Deja de decir bobadas! Lo que se me han despertado son unas ganas tremendas de salir corriendo al aeropuerto y pillarme el vuelo al destino más solitario del mundo.

—¡No seas quejica! ¡Estamos rodeados de gente guapísima! —exclamó Eva, dando otro sorbo a su daiquiri.

—¡Todo postureo! ¡Esta gente no me interesa lo más mínimo!

—¡Pinochín! —gritó Eva, metiéndole un codazo en la tripa.

—*Auuu*.

—¡Te conozco! —afirmó Eva, que le agarró por los hombros.

—¡Te digo la verdad! La única que me interesa, pasa de mí. Así que dime qué pinto aquí.

—Ya te lo he dicho. El destino.

—¡Qué destino ni qué cojones! —refunfuñó Álex, frunciendo el ceño—. Estoy aquí porque la abuela y tú os pusisteis de un plasta insoportable para que viniera de vacaciones con vosotras.

—Y el sitio que hemos elegido no puede ser más top.

—¿Top? ¡No hay nada que me agobie más que Ibiza en agosto! —exclamó agitando el daiquiri al aire.

—En un hotel de puta madre y con una pulserita que te permite tener todo gratis —replicó Eva, que apartó las manos de los hombros de Álex y le mostró feliz su pulsera.

—¿Gratis? ¡Esto se lo van a cobrar y bien caro a la abuela!

—A ella le renta pasar unas vacaciones diferentes con nosotros.

—¿Le renta? —repuso Álex que todavía seguía sin comprender algo—: ¡No sé a cuento de qué este año le ha dado por pasar unos días en Ibiza, cuando de toda la vida ella veranea en la casa de Altea!

—Le apetecía muchísimo venir a la isla con nosotros y llevarnos a los conciertos de la gente que escucha cuando hace *spinning*: David Guetta, Tiësto, Martin Garrix, Calvin Harris…

—¡No me jodas! —exclamó Álex sobresaltado porque lo de los conciertos era la primera noticia que tenía.

—Sí, sí, sí, *siiiiiiiiiiiiií*.

—¿La abuela tiene pensado salir de marcha todas las noches? —inquirió Álex con una cara de pavor tremenda.

—¡De locos! —asintió Eva, haciendo la V con los dedos.

—¿Qué? —masculló Álex, revolviéndose el pelo con la mano.

—¡Genial! —exclamó Eva, eufórica.

—¡Que perecita! —rezongó Álex, tras soltar un gruñido—. ¡Con lo que me gusta la fiesta masificada! —ironizó.

—Antes te gustaban.

—¡Cuando tenía quince años! Ahora tengo treinta y ¡las odio!

—¡Qué rancio, tete! —exclamó Eva, negando con la cabeza.

—Y lo que no me cuadra es que Ana esté de vacaciones en un sitio con tanta fiesta y tanta gente.

—Le molará también la vida *loka* y la *fiestuki*. ¡No todo va a ser estar de *chill* fumándose porritos frente al mar Rojo!

—No sé de qué me hablas —mintió Álex, porque lo sabía bien—. Lo que tampoco me cabe en la cabeza es que Ana haya elegido un hotel solo para adultos.

—A lo mejor no soporta a los niños —sugirió Eva.

—¿Siendo pediatra? —inquirió Álex, enarcando una ceja.

—Está de vacaciones y querrá descansar de mocos y de babas. ¡Me encaja completamente! ¡De una!

—No entiendo nada —dijo Álex tras dar un sorbo a su bebida.

—Porque lo que tienes que hacer es dejar de comerte el coco y saludarla de una vez. ¡Dilo, tete!

—¿Qué diga qué? —preguntó Álex tras dar otro sorbo.

—Que te lances, *bro*.

—¿Cómo tengo que decirte que en cuanto me ha visto se ha escondido detrás de una hamaca?

—Habrá una razón y tendrás que descubrirla. ¡Vamos!

Eva agarró a su hermano de la mano y tiró de él para que empezara a andar:

—Ni borracho. ¡Yo no me muevo de aquí!

—Tío, no seas pimpín.

—Soy lo que me sale de los huevos —masculló Álex, soltando la mano de Eva.

Y Eva volvió a agarrarle de la mano y a decirle apuntándole con el daiquiri:

—Emplea esa testosterona en decirle que estás pilladísimo por ella.

Álex soltó una carcajada, pues ya solo se lo podía tomar a risa y repuso mordaz:

—¡Qué idea tan estupenda! ¡Plantarme delante de una chica que se ha escondido para evitar saludarme y decirle que estoy loco por ella! ¡Me voy a ganar el título de Míster Baboso del verano!

—¿Tú no dices que has triunfado en los negocios porque nunca te rindes?

—En los negocios no me rindo y me esfuerzo por ser cada vez mejor.

—En el amor es igual.

—¡No me líes, Eva! —le exigió Álex.

Eva se enganchó del brazo de su hermano, le miró muy serio y le recordó:

—El amor es para los valientes que se atreven a ir más allá de sus límites.

—Me dan asco las frasecitas que parecen sacadas de Pinterest.

—Lo que te jode es escuchar la verdad. Pero es lo que hay, tete. Así que ¡tira para adelante!

Eva se desenganchó del brazo de su hermano, le agarró de la mano, dio un fuerte tirón y lo arrastró para que empezara a andar de una vez.

—Joder, Eva —murmuró Álex resistiéndose.

—¡Fluye, coño! —le exigió Eva, sin dejar de tirar de él.

—No me vas a dejar tranquilo —farfulló resignado a su suerte.

—Soy Tauro. Yo tampoco sé lo que es rendirme —aseguró Eva, con una sonrisa triunfante.

—¡La madre que te parió! —murmuró Álex.

Y empezó a caminar en dirección a las hamacas, arrastrado por su hermana que opinó:

—Tuvisteis una conexión tan especial que me huelo que ella se ha escondido porque está tan cagada como tú.

—¡Yo no estoy cagado! —replicó molesto.

—Jo, jo, jo, jo.

—Simplemente soy un tío realista que tiene dignidad.

—La realidad es que esa chica tiene que saber cuanto antes que estás enamorado.

Y tras decir esto, Eva aceleró más el paso hasta que llegaron frente a las hamacas donde estaban las chicas escondidas…

Capítulo 3

Ana se quedó rígida al ver que Álex se dirigía hacia ellas, de la mano de la rubia…

—¡Vienen para acá! ¡Tierra, trágame!

Tea le frunció a su amiga los triángulos del bikini verde fosforito que llevaba para hacerlos más pequeños todavía, le atusó una ceja y le pellizcó las mejillas:

—¿Qué haces?

—¡Ponerte *sexy*! ¡Trae el pelo!

Y tras decir esto, Tea le alborotó el pelo con las manos mientras Ana no podía estar más nerviosa:

—¡Va a pensar que me he peleado con un gato!

—¡Tú sí que tienes ahora pintas de gataza en celo! —exclamó Tea, mirando con orgullo su obra.

—¿No te das cuenta de que es un tío amoral y sin escrúpulos? —inquirió Ana, mordiéndose el labio inferior.

—Ese gestito del labio también le va a poner perraco total.

—¿No me escuchas? —replicó Ana, agobiada.

—¡Abre tu mente, Ana! ¡Y pellízcate los pezones! —le exigió Tea, divertida.

—¿Qué? Me niego a montármelo con los tres. O sea, no. ¡Ni hablar! Tengo muy claro cuáles son mis límites.

—Tía, ¡es verano!

—¡En verano mis límites son los mismos que el resto del año! —murmuró Ana, molesta.

—No te estoy sugiriendo que os pongáis a follar los cuatro, sino que escuches lo que tiene que decirte.

—¿Qué me va a decir? «¡Hola, tía patética, que estás escondida detrás de una hamaca, mientras yo aprovecho a tope el verano ligándome a rubias y tirándome a septuagenarias por pasta!». ¡A ver si con un poco de suerte no me ha visto y pasa de largo! —exclamó Ana, frunciendo el ceño.

—¡No disimules! ¡Si estás deseando saludarle!

—¿Yo?

Tea en vez de replicar algo, lo que hizo fue pasar a la acción, ponerse de pie y saludar a la parejita cuando estaban a escasos metros de ellas:

—¡Hola!

Ana miró a su amiga horrorizada, tiró del vestido de rejilla rojo que llevaba y cuchicheó:

—¿Qué estás haciendo, loca chunga?

—Terminar de rematar lo que el destino en su infinita sabiduría ha urdido para ti.

—¡Deja de decir gilipolleces y…!

Ana tuvo que dejar colgada la frase porque de repente escuchó una voz femenina saludar en un tono cantarín:

—¡*Holiiiiiiii*!

A lo que su amiga replicó, eufórica, como si la que acabara de saludarla fuera Taylor Swift o alguien similar:

—¡*Holi*! ¡*Holi*! ¡Soy Tea! ¡Y he venido con mi amiga Ana! ¡Ana! ¡*Anaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa*!

Tea se agachó para tirar del brazo de su amiga que no sabía dónde meterse de la vergüenza que tenía:

—¿Está buscando algo por ahí atrás? —preguntó Eva, en tanto que Ana en un último intento de poner a salvo su dignidad, empezó a palpar el suelo con las manos.

—¡Mi lentilla! —exclamó Ana, fingiendo que la buscaba.

—No sabía que usabas lentillas —intervino Álex, sin dejar de mirarla.

—¡Ni ella tampoco! —repuso Tea, muerta de risa.

Antes de que su amiga siguiera haciéndole pasar el ridículo de su vida, Ana se levantó y dijo:

—¡No pasa nada! ¡Está todo bien! ¡Y nosotras nos vamos a comer que luego nos quedamos sin nada!

Ana se enganchó del brazo de su amiga, esta la miró sin parar de reír y le informó:

—Todavía faltan dos horas para que abran el comedor.

—En aquella barra te sirven pizzas, perritos, sándwiches y hamburguesas —dijo Eva, señalando la zona.

—¡No tiene hambre! ¡Se ha inflado a *minigofres* de Nutella en el desayuno! —contó Tea, indicando con las manos la pila que se había zampado.

—¿Inflado? —inquirió Ana, con unas ganas irrefrenables de coserle la boca a su amiga.

—Te has puesto hasta arriba, nena —repuso Tea, encogiéndose de hombros.

—¡Como yo! —reconoció Eva, risueña—. Por cierto, soy Eva, y me moría de ganas de conocerte, este no para de hablarme de ti.

Álex se pasó la mano por la cara, reprimiendo las ganas que tenía de arrojar a su hermana a la piscina para que dejara de decir estupideces.

Y, a continuación, Eva besó con sendos besos a Tea y a Ana que lo primero que pensó fue que el motivo por el que Álex no paraba de hablarle de ella a esa chica era para hacer la clásica triangulación de los narcisistas.

Es decir, la sacaba siempre a colación, para hacer comparaciones odiosas, y que esa pobre chica se sintiera tan insegura y tan vulnerable que fuera muy fácil manipularla y controlarla.

Qué repugnante, pensó.

¿Pero cómo podía haber estado tan engañada con ese tío?

Si bien lo peor fue cuando escuchó a su amiga decir entre risitas:

—Como Ana. ¡Se pasa el día dándome la chapa con Álex y la pasión tan loca y tan salvaje que vivieron en Egipto!

Ana, ansiosa por meter una chancla en la boca a su amiga para que se callara de una vez, anunció muy borde:

—Me voy a dar un baño.

Y Tea sin hacerle ni caso, se presentó a Álex con una sonrisa amplísima:

—Soy Tea. ¡Por fin nos conocemos!

Y, acto seguido, agarró a Álex por los hombros y le plantó dos besos sonoros en las mejillas.

—Encantado —masculló Álex que estaba tan incómodo como Ana.

—Lo mismo digo, es un gustazo conocer al chico que le regaló a mi amiga aquellos días tan tórridos en Egipto —habló Tea, apuntando con la cabeza a su amiga.

Ana fulminó a su amiga con la mirada mientras Eva metía otro codazo a su hermano y le ordenaba:

—¡Bésala de una vez!

Álex profirió una especie de gruñido y Eva le empujó para que se quedara justo frente a Ana.

—¡Dios! —musitó Ana que, de repente, se vio frente a ese pedazo de tío al que ya ni reconocía.

—¡Hola! —dijo Álex, con unas ganas infinitas de agarrarla por el cuello y meterle la lengua hasta el fondo.

—¡Hola! —susurró Ana con las rodillas aflojadas y las mismas ganas que él.

Pero no podía ser. Ese tío era lo peor y lo único sensato que podía hacer era perderle de vista cuanto antes.

Sin embargo, Tea tenía una visión completamente distinta de lo que estaba sucediendo:

—¡Qué genial que el destino os haya vuelto a juntar! —exclamó Tea, haciendo muchos aspavientos.

—Es una casualidad —aseguró Ana, mientras Álex no dejaba de clavarle la mirada.

—¡Las casualidades no existen! —repuso Tea.

Y, por si ya no tenían bastante, Eva se lanzó a cantar la canción de Aitana:

—*A nuestra (o sea, vuestra) historia le hace falta una segunda parte…*

Y Tea se puso también a cantar y a agitar los brazos de un lado a otro.

Ana pensó que era muy triste que esa chica estuviera tan sometida a ese narcisista apestoso que hasta jaleaba que pudiera volver a tener algo con ella.

No obstante, de pronto, tuvo que dejar aparcado ese pensamiento porque Álex dijo sin dejar de mirarla de esa forma tan intensa:

—Mi hermana está fatal.

—¿Tu hermana? —preguntó Ana, sin entender nada.

—La loca que está pegando berridos —precisó Álex por si acaso le quedaba alguna duda.

—¿Tu hermana no era pelirroja? —repuso Ana, arrugando la nariz.

Y justo en ese instante a Ana le dio por echar un vistazo a los triángulos de su bikini y se percató de que su amiga se lo había fruncido tanto que tenía los dos pezones fuera para su espanto más absoluto:

—En la época en que te conocí era pelirroja. Pero vamos, es ella —habló Álex que no pudo evitar mirar los pezones que había tenido en su boca.

—Es que me tiño mogollón —confesó Eva, dando un manotazo a su melena.

—¡Qué desastre! —masculló Ana, estirando al máximo los triángulos de su bikini para que lo taparan bien todo.

—Tampoco te agobies con eso, aquí la gente va con todo fuera —comentó Álex para que se tranquilizara.

Pero, lejos de tranquilizarse, ella se puso aún más nerviosa:

—¡Qué horror! —murmuró Ana.

—¿Horror? Tienes unos pezones preciosos —farfulló Álex.

—¡Di que sí, Álex! ¡Yo siempre se lo digo: «Ana, tía, tienes que tener más orgullo pezonil!» —exclamó Tea, que estaba muerta de risa.

Ana hizo como que no había escuchado a su amiga y volvió a insistirle a Álex tras ponerse los triángulos en su sitio:

—¿Entonces es tu hermana?

—Eva, la flipada. Te hablé de ella. ¿Quién pensabas que era? —preguntó Álex.

—Un rollo —respondió Tea por ella.

Ana soltó una carcajada nerviosa y replicó porque no se le ocurrió otra mejor manera de cambiar de tema:

—Ja, ja, ja, ja. Es el humor de mi amiga. Perdonadla, ¡ha tenido un año malísimo!

—¿Yo? —replicó Tea, negando con la cabeza.

—Sí, tú. No estás bien —zanjó Ana.

Sin embargo, Tea replicó para dejar las cosas definitivamente claras:

—La que no estás bien eres tú que pensabas que esta chica era el rollo de tu *crush* y la señora del pelo rojo…

—¿Soy tu *crush*? —preguntó Álex, que sintió como un corrientazo eléctrico a lo largo de la columna vertebral.

—Te digo que mi amiga no está bien —respondió Ana, adoptando el tono de voz de doctora seria y competente—. Ha tomado tantas pastillas este año para lo suyo que no rige.

—¡Yo rijo de puta madre! —exclamó Tea, entre risas—. A la que se le va la pinza es a mi amiga que cree que la señora del pelo rojo es…

—Mi abuela —aclaró Álex—. Y ella y mi hermana me han engañado para que pase unos días en este lugar inhóspito.

—¿Inhóspito? —inquirió Tea, abriendo mucho los ojos—. Eso era antes de que te reencontraras con mi amiga y sus bonitos pezones.

Ana no pudo ni ofuscarse con el comentario de la bocazas de su amiga porque aún estaba procesando la última información que Álex acababa de darle y le interrumpió para decir:

—¿Tu abuela? —masculló Ana pestañeando muy deprisa.

—Mi abuela Socorro, te hablé también mucho de ella —le recordó Álex, mientras pensaba que Tea tenía razón: con la presencia de Ana, el panorama veraniego había dado un giro radical.

—Y es la señora que… —musitó Ana, mirando a la piscina donde la abuela estaba haciendo el último largo.

Y esta vez la que acabó la frase fue Eva que exclamó con un orgullo tremendo:

—¡La que nada que lo *putoflipas*! ¡Esa es mi abuela!

—¿Tu abuela la que se dedica a las soldaduras? —preguntó Ana, que no daba crédito porque ella se la había imaginado como una anciana de pelo blanco, vestida con bata de estampado floral y discreto, y zapatos horribles para pies delicados.

—¡La misma! —aclaró Eva—. Ella sola levantó un imperio de las soldaduras de la nada y…

Eva no pudo terminar la frase porque en ese instante la abuela salió del agua, se enroscó una toalla al cuerpo y se dirigió a ellos gritando:

—¡*Chicosssssssssss*! ¿Nos vamos los cinco a darnos un bañito a cala Tarida?

Y para pasmo de Ana, Tea la saludó agitando los brazos y soltó a grito pelado:

—¡*Planazooooooooo*!

Capítulo 4

Eva se lanzó a por su abuela, la agarró del brazo y le dijo con una alegría exultante:

—Abuela, ¡no te vas a creer con quien nos hemos encontrado!

La abuela se quedó mirando entusiasmada a Ana, se situó frente a ella, la cogió por los hombros y le plantó dos besos enormes en las mejillas:

—¡Qué ganas tenía de que llegara este momento, guapísima!

—Abuela, te presento a Ana. Ana, te presento a mi abuela Socorro —habló Álex.

—Ni se te ocurra llamarme Socorro. ¡Nadie me llama así! Soy Coco. Y no hace falta que me presentes a esta preciosidad porque sé muy bien quién es.

—¿Sabe quién soy? —preguntó Ana que de los nervios que tenía estaba como un palo.

—¡Túteame, por favor! Y por supuesto que sé quién eres: ¡no hay día que mi nieto no me enseñe una fotito tuya!

—¡Qué exagerada, abuela! —protestó Álex, abochornado—. Alguna que otra vez te he enseñado las fotos de Egipto y por casualidad sale Ana.

—Las casualidades no existen —repitió Tea, negando con la cabeza.

La abuela asintió y se fijó en la joven que estaba junto a Ana, una chica guapa, menuda, de pelo rosa, corte *clavicut* y flequillo, ojos enormes castaños, nariz respingona, labios gruesos y tatuajes por todo el cuerpo.

—A ti, sí que no te conozco, pero ya me caes de maravilla —le dijo la abuela.

—Soy Tea, amiga de Ana.

—¡Encantada! —replicó la abuela y ambas se besaron en las mejillas de manera muy cariñosa.

—Y que sepas que soy tu fan. ¡No me puedes molar más! —aseguró Tea—. ¡Es que hasta tienes un puntazo de nombre!

—¡Qué divina eres, hermosa! ¡Y qué bien nos lo vamos a pasar estos días los cinco juntitos! —exclamó Coco, frotándose las manos.

—Abuela, por favor, deja de enredar que seguro que ellas tienen sus propios planes —masculló Álex, para acabar con ese despropósito.

Sin embargo, Álex estaba muy equivocado porque a Tea le faltó tiempo para replicar:

—¡Nosotras estamos abiertas a todo! ¡Y el bañito en cala Tarida nos apetece mogollón!

—¡Me seco y nos vamos! —zanjó Coco—. ¡Esta mañana hemos alquilado una cucada de coche que os va encantar!

Álex negó con la cabeza, resopló y les informó porque además Ana tenía una cara que era un poema:

—Un Fiat Panda. ¡Ni de coña entramos los cinco!

—¿Cómo que no? —inquirió Coco—. ¡Nos apretamos un poco y listo!

—¡Perfecto! —exclamó Tea.

—¡De una! —gritó Eva.

Sin embargo, Ana no se apuntó al planazo y dijo forzando la sonrisa:

—Yo prefiero quedarme leyendo en la piscina.

Álex la entendió perfectamente y les habló encogiéndose de hombros:

—A mí tampoco me apetece ir a una cala que va a estar hasta arriba de gente.

—¡De fábula! —exclamó Coco, con la mirada chispeante—. Os quedáis los dos juntitos leyendo y lo que surja. ¡Vámonos, chicas!

Eva y Tea se fueron detrás de Coco en dirección a su hamaca y Ana, de los nervios que le entraron de quedarse a solas con Álex, gritó:

—¡Esperad!

—¿Qué pasa? —inquirió Tea.

—Que he cambiado de opinión. Esto es demasiado artificial, prefiero una cala y el contacto con la naturaleza. ¡Me voy con vosotras! —exclamó Ana y corrió junto a ellas.

Coco contrarió el gesto y tomó la palabra para gritarle a su nieto:

—¡Vas a tener que venirte!

—¿Yo? —preguntó Álex que no entendía cómo su abuela no se percataba de que Ana estaba huyendo de él.

—Sí, tú. No voy a saber llegar a la cala y con los navegadores me lío muchísimo —afirmó Coco que no iba a parar hasta meter a su nieto en el coche.

—¿No trabajaste un verano de taxista en la isla? —le recordó Álex a su abuela.

—¡La abuela tenía un taxi chulísimo! —contó Eva.

—Pero las carreteras han cambiado tanto… —dijo Coco echando las manos a volar.

—Ostras, ¿también has sido taxista? —preguntó Tea más fascinada todavía con Coco.

—Viví cada historia… —confesó Coco, con una sonrisa alucinante.

—¡Me las tienes que contar todas! —le pidió Tea, entusiasmada.

—Yo puedo conducir y llevaros adonde sea, me oriento de maravilla —propuso Ana, que iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para que Álex se quedara en tierra.

No obstante, Álex recortó la distancia que los separaba y le dijo a Ana clavándole la mirada:

—En el desierto no te hacía falta ni la brújula.

Coco se llevó la mano al pecho de la emoción y exclamó risueña:

—¡Uy, uy, uy, que al decir desierto se te han puesto los ojos picarones, Alexito!

Álex se puso rojo de la vergüenza que estaba pasando y farfulló apretando fuerte las mandíbulas:

—Abuela, por favor…

—¡Es la pura verdad! —insistió Coco.

—Me subo a la habitación que tengo muchísimo trabajo —habló Álex, que ni con quince años se había sentido así de estúpido—. No puedo perder más tiempo.

Coco se acercó a su nieto, le agarró por el brazo y le dijo lo primero que se le ocurrió:

—En vacaciones hay que desconectar para luego rendir mejor. Además, necesito que te vengas para hacernos fotos cuando las cuatro, de la manita, saltemos de las rocas.

—¡Fotón! ¡Ya lo estoy viendo! —exclamó Eva, haciendo aspavientos con las manos.

—Yo no salto ni harta de vino —aseguró Ana, para que a la abuela se le quitara la idea de la cabeza.

—¡Pero con un mojito sí! ¡Ponen unos en el chiringuito de cala Tarida que ya verás cómo te hacen saltar! —habló Coco convencida.

—Yo es que… —masculló Ana.

—¿Te vas a rajar? ¿Tú? —inquirió Coco—. ¿Con lo que te gusta la aventura? Chica, que estamos hartas de ver vuestras fotos egipcias…

—Ya, pero es que en estas fechas tiene que estar la cala tan petada de bañistas que es una temeridad saltar.

Y después de que Ana dijera esto, Álex le preguntó porque no le cabía en la cabeza que estuviera allí:

—¿Y qué haces en Ibiza? Recuerdo que en Egipto me contaste que el próximo verano querías ir a conocer las terrazas de arroz en Yuanyang.

—¿Qué va a hacer en Ibiza? —metió baza Coco, pues para ella era más que obvio—. ¡Divertirse! ¡Donde esté esto que se quite todo el arroz chino! ¡Menuda pregunta!

—Mi idea era haberme ido para allá, lo que pasa es que mi hermana no se ha recuperado aún de su último retoque estético —respondió Ana a la pregunta de Álex.

—¿Guada Roca está operada? —preguntó Eva con los ojos muy abiertos.

Ana pensó que a esas alturas su hermana se debía haber operado hasta lo blanco de los ojos, si bien lo que contestó fue:

—Es muy perfeccionista y se hace retoquitos de tanto en tanto.

Y los últimos retoquitos la habían dejado con los labios como salchichas y un ojo mucho más pequeño que otro, por lo que no podía dejarse ver y se habían quedado con su reserva a precio de *influencer* de moda.

—¿Cuántos años tiene? —preguntó Eva, más que interesada.

—Eva, por favor, ¡no seas indiscreta! —le exigió Álex, que si había algo que odiaba era la faceta chismosa de su hermana.

—Tiene cinco años más que yo. Tengo veintinueve años, igual que Tea. Y la indiscreta he sido yo, pero sé que no va a salir de aquí. Y como mi hermana no ha podido venir y tenía el viaje pagado por adelantado para descansar con su novio: nos hemos venido nosotras —terminó de

contar Ana.

Y, entonces, Coco soltó el brazo de su nieto, retiró la toalla que la cubría, se dio la vuelta y le mostró orgullosa las nalgas a Ana mientras explicaba:

—Cuando mi nieto me contó que eras hermana de Guada Roca me hizo una ilusión tremenda, porque es mi *fitness coach* favorita de Instagram. ¡Tengo este culazo gracias a ella de tantas sentadillas como me calzo! ¡Tocad, tocad! ¡Es puro titanio!

—Salta a la vista. ¡No hace falta ni tocar! —farfulló Ana mientras Álex bufaba abochornado.

Sin embargo, Tea estaba tan impresionada con lo que estaba viendo que necesitaba tocarlo:

—Yo voy a tocar, con tu permiso, Coco.

—¡Dale ahí! —le exigió Coco.

Tea le tocó las nalgas y no pudo evitar confesar impresionadísima:

—¡Tienes un culo mejor que el de Guada! Porque el de ella es de plástico.

—¿Qué? ¿Guada Roca tiene el culazo trucho? —preguntó Eva que no daba crédito.

—Eva, sabes que no te soporto cuando te pones en modo cotilla. ¡Me piro! —exclamó Álex, haciendo ademán de irse.

Pero no pudo porque su abuela volvió a echarle mano, le agarró fuerte del brazo y le ordenó:

—Tú te vienes con nosotras, que me niego a tener un nieto yonqui.

—Abuela, ¿qué estás diciendo? —inquirió Álex, ofuscadísimo.

—Estás a un tris de hacerte adicto al trabajo y no lo voy a permitir, así que te vienes con nosotras a la cala. ¡No se hable más!

Capítulo 5

Álex finalmente decidió que lo mejor era irse a la cala y buscar un momento a solas con Ana en el que hablar y dejar las cosas claras.

Y Ana se sentó en la parte trasera del Fiat Panda junto a Álex que iba espachurrado contra el cristal, pues necesitaba explicarle unas cuantas cosas y concluyó que lo más sensato era hacerlo cuanto antes.

Al volante iba Coco, a la que le sobrevino unas ganas súbitas de revivir sus días de taxista ibicenca y al lado iba a su nieta que no podía estar más emocionada.

—¡Me has contado tantas veces tus historias de Ibiza que mira cómo tengo los pelos de los brazos! —exclamó Eva, mostrándole a su abuela el brazo con los pelos erizados.

Coco sonrió, arrancó y gritó eufórica mientras su nieta alzaba los brazos:

—¡Vamos que nos vamos!

—¡*Skereeeeeeeeeeeeeee*! —gritó Eva, agitando las manos y los brazos.

Coco se partió de risa y le preguntó a su nieta al tiempo que ponía rumbo a la cala:

—¿*Squirt*? ¿Eso es que el plan te gusta tanto que te corres y eyaculas?

Álex se pasó la mano por la cara y masculló sin saber dónde meterse:

—Abuela, por favor…

—Me gusta aprender. Quiero conocer las palabras que usan los jóvenes —dijo Coco.

—Esto es *skere* y significa que nos lo vamos a pasar bomba —le explicó Eva.

—¡*Skereeeeeeeeeeeeeee*! —gritó Tea, alzando también los brazos y Ana y Álex la miraron con una cara hasta los pies.

—Quédate quietecita que soy una loncha de jamón de York atrapada entre dos rebanadas de pan —le exigió Ana, borde.

—¡Y vaya pan! ¡Buenorro, buenorro! —exclamó Tea—. Ja, ja, ja, ja.

—¡Qué tormento! —farfulló Ana, más borde todavía.

—¡Pues yo voy genial! Y el aire acondicionado del Panda es una maravilla —aseguró Tea.

—Es estupendísimo —ironizó Ana que, encajada entre Álex y Tea, no había parado de abanicarse con la mano.

—¡No dejo de sudar! —gruñó Álex, a la vez que se retiraba con el dorso de la mano las gotas que perlaban su frente.

—¿Hay algo más *sexy* que sudar al lado de la chica de tus sueños? —inquirió Coco, que miró a su nieto a través del retrovisor y le guiñó un ojo.

Álex hizo como que no había escuchado y le pidió encarecidamente a su abuela:

—Pon la radio, por favor, a ver si sintonizas algún programa serio.

—¿Un programa serio? ¡Qué mal rollo! Mejor *musikiki* —sugirió Eva.

Y estuvo buscando en el dial hasta que dio con una emisora en la que estaba sonando lo último de Lost Frequencies.

—¡Adoro! ¡Temón! —chilló Tea que estaba desatada.

Tea y Eva empezaron a canturrear la canción, entre berridos, y cuando acabaron, Coco le dijo a Tea:

—¡Me encanta tu energía!

—Tu energía está bien, pero tu afinación es una puta mierda —masculló Ana que estaba ansiosa por llegar a la cala.

Más que nada porque, a pesar de lo que dijeran las liantas de su abuela y de su hermana, notaba a Álex de lo más distante y tenso. Y todo apuntaba a que no quería saber nada de ella, por lo que le urgía quedarse a solas con él y dejarlo todo clarito.

Y entre tanto su amiga Tea explicó la razón de su potente energía:

—Tengo esta energía desbordante porque hay algo muy fuerte que me ha traído de vuelta a la isla —contó Tea, con la mirada cargada de luz.

—¡Qué bien suena eso! —repuso Coco.

—¡A salseo del bueno! —exclamó Eva, al tiempo que su hermano rezongaba y dejaba la vista perdida por la ventanilla.

Entonces, Tea se planchó el flequillo con una mano y les contó con unas ganas infinitas de hablar del tema:

—Es un historión. El año pasado conocí a un chico en un taxi.

—¿Es taxista? —replicó Eva, que se giró para mirarla.

Tea asintió y luego dijo con muchísimo orgullo:

—¡Y andaluz!

—¡*Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah*! —gritó Coco.

Su nieto dio un respingo en el asiento y farfulló pensando lo peor:

—¿Qué sucede? ¿No te van los frenos?

—¿Qué dices de frenos? Este coche es oro puro. Grito porque yo también tuve un novio andaluz en Ibiza.

—¡Me importa un carajo! ¡No vuelvas a chillar de esa manera! —refunfuñó Álex.

—Te noto un poco obseso del control, Alexito. ¡Relájate!

Álex pensó que no podía relajarse mientras Ana estuviera pegada a él con esa cara de incomodidad y de angustia.

Sobre todo, porque no hacía falta ser muy listo para percatarse de que esa chica no quería absolutamente nada con él y que lo que le contó en su día en Egipto de que no estaba lista para tener una relación fue una milonga para quitárselo de encima.

Así que estaba deseando bajarse del coche y decirle que no se preocupara, que esa era la

última vez que iban a estar juntos.

Si bien lo que le exigió a su abuela con el ceño fruncido fue:

—¡Y tú deja los gritos esos!

Coco lanzó un suspiro y confesó con una sonrisa de felicidad absoluta:

—Todavía me da una cosa en el corazón cuando recuerdo las noches tan salvajes que vivimos mi andaluz y yo.

Álex puso una cara de asco tremenda y le confesó a su abuela para que dejara el tema:

—Abuela, no necesito saber estas cosas.

—Pero Tea, sí. Y sí, Tea, sí, ardimos como chascas hasta que se acabó porque teníamos dos formas muy distintas de entender la vida y eran incompatibles. Luego, me volví para Madrid y empecé con lo que hoy es mi negocio de las soldaduras.

—¿Y no volviste a saber nada más de él? —preguntó Tea.

—No. Cada uno hizo su vida —respondió Coco.

Tea respiró hondo y confesó dejando vagar la mirada por la ventanilla:

—Lo mío con Manuel fue también de mucho fuego y de mucha llama.

—Los Manueles suelen ser muy fogosos —afirmó Coco.

Afirmación que hizo que su nieto se revolviera el pelo con la mano de la desesperación y gruñera:

—Abuela, por favor, ¡ni que hubieras hecho un estudio para llegar a semejante conclusión!

—¿Te parece poco estudio la cantidad de años que tengo y todo lo que he vivido? —inquirió Coco, sentando cátedra.

Tea asintió y siguió contando con la mirada cada vez más brillante:

—Mi Manuel es de fuego que te cagas. Y además es de Córdoba.

—¡*Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay* que me *daaaaaaaaaaaaaaaaaaa*! —gritó Coco.

—¿Qué pasa ahora? —chilló Álex, sobresaltado.

—¡Es de Córdoba!

—¿Y qué? —inquirió Álex.

—¡Pues que con ese dato me acabo de hacer el cuadro completo! ¡Y me hago una idea perfecta del incendio abrasador que tuvieron que vivir esos dos cuerpos! —exclamó Coco, para estupor de su nieto.

—Muy abrasador, Coco —aseguró Tea—. Él es de Iznájar, pero sus padres vinieron hace años a trabajar a la isla y se compraron una casita de payeses en Sant Josep, que es donde él vive.

—En Sant Josep es donde está nuestro hotel, ¿todavía no has ido a verle? —preguntó Eva, que escuchaba sin perder detalle.

—Es que el verano pasado lo nuestro terminó fatal. Pasaron un montón de cosas y decidimos dejarlo, pero yo no he podido dejar de pensar en él.

—¡Debió ser tan intenso…! —aseguró Coco.

—¡Y tanto! Desde el primer instante en que me subí en su taxi y él me clavó la mirada azul salvaje a través del espejo retrovisor.

—¡Ay! ¡Cómo son esas miradas que lo dicen todo! —exclamó Coco.

—En cuanto me clavó su mirada azul como el mar más precioso, mi mundo entero se puso del revés.

—¡Lo mismito le sucedió a Álex en cuanto vio a Ana flotando en la piscina de Cleopatra! —replicó Coco—. Ella le miró con sus ojazos verdes y él se volvió loquito total.

Ana se puso tan nerviosa con el comentario de Coco que le entró un estúpido ataque de tos que hizo que Álex confirmara que pasaba de él y que, en consecuencia, le pidiera a su abuela:

—Céntrate en la historia de Tea. ¡Gracias!

Sin embargo, Tea no solo quería hablar de su historia y dijo más que nada por ayudar a su amiga:

—Vuestra historia también es muy chula y está petada de momentos de fuego y de magia que…

Tea no pudo seguir hablando porque Ana continuó tosiendo cada vez más fuerte y Coco la interrumpió para pedirle a su nieta:

—Dale un caramelito a Ana.

Eva sacó un caramelo de menta del bolso de su abuela que llevaba en el regazo y se lo pasó:

—Gracias —musitó Ana, cogiendo el caramelo—. Y tú dedícate a hablar solo de lo tuyo —le exigió Ana a su amiga, cortante y absolutamente convencida de que Álex no quería ir con ella ni a la vuelta de la esquina.

Y no pasaba nada. Lo aceptaba y punto.

O eso creía porque Tea que la conocía como nadie le preguntó al ver la cara que tenía:

—Tía, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás así?

Ana abrió el caramelo, se lo metió en la boca y replicó a la defensiva:

—¿Así? ¿Cómo?

—Como amargada…

Ana pensó que la verdad era que no le hacía ninguna gracia que Álex estuviera ignorándola de esa forma, pero mintió y dijo:

—Es el calor. Tú sigue contando lo tuyo. Y solo lo tuyo, por favor.

—Vale, bueno, pues como os contaba, me subí al taxi de Manuel, que me embrujó al instante con su mirada y, al principio, no hablamos, porque él es muy serio y muy reconcentrado, pero como yo soy todo lo contrario, empecé a darle palique y le hice reír unas cuantas veces.

—Los tíos serios me ponen muchísimo y hacerlos reír más —reconoció Coco.

—¡Como a mí! Y entre las risas y esas miradas profundas que se me fueron clavando cada vez

más adentro, empezó a surgir algo que no podía acabar en ese trayecto. Y en cuanto me dejó en mi destino le pedí la tarjeta por si necesitaba un taxi otro día. Esa misma noche lo llamé y hubo tanta atracción que nos liamos. Viví con Manuel el mejor verano de mi vida y, cuando ya tocaba volverme a Madrid, me pidió que no lo hiciera y que me quedara a vivir con él.

—Dios, Dios, Dios —musitó Eva que estaba entusiasmada con la historia.

—No estaba preparada, además pasaron muchas cosas y me volví a Madrid. Decidimos que todo acabara ahí, pero es lo que os cuento, no he podido dejar de pensar en él y ahora sé perfectamente lo que quiero. Y es lo que he venido a decirle. Esta mañana le he escrito, le he informado de que estoy en la isla y al momento me ha respondido que esta noche tiene actuación en una fiesta privada.

—¡*Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay*, que me da otra vez! ¡También es artista! —gritó Coco.

Álex se tapó los oídos con las manos y le exigió a su abuela:

—Por favor, abuela, ¡contrólate que me va a estallar un tímpano!

—¿Y tú eres el aventurero que se mete en la selva con los leones?

—Prefiero los gruñidos de los leones a tus chillidos histéricos.

—No le hagas ni caso, niña, y sigue contando —le pidió Coco a Tea.

—Manuel toca el cajón en un grupo flamenco —precisó Tea.

—¡*Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaay*! ¡No lo puedo creer! ¡Qué virguerías tiene que hacer con las manos! —exclamó Coco muerta de risa.

—¡Ni imaginas! —replicó Tea.

Coco asintió, la sonrió a través del espejo y dijo convencida:

—¡Sí imagino, sí!

—Mi abuela tuvo un novio que tocaba el cajón —le aclaró Eva.

Álex rechinó los dientes y le dijo a su hermana porque no lo soportaba más:

—¿Cuándo aprenderás que la discreción es un valor?

—He aportado un dato para enriquecer la conversación —puntualizó Eva—. No es cotilleo malsano. Y tú sigue, Tea, ¿qué más te ha puesto en el mensaje?

—Me dice que me invita a que vaya a la fiesta, que lleve a la gente que quiera y me ha adjuntado la ubicación y la hora.

—Y vas a ir —dijo Coco, dándolo por hecho.

—Sí, para eso he venido, pero tenéis que acompañarme —les pidió Tea.

Y a Eva le faltó tiempo para decir, alzando los brazos:

—¡De una!

—¡Para allá que nos vamos los cinco esta noche! —exclamó Coco.

Álex resopló porque lo que le faltaba era seguir soportando el careto de Ana en una fiesta flamenca en la casa de vaya a saber quién y replicó:

—Conmigo no contéis, que quiero acostarme pronto para ir mañana a correr.

—¡Y te vas a perder una fiesta flamenca! ¡Anda ya! —masculló Coco.

—A mí el flamenco ni me va ni me viene. Ni más ni menos —zanjó Álex.

Y las tres al unísono, Coco, Tea y Eva empezaron a cantar aflamencadas perdidas y muertas de risa:

—*Ni más ni menos, ni más ni menos…*

Capítulo 6

Después de dar un montón de vueltas hasta encontrar un aparcamiento, bajaron por unas escaleras empinadas hasta la cala de arena blanca y aguas turquesas donde solo quedaba libre una hamaca y una sombrilla en un chiringuito:

—¡Perfecto! —exclamó Coco, entusiasmada, colocando el bolso sobre la hamaca y haciendo señales al hamaquero para que le cobrara.

Álex miró a su abuela ofuscadísimo y le preguntó con retintín:

—¿Te parece perfecto que compartamos cinco una hamaca y una sombrilla?

—Sí —asintió Coco, con una sonrisa enorme—, porque la sombrilla y la hamaca la vais a compartir vosotros dos, que sois los que tenéis la tensión sexual no resuelta.

Álex se revolvió el pelo con la mano del agobio y no pudo replicar nada porque llegó el hamaquero que su abuela encontró tan guapo que no paró hasta hacerse una foto con él.

—¡Qué ojazos tiene el malagueño! —canturreó Coco, en cuanto el hamaquero se fue.

—¡Y borde como él solo! —masculló Álex.

—Borde, malagueño y buenorro, ¿quién quiere más? —inquirió Coco, despeluchándose más todavía el flequillo asimétrico.

—¡Yo quiero bañarme que estoy que me derrito! —exclamó Eva, que se quitó el minivestido, lo dejó sobre la hamaca y corrió hacia el mar.

Coco y Tea hicieron lo mismo y Ana y Álex se quedaron al fin solos como deseaban.

O eso creían, porque cuando llegó el momento de estar frente a frente a los dos les entraron unos nervios tremendos.

Si bien fue Álex el que decidió abrir el fuego y no se anduvo por las ramas:

—Lamento todo esto. Sé que me has estado evitando desde que me has visto y quiero que sepas que me parece perfecto.

Ana pensó que lo mejor era sincerarse, aun a riesgo de quedar como una cretina y replicó:

—Es que cuando te he visto con tu abuela he pensado que…

—No digas más, Ana. Lo entiendo perfectamente. Lo que has pensado es qué hace aquí el tío que me quité de encima con una mentira.

—No era una mentira. Aún estaba muy reciente lo de mí ex y no estaba preparada para empezar nada, pero lo que pasó en Egipto fue muy especial.

A Álex se le encendió la mirada y, con una voz profunda y *sexy*, replicó:

—Para mí fue mucho más que eso.

Ana sintió que un corrientazo eléctrico la recorría de arriba abajo, tragó saliva y farfulló:

—Ah, ¿sí?

Álex asintió y no le costó ningún esfuerzo encontrar las palabras para explicar lo que vivió con

ella en Egipto:

—Disfruté, sacaste lo mejor de mí, hice cosas que jamás habría hecho, me explotó la cabeza, sentí paz, me liberé de un montón de prejuicios, fui más yo que nunca, de repente todo tuvo sentido y el último día te dije que te quería…

Y esto último lo dijo clavándole la mirada con tanta intensidad que a Ana le dio un vuelco al corazón y masculló:

—Ya. Pero yo…

Álex pensó que no hacía falta que explicara nada, así que la interrumpió y habló:

—Me dijiste que no era el momento y un año después te has escondido detrás de una tumbona para evitar saludarme.

Ana se mordió el labio inferior de la ansiedad, en un gesto que a Álex le volvió loco, y luego pensó que a ver cómo coño le explicaba que le había confundido con un gigoló.

El caso fue que respiró hondo y soltó hablando un poco en genérico:

—A ver, lo de la hamaca, verás…

—No me cuentes lo de la lentilla porque no cuela. ¡Sé que tienes una vista de lince!

—Es que no sabía que tu abuela…

—¡Déjate de excusas, Ana! —exclamó Álex, porque para él era más que evidente lo que estaba pasando.

—No es una excusa. No me enseñaste ninguna foto de tu abuela.

—Pero te hablé muchísimo de ella, te conté que fue la que me inculcó la disciplina, el esfuerzo, la austeridad, la honestidad, el trabajo duro, el ahorro, la inversión… Con su ejemplo aprendí a tener coraje, a saltar sin red, a correr riesgos, a que, si te esfuerzas cada día en ser el mejor y tienes paciencia, el dinero siempre llega…

Ana que no sabía cómo salir de esa situación tan embarazosa, le interrumpió para decir:

—Sé que me contaste todo eso, pero no me cuadraba que…

No le cuadraba el pelo rojo, los tacones dorados ni el culazo de piedra, pero a ver cómo se lo decía.

—En eso tienes razón. Mi abuela siempre ha sido muy austera, ya ves el coche que ha alquilado para moverse por la isla. El más barato. Y su coche es un Volvo del año de la pera, pues ella siempre dice que no eres lo que conduces, ni los símbolos de estatus que luzcas. Lo importante son tus bienes raíces, tus fondos de inversión, tus activos…

—Recuerdo que me contaste que no le interesaba el lujo ni el derroche.

Y por eso siempre se la imaginó con su moñito canoso, la rebequita, el vestido de flores y los zapatos del doctor Cutillas.

Claro que esto último no se lo dijo, y mucho menos iba a decirle que le había tomado por un gigoló y a su yaya por su clienta.

Era incapaz. Lo estaba intentando, pero no veía la manera.

Y, mientras Ana se debatía en estos pensamientos, él replicó:

—Así es. Y te juro que aún no entiendo por qué nos ha invitado a este hotelazo frecuentado por futbolistas millonarios sin cabeza, en plena temporada alta y con todo incluido, pero insistió tanto en que quería que pasáramos unos días juntos que me fue imposible no aceptar. Ahora que por mí no te preocupes que no soy ni un *brasas* ni un baboso. No hay nada más patético que ir mendigando amor.

Ana, con los nervios, trastabilló un poco, se quedó pegada a él y repuso hablando en general:

—No hay que rogar para que te quieran.

Si bien él lo tomó de forma personal y volvió a insistir para que no le cupiera dudas:

—Yo jamás lo haré. Así que no te agobies por mi presencia.

Ana lo miró, sintió una punzada horrible en el clítoris y solo atinó a decir:

—Tu presencia me provoca algo que no es exactamente agobio.

Álex, con unas ganas enormes de agarrarla por el cuello y darle un morreo de impresión, dijo:

—Me enamoré de ti en Egipto, y no soy de los que se enamora de la primera que pasa. Pero, tranquila, que no te voy a hacer perder más tiempo.

—¿No? —inquirió Ana, con un hilillo de voz.

—Me ha quedado claro que no quieres nada conmigo, aunque tengas las pupilas dilatadas y la boca entreabierta.

—Cómo te lo explico… —masculló Ana que no tenía ni idea de cómo hacerlo.

—Lo que sé es que estamos tan cerca que cualquiera podría pensar que estamos a punto de besarnos.

Ana posó la vista en la boca que se moría por besar otra vez y confesó:

—No tengo ningún inconveniente en hacerlo.

Álex sintió que toda la sangre se le iba a la entrepierna, recortó la distancia que los separaba y le preguntó:

—¿Quieres que te bese?

Ana cerró los ojos, acercó los labios a los de él, le agarró por el cuello y se besaron con ganas de todo.

Luego, entreabrieron las bocas, las lenguas se enredaron y se devoraron hasta que se quedaron sin aliento.

—Necesito que me beses —musitó Ana, con los labios pegados a los de él y sintiendo la potente erección presionándole el vientre.

—¿Otra vez? —preguntó Álex, tras darle un mordisquito en el labio inferior.

—Ajá.

Álex la agarró por la nuca, se apoderó de la boca jugosa, la besó con desesperación y avidez y

luego le dijo:

—También puedo follarte una y otra vez hasta que…

Ana de solo recordar lo que era follar con ese dios del sexo, se apresuró a replicar:

—Quiero.

—¿Y entonces por qué me has evitado en la piscina?

Ana lamentando el maldito momento en el que le había confundido con un gigoló balbuceó:

—Mira… Yo… Es que…

Ana se quedó callada porque no tenía ni idea de cómo seguir y él la volvió a besar en la boca y le exigió:

—Dime.

Ana no podía decirle nada. Era incapaz. No podía. Así que negó con la cabeza y musitó:

—No puedo.

Luego, muerta del calor, debido al solazo y a la excitación, se quitó el vestido, lo arrojó sobre la hamaca y él le dijo tras contemplar fascinado las curvas en las que se había perdido aquellas noches que no lograba olvidar:

—Me muero por volver a recorrerte entera con mi lengua.

—Y yo —musitó Ana.

Álex la agarró con una mano de la garganta, con la otra la cogió del culo para pegarle contra él, la besó en los labios, se abrió paso con la lengua, la hundió hasta el fondo, el beso se desató a lo bestia y cuando acabaron casi jadeantes, él masculló contra la boca carnosa:

—Me vuelves loco.

Ana movió las caderas para frotarse contra la erección y musitó:

—Estoy…

—Empapada —replicó Álex que estaba sintiendo su humedad y su calor a través de la tela del bañador.

Ana con unas ganas infinitas de que le arrancara el bikini y le comiera todo, decidió que lo mejor era dejarlo ahí y retomarlo cuando supiera cómo explicarle la confusión que había tenido.

—Me voy a dar un baño —le dijo mientras él la miraba con ojos lobunos.

Álex se apartó de ella, dejando a la vista una erección que era escandalosa y luego le dijo:

—Sé lo que te pasa…

Ana negó con la cabeza, sonrió y replicó justo antes de irse corriendo al agua:

—Me temo que no…

Capítulo 7

Horas después, de nuevo iban los cinco en el Fiat Panda en dirección a la casa en Es Cubells donde se celebraba la fiesta flamenca.

Coco iba al volante otra vez, con su nieta al lado y cuando llevaban un buen trecho recorrido, Ana le preguntó a Álex con cierta guasa:

—¿Has cambiado tu opinión respecto al flamenco?

Álex que iba aplastado contra la ventana y con ella al lado, la miró divertido y respondió:

—Voy a la fiesta por negocios.

—¿Negocios? —replicó Tea, sorprendida—. ¿A que te dedicas? Seguro que Ana me lo contó, pero soy de quedarme con los detalles más frívolos como lo de tu pirulo tropical.

—¿Pirulo tropical? —inquirió Álex, risueño.

—El polo favorito de mi amiga para chupar —contestó Tea, divertida, haciendo el gesto de una mamada.

Álex, de solo recordar los momentos en que su polla estuvo entre los labios carnosos de Ana, soltó un gruñido de lo más delator:

—*Grrrrrrrrrr*.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Ana, atónita.

—Nada —respondió él, muy serio.

Tan solo estaba a punto de romper los pantalones blancos de lino por la entrepierna, pero por lo demás, nada. No pasaba nada.

—Y tú deja de decir estupideces —le pidió Ana a su amiga—. Y claro que te conté que Álex es un empresario que se dedica a dar servicios a empresas *online*.

—Y también tengo un fondo de inversión que compra y vende tiendas —apuntó Álex, que seguía atontado de solo recordar las miradas de Ana después de aceptarlo entero con su boca húmeda y hambrienta.

—¿Tiendas de qué? —preguntó Tea al tiempo que se subía el tirante del minivestido de lentejuelas rojas.

Álex carraspeó un poco a ver si así lograba zafarse de la imagen de Ana comiéndole la polla y luego respondió intentando meterse de lleno en su papel de empresario:

—De todo —respondió Álex—. Todo se puede comprar o vender. Otra cosa es ganar pasta. Y a mí lo que me gusta es ganar dinero. Por eso elijo muy bien a mis clientes y Sofía Duval es de los mejores.

—¿Y esa quién es? —inquirió Tea.

—La anfitriona —contestó Eva—. ¡Ha sido de lo más gracioso! Verás, mi hermano se ha puesto en lo peor y…

—No me he puesto en lo peor. Soy un tío prudente y sensato. No es lo mismo —le corrigió Álex.

—Mi hermano estaba convencido de que la fiesta flamenca la daba un pez gordo de la mafia internacional, que se iba a liar la más grande y que terminaríamos acribilladas a balazos.

—No creo que sea algo tan descabellado —opinó Álex muy serio.

Todas se echaron a reír y luego Eva siguió contando a las chicas:

—No, qué va. El caso es que se ha puesto a investigar para confirmar sus sospechas y ha descubierto que la anfitriona es una de sus mejores clientas.

—¡Dios! —exclamó Tea, llevándose las manos a la cara—. Las casualidades no existen. El destino quiere que paséis juntos esta noche por algo —dijo señalando a su amiga y Álex con el dedo índice.

Álex tenía una coartada perfecta para acudir a esa fiesta y así se lo hizo saber a Ana:

—Vengo porque la anfitriona es decoradora de interiores y fundó una empresa de venta de muebles que funciona genial y tiene un potencial enorme. Quiero invertir en su empresa y que juntos vendamos mucho más.

Y para que no se pensara cosas raras, Ana creyó conveniente aclarar:

—Y yo vengo para acompañar a mi amiga.

—¡Qué monos son! ¡Cómo disimulan! —exclamó Eva, haciendo un corazón con las manos.

—Eva, por favor, que estoy hablando de cosas serias —le reprochó su hermano.

—¿Hay algo más serio que el amor? —repuso Eva.

—¡Joder, que estoy aquí por los putos negocios! —insistió Álex que no sabía cómo decirlo ya.

—¿Y, entonces, tú inviertes en todo? ¿Te da igual que sean muebles o chupa-chups? —quiso saber Tea.

—¡Qué pesadita con las cosas que se chupan! —le reprochó Ana, entre dientes.

—Hace tanto que no chupo algo bueno…

Y, Álex ajeno a la conversación entre las amigas, le explicó a Tea:

—Lo que hago es apostar por las personas adecuadas. Los negocios son siempre un reflejo del fundador. Da igual a lo que se dediquen, el éxito de una empresa lo consigue el fundador, no lo que vende.

—¿Y cómo sabes que es la persona adecuada? Es para una amiga —preguntó Tea con mucha curiosidad.

—Por la energía que me transmite, por su persistencia, por su paciencia, por su atrevimiento, por su creatividad…

—Ja, ja, ja, ja. ¡Cómo se te ve el plumero! ¡Estás definiendo a Ana, tete! —exclamó Eva, tronchada de risa.

—¿A mí? No. ¡Para nada! Además, no me dedico a los negocios —les recordó Ana.

—Ya, trabajas de pediatra en un hospital donde el diablo perdió el poncho —replicó Coco después de pararse en un semáforo.

—¿Y cómo lo sabes? —le preguntó Ana, porque no recordaba habérselo mencionado en ningún momento.

—Mi nieto nos ha hablado tanto de ti…

—Yo no os he contado tanto detalle —se apresuró Álex a aclarar.

—Vaya que sí —insistió Eva.

—Da igual —aseguró Álex, que para desviar el tema añadió—: De quien estoy hablando es de Sofía, es luchadora, jamás se rinde y tiene un talentazo descomunal. Así que esa es la razón por la que estoy metido otra vez en esta puta lata de sardinas: me dedico a atraer talento y me apasiona escalar proyectos con personas como Sofía.

Y tanto elogio a la anfitriona lo que provocó fue que a Tea se le despertara de pronto un fantasma:

—¿Y no será rubia?

—Sí, ¿por? —preguntó Álex.

Tea decidió que lo mejor era espantar al fantasma y masculló:

—No, por nada, por nada.

—En cuanto me he enterado que Sofía era la anfitriona, la he llamado y me ha pedido encarecidamente que acuda —terminó de contar Álex.

—No te lo crees ni tú —le dijo su abuela, cuando ya estaban a punto de llegar al destino.

—¿Cómo que no? —replicó Álex, arqueando una ceja—. Sofía está deseando que invierta en su negocio, ambos tenemos las mismas expectativas y los objetivos bien claros.

—Sí, pero la razón verdadera por la que te has subido al coche es porque deseas meterle otra vez la lengua a Ana en la campanilla —aseguró Coco, tras acceder a la zona privada donde estaba la casa.

—¡Metérsela en la campanilla y en todos los sitios que se tercien! —añadió Eva, tronchada.

—No sé de qué habláis —farfulló Álex mirando por la ventana.

—Habló de lo que hemos visto desde el agua mientras nos bañábamos rodeados de italianos feísimos —le confesó Coco.

—Sí, es verdad, qué mala suerte, es que no había ni uno guapo —se lamentó Tea.

—La única guapa que me tiene loca es la socorrista del hotel. Se llama Daniela y ¿a qué no sabéis de dónde es? —preguntó Eva, entusiasmada, con su nuevo *crush*.

—¡Andaluza! —respondió Tea, sin pensarlo.

—De Cádiz —contó Eva—. Y tiene unos ojos negros tan penetrantes que cuando me mira me atraviesa lo más profundo.

Tea suspiró, porque sabía muy bien de lo que estaba hablando, y solo pudo exclamar:

—Jo, ¡qué bonito!

—Mañana me voy a plantar en la piscina en cuanto abran, necesito que esos ojazos me sigan atravesando.

—¡Ojalá a mí también esta noche me atraviese algo! —exclamó Tea, deseándolo en voz alta.

—¡De una! Tiene que tener las mismas ganas que tú de verte otra vez —aseguró Eva.

—Yo qué sé. Es muy suyo —repuso Tea, que no las tenía todas consigo.

—¿Y para qué te invita entonces? —replicó Eva.

—Porque ha tenido tiempo de rumiar una buena venganza y desea ejecutarla cuanto antes. Así que me parece que Ana va a ser la única que va a tener la suerte de que hoy le arranquen las bragas.

Álex se mordió los labios para no soltar una carcajada, Ana miró a su amiga muy nerviosa y replicó:

—¿Qué dices de que me arranquen qué?

—Dice que esta noche te vas a arrancar por bulerías con Alexito —respondió Coco muerta de risa.

—¡Oh, sí, nena! Me da que te vas a pasar toda la noche: ay, ay, ay, *aaaaaaaaaaaaaaaaaaay* —canturreó Tea, aflamencada, y además dando palmas.

Coco y Eva se unieron a la fiesta, cantaron y jalearon, Ana resopló, de la vergüenza que estaba pasando, y Álex la notó tan agobiada que decidió que lo mejor era quedarse un rato a solas y hablar de lo que les estaba pasando.

Y no se le ocurrió nada mejor que sugerirle a su abuela, que llevaba dadas unas cuantas vueltas a la manzana intentando encontrar aparcamiento:

—Estaciona el coche en la puerta, abuela, bájate con Tea y Eva, entrad a la fiesta porque ya llegamos tarde, y Ana y yo nos vamos a aparcar el coche. —Y luego le dijo a Ana—: Si te parece bien…

—Por mí perfecto —musitó Ana, con cierto alivio, pues también quería hablar con él a solas y aclararle lo que había.

—Tete, ¡vas a tope! —exclamó Eva, eufórica.

Y a Coco le pareció un plan tan genial que estacionó en la puerta de la casa, le entregó la llave del coche a su nieto y le dijo justo antes de apearse:

—Las grandes verdades no se dicen hablando. Así que ¡ahí la llevas!

Capítulo 8

Álex se adentró por un camino de cabras y aparcó al final del todo, junto a unos pinos y el mar detrás.

O eso es lo que Ana intuyó que había, pues lo cierto era que no se veía nada.

—Sé que mi abuela y mi hermana parecen a ratos que van *enfarlopadas*, pero son buena gente —se justificó Álex tras cerrar el coche.

—Me caen genial. Y mi amiga es exactamente igual que ellas.

—Tu amiga es muy divertida —dijo mirándola con esa sonrisa que a ella la mataba.

Era su perdición. Su chichi ya estaba dando palmas, y no. No podía ser. Así no se podía mantener una conversación seria, pero lo iba a hacer porque necesitaba definir la situación que tenían cuanto antes.

Así que respiró hondo, se olvidó de su chichi y replicó con una sonrisa:

—Mi amiga es una bocazas, pero la quiero tal y como es.

—Cuando ha dicho lo del pirulo tropical…

Madre mía, pensó Ana, así ni de coña iba a olvidarse de su chichi, por lo que negó con la cabeza y le pidió:

—Ay, por favor, ¡no me lo recuerdes!

Él la miró con esos ojos oscuros y profundos, con esa mirada que no podía ser más canalla y dijo con su voz jodidamente *sexy*:

—Pero tengo que hacerlo.

—¿Por qué? —replicó Ana, mordisqueándose absurdamente el labio inferior.

Joder. Álex le ponía tanto que su cuerpo no paraba de delatarla, pero ella aún tenía el control y no iba a bajarse de ese coche sin tener una conversación seria, racional y madura.

—Porque esa es la razón por la que estás aquí —respondió Álex que se puso duro con el gestito del labio.

Con Ana siempre era así, pensó. Le ponía como una moto. Y esa noche además estaba *sexy* como no recordaba con un vestido negro, asimétrico, entallado y con aberturas, que estaba deseando quitarle.

Y luego estaba su melena al aire, su olor a jazmín y nardo, los ojazos que le volvían loco, maquillados de forma natural, el cuello largo y la boca carnosa, con un toque de *gloss*, que necesitaba besar con urgencia.

—¿Qué? —replicó Ana, pestañeando muy deprisa.

Y además estaba nerviosa perdida. Y cachonda también, pensó. Porque Álex llevaba una camisa blanca con tres botones desabrochados que dejaba a la vista una parte del maldito torso esculpido en piedra y le estaban entrando ganas de todo.

Y por si no tenía bastante castigo, tuvo que escuchar a Álex responder:

—En la cala me ha quedado claro que lo único que quieres conmigo es sexo.

Ana sintiendo que los pezones se le disparaban y que solo le faltaba que se le encendiese en la frente un luminoso que pusiera: «On fire», se echó la melena a un lado y explicó convencida de que podía manejar la situación perfectamente:

—A ver, me he venido contigo a aparcar porque me gustaría explicarte este punto.

—¿Este punto? —replicó Álex, convencido de que ese comentario no hacía más que corroborar que estaba en lo cierto.

—Sí, este punto. ¿Qué punto va a ser? ¿El G? —repuso Ana que al instante se mordió los labios.

Dios. El inconsciente también la estaba traicionando y tenía que aclararle todo antes de que sobreviniera la catástrofe.

Catástrofe sexual. Obviamente. Puesto que él sonrió con la mirada de depredador salvaje y respondió:

—No tengo problemas. Me pones como nadie.

Ana le miró a los ojos, luego a la boca, inclinó el cuerpo hacia él, como si él tuviera un imán, de nuevo le clavó la mirada y reconoció justo antes de agarrarlo por el cuello y besarlo como si no hubiera un mañana:

—Y tú a mí.

Álex le devolvió el beso hasta quedarse jadeantes, y luego siguieron con más, se devoraron las bocas, las manos volaron por todas partes y aquello se fue calentando tanto que Álex echó para atrás todo lo que pudo el asiento del conductor y ella se sentó encima de él a lo amazona.

—*Auuu* —gritó Ana al sentir el tremendo bulto de la erección presionando contra su sexo.

Luego, ella le desabotonó a toda prisa la camisa y recorrió con la lengua el torso de dios griego al tiempo que no cesaba de agitar las caderas para frotarse contra la barra dura de titanio que ese tío tenía entre las piernas.

Después, volvieron a besarse con urgencia y él apartó una de las aberturas del vestido para dejar fuera un pezón durísimo, llevárselo a la boca, mordisquearlo, soplar y chupar otra vez.

—Dios —musitó Ana.

Y había tanta súplica en su mirada que Álex le preguntó al tiempo que le acariciaba los pechos:

—¿Qué quieres que te haga?

Ana estaba tan excitada que respondió entre gemidos agónicos:

—Estoy a punto de correrme con la tontería.

—Córrete mejor en mi boca —le dijo Álex tras apoderarse de la boca de Ana y devorarla otra vez.

Acto seguido, abrió la puerta del coche, se bajó de él con ella en brazos y la dejó sentada sobre el capó caliente.

—Este lugar está apartado de todo. Nadie puede vernos.

A esas alturas a Ana le daba todo igual, lo único que quería era seguir con aquello y lo miró con el corazón que se le iba a escapar del pecho.

Él coló las manos por debajo del vestido, tiró de las braguitas y ella alzó las caderas para facilitarle que se las quitara.

Ya sin ellas, le subió el vestido, le abrió las piernas, ella gimió de pura anticipación y él se perdió en la humedad y el calor del sexo de Ana.

Le lamió la vulva, la besó, la volvió a lamer y, cuando ella creyó que no iba a poder resistirlo más, él empezó a recorrer los labios con la lengua.

Ana gimió, arqueó la espalda, le pidió más, él la penetró con dos dedos y accedió al momento a ese punto que la hizo gritar de placer.

Álex siguió estimulándola de esa manera, hasta que sintió el clítoris tan duro que lo rodeó con los labios, lo succionó y lo soltó.

—¡Dios! —gritó Ana de placer y pensó que tenían que haberla escuchado en Formentera, porque no había quien aguantara aquello de lo bueno que era.

Y encima Álex lo repitió y, luego, cambió los dedos por la lengua que hundió hasta hacerla estremecerse otra vez.

Y la penetró de esa forma mientras Ana, derretida de placer, le revolvía el pelo, le clavaba las uñas en los hombros y le arañaba la espalda entre jadeos y gemidos.

Y así estuvieron hasta que cambió la lengua por los dedos y atrapó el clítoris con la boca, lo chupó y esta vez no lo soltó, sino que empezó a estimularlo con la punta de la lengua.

Y lo lamió hasta que Ana ya sí que no pudo más y se corrió entre gritos en la boca de Álex.

—Quiero que te corras una y otra vez —le dijo Álex, tras incorporarse y besarla en la boca.

Ana descendió con la mano hasta el bulto de la entrepierna, lo palpó, le bajó la cremallera del pantalón y sacó la potente erección que recorrió de arriba abajo con la mano.

Álex gruñó y metió la mano en el bolsillo del pantalón para sacar un condón de la cartera.

Lo abrió, se lo enfundó, agarró a Ana de las caderas, la bajó del capó y luego le dio la vuelta.

Ana apoyó las manos en el capó, él levantó el vestido, le separó las piernas con la rodilla, ella inclinó un poco el cuerpo hacia delante y él la penetró desde atrás de una embestida profunda.

Ana gimió al sentirse llena como solo él podía hacerlo y él volvió a entrar y salir dentro de ella.

Ella se estremeció entera y Álex le recorrió la espalda con la mano y después volvió a empujar fuerte y profundo.

—Así —le pidió Ana.

Y él empezó a hacérselo como le había suplicado, la folló como sabía que le gustaba y cuando la noche oscura se llenó de jadeos, él descendió con una mano al clítoris, lo estimuló otra vez y le arrancó un orgasmo brutal.

—Joder, cómo me aprietas —masculló Álex a su oído.

Luego, le mordió el cuello, se salió del estrecho interior, le dio la vuelta, la miró sintiendo de todo, porque no había dejado ni un solo día de pensar en ella, pero no le dijo nada.

Lo que hizo fue besarla, agarrarla por las caderas, alzarla, ella rodeó el cuerpo con las piernas, él tanteó la entrada, se hundió de nuevo dentro de ella y sintió los espasmos del orgasmo que ya eran sutiles.

—Madre mía —musitó Ana, sintiendo de todo también.

Álex la miró a los ojos y la conexión que sintió fue tan brutal que estuvo a punto de decirle que lo quería, que se había pasado el año entero pensándole, extrañándole y que lo que llegó a sentir con él en Egipto jamás lo había experimentado nadie.

Si bien no se lo dijo, y en su lugar lo que hizo rodearle el cuello con las manos y besarle con tanta pasión que creyó que se le iba la vida por la boca.

Luego, elevó las caderas y empezó a moverlas mientras Álex la sostenía hundiendo los dedos en las nalgas respingonas de Ana.

Y ya cuando los espasmos cedieron, él cargó con ella, en esa misma postura, hasta el lateral del coche, Ana sintió el frío del cristal en la espalda y él la penetró hasta el fondo.

Se miraron, se lamieron las bocas, se mordisquearon los labios y Álex se lo hizo fuerte y duro.

Los gemidos y los jadeos de nuevo se unieron a los sonidos de la noche. Los grillos cantaban, el viento mecía las hojas de los pinos, el mar se agitaba suave y ellos se amaban porque era lo que estaban haciendo.

Amarse.

Y se amaron hasta que, de la fricción del clítoris contra el pubis de Álex, ella sucumbió a otro orgasmo que él sintió tan fuerte que se fue detrás y se corrió entre jadeos agónicos.

Después, Álex la dejó de nuevo con los pies en el suelo, se abrazaron, sudorosos y jadeantes, y Ana sintió que había llegado el momento de decirle lo que sentía por él.

Sin embargo, él se adelantó, se apartó de ella, se retiró el condón y mientras lo anudaba le dijo:

—Ya tienes lo que querías.

—¿Qué?

—Has venido a por esto, ¿no?

—Álex, yo…

Ana no pudo seguir explicando nada, pues de repente sonó el teléfono móvil de Álex y él lo cogió al ver que era su abuela:

—Dime, abuela.

—Entiendo que estéis perdidos y que a lo mejor hasta estéis chingando.

—Abuela, por favor…

—Es lógico y natural. Y muy sano. Pero es que Sofía no para de preguntar por ti, yo creo que lo mejor es que os vengáis, que hables con ella un rato y que luego te pires con Ana a cala Llentrisca que está aquí al lado y es la cosa más romántica que te puedas imaginar. Allí viví yo unas noches de pasión y de locura que aún me ponen los pezones de punta.

—Abuela, de verdad te lo digo, esos detalles no me interesan.

—¡Apunta el dato! Cala Llentrisca. Y veniros ya para acá. El concierto además está a punto de empezar…

Capítulo 9

En cuanto acabó el concierto, Coco le dijo a Tea entusiasmada:

—¡Qué suerte que tienes, reina, de que las manos enormes de ese artista del cajón hayan estado sobre tu cuerpo serrano!

—¡Ya te digo!

—¡Qué manera de darle golpes al cajón! ¡Qué energía! ¡Debe ser gloria bendita que te dé pim, pam, pum! —exclamó Coco, poniendo los ojos en blanco.

—Si yo te contara…

—En otro rato, ahora corre a hablar con él, ¡que no se te escape vivo!

Tea tomó aire de la ansiedad que tenía y replicó mordiéndose los labios:

—A ver qué pasa.

—¿Qué va a pasar? Solo cosas buenas. Ábrele el corazón y después las piernas, porque hoy tú tienes que catar a ese pedazo de hombre —sentenció Coco.

—¡Dios te oiga! —masculló Tea.

—Lo oye todo, así que ¡venga! —la animó Coco, dando palmas.

Tea se peinó el flequillo con la mano, se recolocó los tirantes del vestido, se dirigió al escenario, donde Manuel estaba bebiendo agua fresca de una botella de litro y medio, cruzó los dedos y le saludó con una sonrisa impresionante:

—¡Hola!

Manuel se limpió la boca con el dorso de la mano, levantó las cejas y replicó disimulando lo feliz que estaba de verla de nuevo.

—¡Hola! —masculló con media sonrisa.

—¿No me vas a dar dos besos? —preguntó Tea, agarrándole por los hombros y plantándole los dos besos en las mejillas.

Manuel pensó que él quería darle dos besos y hacerle un hijo ahí mismo, si se lo pedía en ese justo instante.

Se moría por ella. No había más. Y esa noche además llevaba un vestido de lentejuelas que le tenía con la cabeza perdida. Un bombonazo, que no había podido parar de mirar durante todo el concierto, de ojos preciosos y caderas que eran dinamita. Pero en su lugar lo que hizo fue replicar con flema y arqueando las cejas:

—¿Por qué no iba a dártelos?

—Porque a lo mejor me odias.

Manuel, que no había dejado de pensar en ella ni un solo día, le clavó la mirada azul y le dijo negando con la cabeza:

—No te odio.

A Tea le dio un vuelco al corazón, pensó que su Manuel no podía ser ni más bueno, ni más *sexy*, ni más guapo, y le confesó llevándose la mano al pecho:

—Estoy de vuelta por ti.

Manuel lo había pasado tan mal que no pensaba bajar la guardia, tenía que protegerse y la mejor forma que encontró fue tomarse la noticia a broma:

—Ja, ja, ja, ja.

A Tea le sentaron tan mal las carcajadas de Miguel que inquirió mosqueada:

—¿De qué te ríes?

—Me río porque he visto tus historias de Instagram, sé que has venido con Ana y que estáis alojadas en un hotelazo.

—Hemos conseguido un superdescuento por su hermana —le explicó molesta.

—Como el año pasado.

—El año pasado fue porque Guada aún estaba con moratones de su última *lipo*. Y este tampoco ha podido venir porque se recupera de un retoque de morros y párpados.

Manuel, después de lo vivido, necesitaba asegurarse de lo que ella estaba diciendo, por lo que replicó tras dar otro sorbo de agua:

—O sea que estás de vuelta porque has pillado un chollo. No por mí.

—He vuelto por ti y he aprovechado el chollo —matizó Tea.

Manuel negó con la cabeza y dijo borde como él solo:

—Podías haberte quedado en mi casa, si es que realmente hubieras regresado por mí.

—No sabía si iba a ser bien recibida en tu casa —se justificó Tea, que por otra parte era la pura verdad.

—Habérmelo preguntado antes —repuso Manuel, encogiéndose de hombros.

—Llevamos un año sin hablar —le recordó Tea.

—No es cierto. Nos hemos puesto corazones en Instagram, nos cotilleamos las historias y nos hemos cruzado algún que otro wasap.

—No te cotilleo las historias —masculló Tea, cruzándose de brazos. Porque lo que ella hacía era otra cosa.

—Pues para no hacerlo, ¡no te pierdes ni una! —exclamó Manuel.

—Porque me caen cuando estoy aburrida en el cuarto de baño y me pongo a verlas. Como tú también ves las mías…

—Pero no las veo porque me aburro mientras cago, me meto en tus historias para ver cómo estás.

A Tea le gustó escuchar esto último, sonrió y también se sinceró con él:

—A ver, también me intereso y me preocupo por ti. Y veo tus historias en todas partes, te he dicho lo del baño porque no quería quedar como una cotilla. Y, además, no sé a qué atenerme

contigo, no tengo ni idea de si me guardas rencor, de si estás ávido de venganza o si estás saliendo con alguien.

Manuel se terminó la botella de agua y le preguntó muy serio:

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Cómo que qué es lo que quiero? —repuso Tea, arrugando la nariz.

—¿Para qué me has escrito cuando has llegado a la isla?

—Ya te lo he dicho, he vuelto por ti. El año pasado vine a Ibiza para pasarlo bien y divertirme. No estaba en mis planes enamorarme, pero apareciste tú y todo cambió —dijo Tea con una sonrisa sincera.

Sin embargo, Manuel no le creyó, negó con la cabeza y habló:

—Si hubiera cambiado algo, te habrías quedado conmigo.

—Me fue imposible.

—Encontré una persona que estaba interesada en alquilar tu buhardilla de Madrid —le recordó Manuel apretando las mandíbulas.

—Lo de las cuestiones prácticas eran lo de menos. Y además soy traductora y puedo trabajar en cualquier parte. Lo que pasó fue que siempre he sido una cabra loca y enamorarme me pilló de improviso.

—Hablando de cabras, ahora tengo dos en casa —dijo Manuel, sin perder ese rictus de seriedad.

—¿Y eso? —replicó Tea, risueña.

—Te echaba de menos.

Tea se echó a reír y luego le habló mirándole a los ojos:

—Y yo a ti. En serio.

Manuel asintió, pensó que se moría de ganas de encerrarse con ella en una habitación y no salir en un mes, si bien lo que dijo fue:

—Yo también hablo en serio. Sin embargo, todavía no sé por qué me has llamado.

—¿Por qué va a ser? —inquirió Tea.

—Porque vienes otra vez con ganas de diversión con esas amigas locas que no sé de dónde has sacado.

—¡Son lo más!

—No han parado de gritar que «¡viva Iznájar y mi madre!».

—Admiran mucho tu arte.

—La señora, cuando ha acabado la actuación, juraría que me ha pedido que te dé como cajón que no cierra.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Puede ser! Coco es tan divertida… Es la abuela de Álex y la joven es su hermana.

—¿Álex, el chico que Ana conoció en Egipto?

—¡El mismo!

—Pero no están juntos, porque el concierto se lo han pasado cada uno en una punta.

—Yo creo que hasta han follado, pero están disimulando —habló Tea, muerta de risa.

—¿Y por qué disimulan?

—No querrán que les agobiemos con nuestras coñas, pero ambos han vuelto de aparcar el coche con un aspecto postcoital que lo flipas.

—¿Y se reencontrado en la isla?

—¡Están en nuestro mismo hotel! Y no creo en las casualidades.

—Pero ella le dejó en Egipto porque no quería nada con él —comentó Manuel, que recordaba a la perfección la historia que Tea le había contado.

—Ya, porque ella acababa de salir de la relación con el cretino de su jefe y no se sentía preparada para empezar algo.

—Vamos, como tú —masculló Manuel.

—Yo no me he liado nunca con un jefe.

—Me refiero a que tampoco estabas preparada para empezar algo conmigo —sentenció Manuel, con un punto de reproche.

—En mi caso fue porque adoro mi libertad y disfruto muchísimo de mi soltería. Ya te conté que la única relación estable que he tenido fue en segundo año de carrera y lo dejé a los cuatro meses porque me di cuenta de que aquello no era para mí.

—Y también me contaste que tienes tres *follamigos* de confianza a los que vas rotando para no encariñarte.

—Íbamos a lo que íbamos. No quedábamos para ir al cine, ni a pasear de la manita por el Retiro. Pero desde que me fui de la isla no he vuelto a llamarlos. Llevo un año a dos velas, la culpa la tienes tú y es por lo que he regresado.

—Tú eres una cabra y ya se sabe lo que hace la cabra.

—La cabra está de vuelta porque ha tenido un año para darse cuenta de que está enamorada de ti.

A Manuel se le desbocó el corazón, pero necesitaba mucho más que palabras y recurrió otra vez a la risa:

—Ja, ja, ja, ja, ja.

—Tío, no te rías. En mi puta vida he hablado más en serio.

—No voy a caer en la trampa —dijo Manuel, negando con la cabeza.

—¿Qué trampa? —preguntó Tea, que no tenía ni idea de lo que hablaba.

—La de liarme contigo para que el último día de tus vacaciones me digas que te vuelves a Madrid porque estás hecha un lío y necesitas espacio y tiempo para digerir lo que te está

pasando.

—El año anterior me sucedió eso…

—Y este te pasará igual —auguró Manuel, con todo el dolor de su corazón.

—Te estoy diciendo que he vuelto porque todo ha cambiado. Esta vez no pienso irme.

Manuel respiro hondo, la besó en la mejilla porque no podía más, necesitaba estar cerca de ella, volver a olerla, a tocarla, a sentirla, pero lo que dijo fue:

—No te engañes a ti misma.

—¿Por qué dices eso? —replicó Tea, pestañeando deprisa y muy confundida.

Manuel sabía bien por qué decía aquello y, aun a riesgo de que se rebotara con él por decirle una verdad dolorosa, respondió:

—Porque tienes pánico al compromiso y siempre vas a evitar tener un vínculo profundo y duradero con alguien.

A Tea le sentó fatal lo que Manuel acababa de decirle, pues además para ella lo que le sucedía era otra cosa muy diferente:

—Lo que me ocurre es que soy una tía muy independiente, que nunca ha tenido ni tiempo ni ganas para el amor. Pero apareciste tú y me enamoré, lo que pasa es que me entró miedo a perder todo lo que tenía y sobre todo a perderme a mí.

—Te entró miedo a equivocarte, a que saliera mal, a que te hiciera daño… Y más después de lo que pasó con la rubia aquella.

—Verte morreándote con ella no fue nada agradable —masculló Tea, que no quería ni recordar lo que sintió cuando le vio con esa tía.

—Tú dijiste el primer día que nos enrollamos que lo nuestro era algo abierto y sin compromiso y que podíamos liarnos con quien nos diera la gana.

—Sí, porque pensé que solo iba a ser un rollo de verano. Pero cuando te vi con esa chica…

—Te diste cuenta de que habías pactado eso porque estás muerta de miedo.

—¿Miedo a qué? —replicó Tea, ofuscada.

—A que te haga daño, pero yo jamás te lo haría. Y ya te dije en su día que esa tía estaba borracha, que me agarró de repente del cuello y me besó. Yo jamás podría liarme con otra, porque no te puedo sacar de la puta cabeza.

—Ni yo a ti —musitó Tea, con los ojos llenos de lágrimas.

A Manuel le entraron unas ganas infinitas de abrazarla, si bien creyó que lo mejor que podía hacer por ella era decirle:

—Pero tú aprendiste desde muy pequeña que el amor duele y no es seguro y por eso evitas el compromiso.

—No sé de qué hablas —farfulló Tea, que se sentía muy incómoda con la deriva que estaba tomando la conversación.

Manuel sabía perfectamente que no quería hablar del tema, pero para él era más que necesario y le explicó:

—Hablo del divorcio tan conflictivo de tus padres y de la decisión final que tomaron, cuando tenías ocho años, de que te fueras a vivir con tu tía Inés: una tirana, controladora y manipuladora, que te tenía en su casa como su Cenicienta y de donde lograste escapar en cuanto cumpliste dieciocho años.

—¿Me estás contando mi vida? —inquirió Tea, que no sabía a cuento de qué estaba sacándole toda esa basura.

—Te estoy contando que esos episodios tan traumáticos te han marcado tanto que los has trasladado a tus relaciones de la vida adulta. Y que por eso te niegas a comprometerte, porque tienes pánico a sufrir, a que te abandonen, a que te controlen, a que…

—¡Déjalo! —le exigió cabreada—. No he venido para que me psicoanalices.

—Yo te puedo dar el amor y la tranquilidad de una relación estable, pero tú eres la que tienes que ir al fondo de tus bloqueos y de tus miedos. Cuando lo hagas, ya sabes dónde estoy. Hasta entonces, no voy a permitir que juegues más conmigo.

Y tras decir esto, se dio la vuelta y se marchó de allí dejando a Tea con una mezcla de rabia, pena y dolor…

Capítulo 10

Cuando llegaron a la habitación, enorme, con vistas al mar, y decorada al estilo minimalista y con toque ibicenco, Tea cayó a plomo sobre la cama y exclamó todavía con esa mezcla de emociones encima:

—¡Qué noche de mierda!

Ana se tiró también en la cama y dijo tras colocarse la almohada doblada bajo el cuello:

—¡Ha sido horrible!

—¿La tuya también? Tía, no me cuentes rollos que he visto la cara que traíais de bien follados, después de aparcar en el quinto pino.

—Nos hemos liado, pero él está convencido de que solo me interesa por el sexo.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Pobrecito mío! ¡Estás tan necesitada que no le dejas ni hablar ni expresar sus sentimientos!

—La que no puede expresar sus sentimientos soy yo, que no sé cómo coño decirle que me tuve que esconder en la hamaca porque pensé que se había metido a gigoló de mujeres de edad.

—¿Todavía estás con eso? —inquirió Tea, muerta de risa.

—Me he ido con él a aparcar para aclarárselo, pero tenemos una atracción tan animal que nos hemos liado —confesó Ana, encogiéndose de hombros.

—¿Y qué tal? —preguntó Tea, incorporándose un poco y poniendo varios cojines detrás de la espalda.

Ana suspiró y con la vista puesta en el techo respondió sin dudarlo:

—Es el puto amo.

—Jo, ¡qué bien! —exclamó Tea, quitándose el vestido y lanzándolo al aire.

—¿Bien? —replicó Ana, poniendo cara de que aquello era horrible.

—Tía, has follado. Yo me he pasado la noche entera aguantando que las putas lentejuelas del vestido se me clavaran en los brazos para nada.

Ana se levantó, se quitó los zapatos y le contó lo que le traía de cabeza:

—Después de hacerlo me ha dicho muy cabreado que ya tenía lo que quería.

Tea abrió los ojos como platos, miró a su amiga alucinada y farfulló:

—Ostras. ¡Se siente como un hombre objeto!

Ana agarró un cojín de la ansiedad que tenía, se lo llevó al pecho y añadió:

—Y encima cuando iba a explicarle lo del gigoló, ha llamado Coco para que fuéramos a la fiesta y no he podido decirle nada, ya que ha ido todo el camino de morros.

Tea se liberó de los tacones de dos puntapiés y, después de que cayeran al suelo, le dijo con una cara de guasa enorme:

—Pero lo tuyo tiene fácil arreglo. Mañana mismo tienes que decirle que no solo le quieres

para follar en el Fiat Panda, que podéis hacerlo en muchos sitios más.

—No estoy para risitas…

—No, tú lo que querías era pasarte la noche entera follando.

—Lo que quiero que sepa es que también me enamoré de él en Egipto, que no he parado de pensar en él todo este año y que mi idea era llamarlo estos días de vacaciones para decirle que ahora sí que estoy lista para empezar una relación. Pero a ver si mañana quiere hablarme…

—¿Cómo no va a querer hablarte sin la fiesta flamenca no te quitaba ojo?

—No me ha hecho ni caso. Me ha estado evitando toda la noche.

Tea negó con la cabeza y le informó para que supiera lo que realmente había:

—Pero no dejaba de mirarte, que yo le he pillado un montón de veces.

—El que no te quitaba el ojo de encima era Manuel.

A Tea se le contrarió el gesto, se revolvió entera, resopló y masculló:

—Calla, ni me lo mientes que tengo un cabreo con él que estoy que bufo.

—¿Qué ha pasado?

—Me he abierto en canal, le he confesado que he vuelto por él y su reacción ha sido decirme que me estoy engañando a mí misma, porque en el fondo tengo pánico al compromiso y jamás podré tener un vínculo duradero con nadie.

—Ay, madre. ¡Vaya a melón que ha abierto! —musitó Ana.

—¿Te lo puedes creer? Me ha restregado lo de mis tres *follamiguitos*. Y según él la culpa de que huya del compromiso la tienen el divorcio traumático de mis padres y la brujona de mi tía Inés.

—Ya —dijo Ana, que pensó que para ella no había duda: Manuel la quería de verdad y su futuro como pareja dependía de que Tea hiciera las paces con su pasado.

—¿Cómo que ya? —replicó Tea, perpleja—. ¿Piensas como él? ¿Crees que tengo miedo a comprometerme para evitar que me hagan daño, que me abandonen o que me controlen?

—Soy pediatra, no psiquiatra, pero…

—Ya, tía, pero me conoces mejor que nadie.

Ana tenía que mojarse, aunque sabía que su opinión iba a sentarle como una patada en el hígado:

—Tiene sentido lo que te ha dicho Manuel.

—¿En serio? —repuso Tea, que además de cabreo sintió una tristeza profunda.

—Lo que viviste fue muy duro. Es normal que te afectara.

—Me ha pedido que vaya al fondo de mis bloqueos y de mis miedos y que cuando lo haga que le busque, pues no va a permitir que juegue más con él.

—Entiende que tuvo que pasarlo fatal cuando decidiste dejarlo.

—Tú sabes lo agobiada que estaba. No esperaba enamorarme y no sabía cómo coño

gestionarlo. Así que tomé la decisión de pirarme y que el tiempo y la distancia pusiera todo en su sitio. No jugué con él. Ni antes ni ahora. Y si he vuelto ha sido porque me he dado cuenta de lo que siento por él y porque ahora sí que sé lo que quiero. Pero él no se fía de mí y eso me tiene muy cabreada y muy triste.

—Es normal que tenga sus cautelas. ¿Qué esperabas? —replicó Ana.

—Esperaba que, tras confesarle mi amor, nos besaríamos de película y seríamos felices para siempre.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Demasiado fácil!

—Jamás pensé que me reprocharía que soy fóbica al compromiso y que me trabaje mis putos traumas —musitó Tea, que se tumbó en la cama y se tapó el rostro con un cojín.

—Yo sé que no te gusta hablar de tus padres, ni de tu tía Inés…

Tea se retiró el cojín de la cara y confesó algo que era muy importante para ella:

—Me niego a ser una tía «carencias» que va por la vida de víctima. Soy la dueña de mi destino y yo decido cómo quiero vivir mi vida. Pero según Manuel mi familia me condiciona tanto que por su culpa asocio el amor al abandono, a la inseguridad, al miedo y al control y por eso evito el compromiso.

—¿Y tú qué piensas? —quiso saber Ana.

Tea se sentó con las piernas cruzadas en la cama y reconoció hablando entre dientes:

—No hablo con mis padres desde que me fui de la casa de la zorra de Inés.

—Todavía tienes resentimiento.

—Y sé que debería soltarlo porque a la única a la que hace daño es a mí. Eso reconozco que tengo que trabajármelo, pero no quiero pensar más que me va a explotar la cabeza. Mejor durmamos, que mañana hemos quedado a las nueve de la mañana para desayunar.

—¿Con quién?

—Con Coco, con Eva y con tu churri.

—¿Con él también?

—Eso ha dicho Coco cuando nos hemos despedido, que los primeros que lleguemos que cojamos mesa para cinco.

—Genial, porque tiene que saber de una vez lo que hay.

—Sí, dile que le amas y lánzate a vivir el verano de tu vida, mientras yo me dedico a sanar mis putos traumas. Y ya, cuando lo logre, a eso de los noventa y seis años, llamaré a Manuel para que nos ingresemos juntos en una residencia… ¡*Planazooooooooooo*!

—Ja, ja, ja, ja. ¡El amor siempre triunfa!

—Cabrona…

Capítulo 11

A las nueve y cuatro minutos de la mañana, las chicas aparecieron en la terraza donde se servían los desayunos, y ellos ya estaban allí, con la mesa llena de cosas:

—¡Chicas! ¡Venid! ¡Estamos aquí! ¡Hemos pillado una mesa redonda que son las más divertidas! —gritó Coco en cuanto las vio, haciendo aspavientos con las manos.

Las chicas le devolvieron el saludo y se dirigieron a la mesa donde Eva les preguntó:

—¿Qué tal noche habéis pasado?

—Ana ha dormido como un tronco, lo típico de cuando te descargas bien, pero yo no he parado de rumiar lo mío. Es que tengo mucha plancha con Manuel…

Coco agarró a Tea por los hombros, le dio dos besos en las mejillas, luego hizo lo mismo con Ana. Y así empezaron todos a besarse, hasta que a Ana le tocó quedarse frente a Álex que le dijo muy serio:

—¡Buenos días!

A Ana se le aflojaron las rodillas y de los nervios que tenía, el primer beso se lo puso en la comisura del labio derecho, Álex giró un poco la cabeza y el segundo beso se lo terminó colocando en la boca.

Un pico en toda regla, que hizo que Ana diera un respingo y replicara:

—¡Hola! ¡Buenos días! ¿Qué tal?

Álex se mordió los labios, de un modo absolutamente canalla y *sexy*, sonrió como un diablo y contestó:

—Descargado. ¡Gracias!

A Ana se le ruborizaron hasta las pestañas y agradeció que Coco les pidiera:

—Vamos a sentarnos que se nos van a enfriar los cafés y las tostadas.

Todos lo hicieron y a Ana no le quedó otra más que sentarse entre Álex y Tea.

Y, entonces, cuál no fue la sorpresa de Ana que Álex le pasó un plato con piña y sandía. Su desayuno favorito.

—¡Muchas gracias! Todavía te acuerdas —le dijo Ana, pues era lo que desayunaba siempre en Egipto.

—¡Se acuerda de todo! ¡Le tienes loquito! —exclamó Coco, agitando los brazos y haciendo que tintinearan la cantidad de pulseras que llevaba hasta casi el codo.

—¡Sois más monos! —musitó Eva, pestañeando muy deprisa.

—Como ayer triscaste, hoy no necesitas la Nutella —comentó Tea, muerta de risa.

—Me olía que ayer hubo *ñiqui niqui* —replicó Coco, tronchada—. Y cuando Álex se ha ido a por sandía y piña para Ana, lo primero que he pensado era que serían para prevenir la cistitis postcoital.

Ana estuvo a punto de espurrear el trozo de piña que tenía en la boca y Álex le exigió a su abuela:

—¡Basta! Por favor…

—Yo cuando tardabais tanto en volver del aparcamiento… —insistió Coco.

—Abuela, ¡ya está!

—¿Ya está? O sea que lo vuestro ya está encaminado…

—¡Ya está bien de hablar del temita!

Álex agarró el zumo de naranja y se lo bebió del tirón, mientras Ana se limpiaba la boca con la servilleta sin saber qué decir.

Sin embargo, la que habló fue Coco que agarró el teléfono móvil y les mostró la compra que acababa de hacer:

—Anda, no te enfades. ¡Y mirad que sorpresita os tengo! ¡He comprado cinco entradas para ir esta noche a ver a David Guetta al Ushuaïa!

—Dios, Dios, Dios —gritó Eva, arrojándose al cuello de su abuela.

Álex contrarió el gesto mientras untaba una tostada con aguacate, ya que no le apetecía para nada el petardeo. Él era más de disfrutar de una Ibiza más payesa y más auténtica y repuso:

—Yo es que no…

Sin embargo, su abuela le interrumpió para decirle tajante:

—No eres un muermo y por eso te vienes.

Ana miró a Álex, y este sintió tal mariposeo en el estómago que decidió que lo mejor era acudir al concierto y hablar con Ana para decirle que lo suyo no podía ser.

Él no podía tener una relación de sexo sin ataduras, porque estaba pillado hasta las trancas de ella.

Así que dio un mordisco a su tostada y le informó a su abuela:

—Está bien. Iré.

—¿Lo dudabas? —replicó Coco divertida a la vez que untaba la tostada con tomate—. Y a ti, Tea, ¿qué es lo que te pasa con Manuel que anoche nos pusimos a parlotear de otros temas y no nos contaste nada?

Tea dio un mordisco al donut de chocolate y replicó:

—Según él tengo miedo al compromiso y me ha pedido que, cuando supere mis traumas, le llame.

—¿Y tienes muchos traumas? —preguntó Eva, que estaba tomando un bol de cereales de con leche.

—Por favor…—le pidió su hermano—. ¡Ese asunto no te incumbe!

—¡Es para ayudarla! —exclamó Eva.

Y como Tea tenía una necesidad extrema de hablar de lo que le estaba pasando, se sinceró con

ellos:

—Tengo unos cuantos traumas. Lo gordo es que mis padres, después de un matrimonio lleno de gritos, portazos y broncas, por fin se divorciaron cuando yo tenía ocho años y me dejaron al cuidado de mi tía Inés, una mujer dominante y autoritaria que me trataba como si fuera su doncella.

—¡Caray! —musitó Coco.

—Me fui de su casa cuando tenía dieciocho años y desde entonces no me hablo con nadie de mi familia —reconoció Tea, que no pudo evitar que los ojos se le humedecieran.

Y Coco, que estaba a su lado, la agarró por el brazo y le dijo para que supiera lo mucho que la comprendía:

—Cuando me quedé embarazada de la madre de mis nietos, mi familia me dio de lado. Me dejaron sola y tuve que salir adelante sin nada. Al principio los odié, pero luego me di cuenta de que les tenía que estar agradecida porque me obligaron a darme cuenta de que era mucho más fuerte y más valiente de lo que pensaba. Y los perdoné, ya que el rencor me quitaba muchísima energía y me descentraba de lo importante. Yo te lo recomiendo, perdonar es sanísimo y vas a ir mucho más ligera.

Tea colocó la mano sobre la de Coco, la apretó suavemente y le dijo:

—Gracias por tu sabio consejo, Coco. Voy a trabajarme lo del perdón. Y respecto a Manuel...

—No tengas miedo al compromiso —le aseguró Coco, convencida—. Tus padres actuaron así porque vete a saber las razones que tendrían. Y se equivocaron dejándote con esa mujer tan odiosa. Pero Manuel no tiene nada que ver con aquello y es un chico bueno en el que puedes confiar.

—A mí me dio un buen rollo que te cagas —opinó Eva, mientras se terminaba los cereales.

—Por lo que estuve hablando con él me quedó claro que es un tío cabal. Es trabajador, serio, cumplidor y sabe pagar sus deudas. No te va a fallar —sentenció Coco con una sonrisa de oreja a oreja.

—Lo dices con una seguridad… —repuso Tea, sorprendida.

—Mi abuela tiene un ojo que siempre acierta —afirmó Eva, rotunda.

Coco se desenganchó del brazo de Tea, agarró un zumo de manzana, dio un sorbo y le dijo:

—Encontrar un buen novio es pan comido, lo difícil es pillar un buen asesor fiscal y experto en planificación patrimonial. Así que no te estreses, guapísima y…

Coco no pudo seguir hablando pues, de repente, sonó el teléfono móvil de Ana, que lo sacó del bolso y comprobó que era su hermana:

—Es Guada. Disculpad que voy a ver qué quiere.

—¡Me encantaría conocerla y decirle que gracias a ella tengo el culo duro como una piedra!

—Ahora se lo comento y te la presento.

—No sabes tú la ilusión que me haría —confesó Coco.

—Un momentito, por favor.

Ana se levantó, se dirigió a una hamaca junto a la piscina, se sentó y le cogió el teléfono a su hermana:

—¡Hola! ¿Qué tal?

—¡Hasta los mismísimos! —refunfuñó Guada.

—¿Sigues con la hinchazón?

—Soy un puto orco —gruñó Guada.

—No sé por qué te empeñas en retocarte tanto si eres preciosa.

—Ya estamos otra vez con lo mismo —replicó Guada, ofuscada—. Estoy harta de decirte que me retoco porque soy una persona seria y eco-responsable que, en vez de invertir en chorradas, lo empleo en mi cuidado y en mi bienestar.

—¿Qué falta te hacía retocarte los labios?

—¿Cuántas veces te tengo que explicar que me debo a mis seguidores y que debo darles siempre lo mejor de mí? Y hablando de seguidores, ya sabes que para el mundo estoy un lugar perdido en un retiro de yoga.

—No sabía —reconoció Ana.

—¿Hace cuánto que no entras en mi Insta?

—*Mmmm*.

—Llevo siete días colgando fotos de mis pies y de posturas de yoga de espaldas en un lago que hay aquí en Zamora, en el pueblo de Luis.

—Ahora lo veré. Seguro que es un sitio muy bonito.

—Lo es y no pienso irme hasta que se me quite este careto de trol de fango.

—Ya no te debe quedar mucho —aseguró Ana.

—Ojalá. Y te estoy llamando porque tienes que subir historias ya mismo para promocionar el hotel, que para eso me han hecho el descuento.

—¿Historias? —replicó Ana, que no tenía ninguna gana de hacerse fotos.

—Sí. Sube historias sin parar y yo las repostearé para mis seguidores.

—El año pasado no tuve que subir nada.

—Porque tenía fotos de la última vez que estuve, pero no he pisado jamás el hotel en el que ahora estáis alojadas.

—¿Y qué pongo? —inquirió Ana, a regañadientes.

—Es muy sencillo. Coge una fruta, hazte una foto comiéndotela en un sitio chulo y escribe un texto como: «el hotel es tan mágico, cañero, atrevido y original como yo».

—¿Cómo yo? —replicó Ana que aquello no le podía parecer más ridículo.

—Sí, como tú. La gente no te conoce y seguro que se traga el cuento. ¿Lo has pillado?

—Sí —respondió Ana, resignada.

—¡Pues a darle a saco a las historias!

—Vale y antes de colgar una cosita: ¿te importaría saludar a la abuela de Álex que es superfan tuya?

—¿Álex…? ¿El egipcio? —preguntó Guada, sin dar crédito.

—¡*Siiiiiiiií*! —exclamó Ana, entusiasmada—. Está pasando unos días con su familia en el hotel. ¿Te lo puedes creer? Yo que quería contactar con él estos días, voy ¡y me lo encuentro!

—¡Vete con pies de plomo con él! De los tíos nunca hay que fiarse.

—Álex es muy especial —dijo Ana, sin perder su entusiasmo.

—Todos los son al principio, y más de vacaciones.

—En Egipto vivimos un montón de situaciones y tuve la oportunidad de conocerlo bien.

—Eres tan ingenua, hermanita. Folla, pero no te enganches. Anda, ¡pásame a la yaya que le voy a dar la alegría de su vida!

Ana regresó a la mesa y le pasó el teléfono móvil a Coco diciéndole:

—Mi hermana quiere mandarte un saludito.

—¡Ay qué ilusión! —exclamó Coco, feliz—. ¡Y me está haciendo una videollamada! ¡Voy a cogerla!

A Ana le extrañó que su hermana quisiera hacer una videollamada, pero Coco la aceptó y vio que lo que aparecieron fueron los pies de Guada:

—¡Hola, hola, abuelita! ¡Estás hablando con Guada Roca!

—¡Solo te veo los pies, Guada Roca! ¡Enchufa para arriba! —le exigió Coco.

—Es que aún me queda un poco para estar tan perfecta como merecéis —se justificó Guada.

—¡Tú siempre estás perfecta! —le dijo Coco.

—¡Gracias, abuelita!

—No soy tu abuelita. Soy Coco. ¡Y gracias a ti estoy así!

Coco se levantó el vestido de crochet y le enseñó el tanga de hilo dental:

—¡Vaya con la abuela! ¡Enhorabuena por ese pompis!

Coco contrarió el gesto y le aclaró para hacer honor a la verdad:

—Esto es un culazo. ¡No un pompis!

—Lo que tú digas. Y ya puedes contar a todo el mundo que has conocido a Guada Roca. Un besito, Toto.

—¿Toto? El toto es lo que tengo entre las piernas. Yo soy Coco —se reivindicó.

—Eso, Coco. Y antes de colgar, te voy a pedir el favor de que le recuerdes a mi hermana que le dé caña a las historias.

—¡Te estoy escuchando! ¡Tranquila, que ahora subiré la primera! —exclamó Ana.

—Ya la estoy esperando. ¡Chaíto!

Guada colgó y Coco le comentó a Ana muy sorprendida:

—¡Menudo carácter! Se nota que le gusta mandar…

—Me ha pedido que me haga una foto para promocionar el hotel y que la suba a mis historias.

—¿Una foto cómo? —preguntó Coco, curiosa.

—Dice que comiendo una fruta en un sitio chulo del hotel.

—¡La esquina aquella con la cama balinesa es una fantasía total! —apuntó Eva, señalando el lugar.

—Y Álex hace unas fotos increíbles —habló Coco a la que se le iluminó la mirada.

Y Álex lo que pensó fue que para qué iba a esperar a la noche para hablar con Ana, cuando podía hacerlo en ese justo momento. Y se ofreció para hacer de fotógrafo sin más:

—Haré las fotos. No sé si increíbles, pero…

Y a Tea el plan le pareció tan genial que les dijo para no perder más tiempo:

—¡Perfecto! Idos para allá no vaya a ser que os ocupen la cama y yo ahora os llevo la fruta…

Capítulo 12

Tea apareció con un plátano, se lo pasó a Ana que estaba junto a la cama balinesa y esta le preguntó perpleja:

—¿Un plátano?

Tea se mordió los labios para no troncharse de risa y respondió:

—No había otra cosa. ¡Me piro a la terraza a seguir zampando!

Ana agarró del brazo a su amiga y le pidió porque la situación no podía ser más absurda:

—Hazme mejor tú las fotos. Álex seguro que tiene cosas más importantes que hacer.

Álex, que no se iba a marchar de allí sin aclarar de una vez el asunto con Ana, le pidió a Tea:

—Termina de desayunar. Yo me encargo de las fotos. Además, he cambiado hace poco de teléfono móvil y tiene una cámara estupenda.

—Eres tan *monooooooooo* —canturreó Tea, y luego se marchó corriendo de allí.

Y Ana, ansiosa por acabar cuanto antes, se sentó en el centro de la cama balinesa, de rodillas y con el culo apoyado en los talones, con su bikini de triángulos más pequeños y el plátano en la mano.

—Este postureo me espanta y encima llevo puesto el bikini que me lo deja todo fuera.

Álex pensó que a ella le espantaría, pero que él le estaban entrando unas ganas enormes de arrancarle el bikini naranja y hacerlo hasta que sus gritos se escucharan bien lejos, si bien lo que replicó fue:

—Te queda muy bien.

—¡Y hace juego con el plátano con el que tengo que posar haciéndole una mamada! —farfulló Ana, blandiendo el plátano.

Y puso una cara tan graciosa que Álex se tronchó de risa:

—Ja, ja, ja, ja.

—Esto es patético.

—Solo es un plátano. ¡Pélalo y dale un mordisco! —habló Álex quitándole importancia.

Ana se puso a pelar el plátano mientras confesaba encogiéndose de hombros:

—Esto es ridículo, pero tengo que hacerlo. Mi hermana es una pelma que no va a parar hasta que suba la historia.

—Te hago las fotos y lo subes ahora mismo.

—Lamento hacerte perder el tiempo con esta estupidez —dijo Ana, esbozando una pequeña sonrisa.

Una sonrisa que Álex le hizo sentir unas absurdas mariposas en el estómago y replicó, pues tenía que tomar cartas en el asunto cuanto antes:

—No hay de qué. Además, quería quedarme a solas contigo, porque tengo algo que decirte.

Y se lo dijo clavándole la mirada de una forma que Ana sintió un estremecimiento súbito y musitó:

—Yo también quiero hablar contigo.

—Perfecto. Hacemos las fotos y hablamos.

—Vale.

Ana se pasó la lengua por los labios, se ahuecó la melena, comprobó que los pequeños triángulos estaban en su sitio y cuando por fin se llevó el plátano a la boca, Álex estaba a punto de romper el pantalón por la entrepierna:

—¿Lista? —preguntó recordando lo que Ana le había hecho con esa misma boca que rodeaba el plátano con los labios jugosos.

Y Ana, no pudo evitar que los ojos se le fueran al bulto enorme que Álex tenía entre sus piernas y que se le escapara un:

—¡Dios!

—¿Qué pasa?

Ana se apartó el plátano de la boca y respondió entre risas:

—¡Estás empalmado!

Álex dio un manotazo al aire y le quitó importancia replicando:

—Es por el calor y la humedad.

—Ah.

—Y tú estás marcando pezones —le informó porque tampoco pudo evitar que la vista se le fuera hacia esa zona de la anatomía de Ana.

—Es que este plátano es muy *sexy* —se justificó, divertida.

—Más bien estamos cachondísimos —repuso Álex, que pensó que para que iban a estar con tonterías.

—Puede ser también —masculló Ana, risueña.

Sin embargo, Álex se puso serio y le dijo a Ana negando con la cabeza:

—Y esto no puede seguir así, Ana.

—Ah, ¿no? —inquirió Ana, sintiendo que le daba un vuelco al corazón.

—No, porque no quiero tener sexo contigo.

Ana abrió mucho los ojos y replicó, ya que aquello no había quien se lo creyera:

—Pues para no querer…

—No quiero tener solo sexo contigo —matizó Álex—. Me pones a cien, con solo mirarme, pero no solo es eso. Me encanta como eres. Tu personalidad. Tu risa. Tus andares. Las pequillas de las mejillas que solo se ven muy de cerca. Adoro cómo devoras las sandías. Cómo mueves las manos cuando bailas. Me flipa cómo escuchas a la gente, con suma atención, como si estuvieran diciendo cosas muy importantes, y siempre más preocupada de entenderles que de lo que les vas

a responder. Me alucina tu amabilidad. Cómo te preocupas por los demás sin que los conozcas de nada. Cómo hiciste conmigo y la herida mal curada que traía de Alejandría y que se puso peor cuando me metí en el puto lago salado. Me curaste a pesar de que no pude ser más borde y cuando te conté que estaba hospedado en un sitio de mierda, sacaste un teléfono y llamaste para hacerme una reserva en el tuyo, sin que yo te dijera nada.

—Es lo que haría cualquiera —aseguró Ana.

—Cualquiera no, es lo que hiciste tú, la chica de la que me fleché desde la primera vez que la vi flotando en la piscina de Cleopatra. Hasta ese momento, mi viaje estaba siendo una jodida pesadilla, pero de repente apareciste tú, repartiendo amor con los niños, con los abuelos, con los perros, con todo lo que se te cruzara.

—¿Repartiendo amor? —replicó Ana, divertida.

—Tenías siempre una palabra amable para todos. ¡Y en árabe!

—Ya te dije que estuve unos meses trabajando de voluntaria en Nuweiba y aprendí a chapurrear un poco el idioma.

—¿Chapurrear? ¡Si hacías tertulias con la gente! Me volviste loco desde el principio y conseguiste que mi viaje de mierda de repente tuviera sentido. Todo había merecido la pena porque había llegado hasta ti. Y lo que ocurrió después, cuando decidimos seguir la aventura juntos hasta Dahab, fue lo mejor que me ha pasado en la vida. Incluso el reventón de la rueda y quedarnos tirados en el desierto sin saber qué iba a pasar. Me daba lo mismo. Yo solo quería estar contigo.

Ana suspiró, de solo recordar aquel día, y habló:

—Fue precioso estar bajo las estrellas, junto al fuego que encendiste con aquellas ramitas y compartiendo la comida que llevábamos en la mochila.

—Fue la cena más romántica de mi vida. Y después de hacerlo bajo aquel cielo, en medio de esa noche, pensé que podía perfectamente palmarla, porque no me iba a pasar nunca nada mejor en la vida.

Álex dijo aquello con tanta verdad que los dos se emocionaron y luego Ana añadió:

—Fue tan bonito que cuando llegó el de la grúa para asistirnos después de dieciocho horas de espera, me dio hasta rabia por cortarnos el rollo.

Álex sonrió y siguió sincerándose con ella con el corazón latiéndole muy fuerte:

—Fue todo tan intenso que me enamoré de ti como en la vida. De hecho, no he dejado de pensarte todo este tiempo. Y en cuanto he vuelto a verte me he dado cuenta de que siento incluso más todavía. Estoy enamorado a lo bestia de ti. Y no puedo estar follando contigo alegremente. A ver, entiéndeme, que sí, que me muero por hacértelo en esta cama balinesa y que me encantaría que el plátano que te has metido en la boca fuera mi polla, pero…

—¡Ay, madre! —masculló Ana, que se abanicó con la mano del calor que la entró.

—No puedo, Ana. Si no sintiera nada, sería perfecto. Nos pasaríamos un verano de puta madre y luego adiós muy buenas. Pero esto es mucho más que un calentón y no quiero sufrir. No imaginas la de veces que he estado tentado de llamarte, de dejarme caer por tu hospital, por tu barrio y hasta por La Vía Láctea, el local al que me contaste que ibas de vez en cuando. Pero tenía que respetar tu decisión y aferrarme a que me dijiste que cuando te sintieras preparada me llamarías. Y a esa esperanza he vivido enganchado hasta que ayer vi cómo te escondías detrás de una hamaca para no saludarme y se me vino el mundo encima.

Ana resopló, pues había llegado el momento de explicarle la bochornosa equivocación, aunque aún no tenía ni idea de cómo hacerlo y masculló nerviosa:

—A ver…

Y justo en ese momento vio el cielo abierto porque de repente sonó su teléfono móvil, que estaba en el bolso que había dejado debajo de la cama balinesa, y se lanzó a por él.

Comprobó que era Guada que, conociéndola, a esas alturas tenía que estar que trinaba y habló:

—Dime.

—¿Me quieres decir cuando coño vas a subir la puñetera historia? ¡Tía, no seas perra! ¡Solo te estoy pidiendo una puñetera foto! —refunfuñó cabreadísima.

—He tenido que buscar la localización y conseguir la fruta, pero tranquila que estaba a punto de hacérmela. En un pispás la tienes arriba.

—¡Déjate de pispás y súbela ya! ¡No me toques más los ovarios!

Guada colgó y guardó el teléfono mientras que Álex decía:

—La tía es insoportable.

—Está muy estresada. Y además las convalecencias de los retoques los lleva fatal. Es muy impaciente. Y lo quiere todo siempre para ya. Como la foto. ¿Me la haces, por favor? Solo serán unos segundos.

Ana se sentó en la misma postura, se ahuecó el pelo, comprobó que los triángulos seguían en su sitio, se metió el plátano en la boca y le hizo una señal a Álex para que le tomara la foto.

Álex hizo un montón de fotos mientras pensaba que lo tenía todo perdido con Ana, puesto que era evidente que la llamada de la hermana había sido la excusa perfecta para evitar decirle que no quería nada serio con él.

Ana era tan buena gente que no sabía cómo decírselo para no hacerle daño, pensó.

Sin embargo, él ya había captado el mensaje, así que cuando acabó de hacer las fotos, se las pasó a su WhatsApp, ella eligió la que más le gustó, dentro del despropósito que era retratarse haciéndole una felación a un plátano, y escribió a toda prisa algo parecido a lo que le había dicho su hermana.

Luego, dejó el teléfono junto al plátano, sobre la cama, y volvió a intentar explicarle lo sucedido:

—Verás, es que cuando te vi con tu abuela yo…

Álex la notó tan angustiada que decidió facilitarle las cosas y repuso:

—Ya sé lo que hay. Tú tranquila.

—¿Cómo que sabes lo que hay? —replicó Ana, perpleja.

—Has puesto una cara de alivio tremenda cuando te ha sonado el teléfono. No sabes cómo decirme que no quieres nada conmigo. No pasa nada. Ya lo he dicho yo.

A Ana se le demudó el rostro, negó con la cabeza y musitó:

—No, no es eso.

—¿No? —inquirió Álex que esperaba cualquier cosa menos eso.

—No —dijo rotunda.

—¿Entonces qué es? —masculló Álex frunciendo el ceño.

Ana saltó de la cama, respiró hondo y se plantó frente a él para decirle lo primero que se le pasó por la cabeza:

—Esta noche te lo cuento.

—Esta noche —replicó Álex que ya estaba deseoso por escuchar lo que tenía que decirle.

Ana, rezando para que esa noche por fin reuniera el valor suficiente para contarle la verdad, asintió, cogió sus cosas y regresó junto a las chicas a la terraza…

Capítulo 13

A las ocho de la tarde quedaron en el vestíbulo del hotel para ir al concierto, si bien hubo un pequeño cambio de planes:

—Daniela también se viene al concierto. ¡La abuela le acaba de comprar otra entrada! —les contó Eva a las chicas.

Daniela miró a Eva con una sonrisa preciosa y luego Coco tomó la palabra:

—Y lo que hemos pensado para trasladarnos es que tú —dijo dirigiéndose a Tea— vayas al Ushuaïa en taxi. Concretamente, en ese que acaba de llegar.

Coco, que lucía un vestido entallado fucsia de escote palabra de honor a la rodilla y unas zapatillas verdes fosforitas, agarró a Tea del brazo, salieron del hotel y esta se quedó muerta cuando vio que el taxi que le estaba esperando era el de Manuel.

—Las casualidades no existen —masculló Tea, como un flan.

—Ayer le pedí la tarjeta a Manuel y después de todo lo que hemos hablado hoy, creo que debes subirte a su taxi —habló Coco mientras Tea no paraba de mirar patidifusa al taxi.

—¿De verdad crees que debo subirme, Coco? Te recuerdo que ayer me dijo que no quería que jugara con él.

—Y no vas a jugar. Tú vas a subir a ese taxi a decirle que estás en el camino de sanar tus heridas.

—¡Ay, Coco, que estoy hiperventilando! —musitó Tea, llevándose la mano a la nariz para confirmar que estaba respirando.

—Te ha visto y sigue ahí. No se ha ido. Y nunca se va a ir —sentenció Coco.

—Estoy cagada de miedo —farfulló Tea—. ¡No estoy lista aún!

—Nunca estamos listos para hacer las cosas que nos dan miedo.

—¿Tú tampoco? —inquirió Tea.

—Nuestros cerebros están diseñados para que no nos arriesguemos, jamás vas a sentirte preparada para lo que te da tanto pánico.

—¿Y entonces?

—Hay que confiar y lanzarse. Además, cuando le he llamado, le he contado que el taxi era para ti — le confesó Coco para que se calmara.

—Y te ha dicho que no quiere saber nada de mí —replicó Tea, convencida.

Coco negó con la cabeza y repuso con una sonrisa amplia para que no le cupiera duda de lo que había:

—Me ha preguntado al instante que a qué hora pasaba a recogerte.

Sin embargo, para Tea solo había un motivo por el que Manuel había reaccionado de esa manera:

—Porque es una carrera larga y le interesa por la pasta. El negocio es su prioridad.

—Su prioridad eres tú —dijo Coco, rotunda.

—¿En serio? —inquirió Tea, arrugando la nariz—. Porque yo creo que lo nuestro está complicadísimo.

—Va a salir todo de perlas —aseguró Coco—. De todas formas, te voy a dejar las pulseras que siempre me funcionan para las cosas más difíciles y desesperadas.

—Coco no hace falta —le pidió Tea.

Si bien Coco se quitó tres pulseras y le dijo mientras se las tendía a Tea para que se las pusiera:

—Te paso estas tres pulseras de tres patronos de causas perdidas que siempre ayudan y protegen: San Judas Tadeo, San Benito y Santa Rita.

Tea se quedó asombrada mirando las pulseras y le dijo, pues consideraba que lo suyo era una causa perdida en toda regla:

—Te las voy a coger, Coco, porque estoy muy necesitada de ayuda y protección.

—¡Póntelas y confía en que todo va a salir bien!

—Me pasaré el trayecto pidiéndoles a los tres santos que obren el milagro. Además, como este no me va a hablar…

—Eres una chica fabulosa y además estás guapísima esta noche.

Tea que llevaba un vestido blanco ceñido de macramé, sin mangas y acabado en flecos con un *body* del mismo color debajo, respondió:

—Es el vestido de Zara que me hace pibonazo.

—El vestido me lo tienes que prestar, pero tú eres una diosa.

—Tú sí que lo eres, Coco. ¡De mayor quiero ser como tú!

—Anda, anda…

—Es verdad. Y en cuanto a Manuel, creo que…

—¡No adelantes acontecimientos y sube de una vez al taxi!

Coco la agarró por los hombros, la abrazó, le dio un beso en la mejilla y la empujó en dirección al taxi.

Tea sintió una punzada de ansiedad en el vientre, respiró hondo, se dirigió al taxi y justo antes de abrir la puerta miró hacia la zona del vestíbulo donde estaban los demás que le gritaron:

—¡Mucha suerte!

Tea soltó el aire que tenía contenido en los pulmones, se metió en el taxi y saludó con unos nervios que no podía con ellos:

—¡Buenas tardes! Voy al Ushuaïa, por favor.

Manuel la miró a través del espejo retrovisor, pensó que se moría por besarla, arrancó, puso rumbo a la discoteca y replicó:

—Al concierto de David Guetta, me lo ha contado Coco. Me ha invitado a que fuera, pero ya le dicho que esta noche actúo en el barco de un jeque.

Tea alucinada con el poder que tenían los tres santos, acarició las pulseras con la mano, les pidió que siguieran ayudándola y confesó:

—Pensaba que no ibas a querer hablarme, después de lo de ayer.

Manuel la miró a través del espejo un segundo fugaz, con esos ojos suyos que a Tea le provocaron un vuelco al corazón y habló:

—Yo siempre estoy deseando hablar contigo.

Tea se besó las pulseras porque aquello no podía estar saliendo mejor y reconoció:

—He estado dándole muchas vueltas a la conversación que tuvimos ayer.

Manuel resopló, ya que para él había sido muy duro y dijo:

—Me dejó muy tocado, pero no me quedó otra. Para que esto funcione es necesario que tú…

Tea colocó la mano sobre las pulseras y, de repente, sintió una fuerza y un coraje tan alucinantes que le llevaron a decir:

—Lo mío está en proceso, no es que quiera jugar contigo. Es que soy así.

—Una contradicción con patas —apuntó Manuel de buen rollo.

—Soy cambiante. O, mejor dicho, lo quiero todo. Yo qué sé. Soy ansiosa y desequilibrada, pero estoy siempre a la búsqueda de la paz y de la armonía. Medito, hago yoga, me voy a correr al parque y hago crochet. Y me siento genial haciéndolo y luego me vuelvo a sentir mal otra vez. Y de nuevo a empezar. Soy así. Me gusta soñar y arriesgar, pero tener siempre un pie en el suelo. Soy independiente y adoro estar sola, pero también necesito estar rodeada de gente que me caliente el corazón. ¡Y así con todo!

—Muy Géminis —concluyó Manuel, que se había pasado el año leyendo libros sobre los Géminis a ver si conseguía entenderla.

Tea sonrió y se sintió tan empoderada que en ese mismo instante decidió que estaba lista para algo que había postergado demasiado:

—Soy Géminis cien por cien. Y voy a hacer ahora mismo algo muy de mi signo.

—¿El qué? —preguntó Manuel intrigado, porque no tenía ni idea de por dónde iba a salir.

—Dejarme llevar por un impulso y luego ya le daré mogollón de vueltas.

Tea sacó el teléfono móvil del bolsito que llevaba en bandolera y tras besar otra vez las pulseras, hizo una videollamada con su padre y con su madre.

—¿A quién llamas? —inquirió Manuel, frunciendo el ceño intrigado.

—A mis padres —respondió Tea, que no pensaba dar marcha atrás.

Manuel se quedó alucinado y balbuceó porque no podía creer que estuviera haciendo aquello:

—Pero si no les hablas desde…

Manuel no pudo acabar la frase, pues el padre de Tea aceptó la llamada:

—Papá —musitó Tea, que se mordió los labios para ver si así evitaba llorar.

—Hija, ¡qué sorpresa! —exclamó su padre muy emocionado.

—Mamá —dijo Tea, con las lágrimas rodándole por el rostro cuando vio que su madre también aceptaba la llamada.

—¡Tea! ¡No me lo puedo creer! —replicó su madre, que también rompió a llorar.

Tea tragó saliva, se retiró las lágrimas con el dorso de la mano y les dijo sin dar más rodeos:

—Yo tampoco me puedo creer que esté haciendo esto, pero lo necesito para estar en paz. No puedo seguir cargando con la rabia y el resentimiento que siento porque os desentendisteis de mí y me dejasteis con la tía Inés.

El padre de Tea carraspeó y replicó haciendo esfuerzos ímprobos por no llorar:

—Lo hicimos porque creímos que era lo mejor para ti. Nosotros teníamos unas vidas desastrosas y consideramos que lo más adecuado para ti era que crecieras en un hogar estable.

Tea negó con la cabeza, respiró hondo y les contó en un tono que no era de reproche, era tan solo su verdad, lo que le había tocado vivir:

—Me dejasteis en un puñetero infierno. Y me harté de pediros que me sacarais de allí, pero jamás me escuchasteis.

—Te escuchamos, pero nuestras vidas eran desordenadas y caóticas y pensamos que lo mejor para ti era quedarte con tu tía —le explicó la madre de Tea, entre sollozos.

Dos lágrimas cayeron de nuevo por el rostro de Tea y replicó:

—Pues no. Aquello fue una pesadilla de la que escapé en cuanto pude.

—Lamento mucho… —dijo la madre que no pudo acabar la frase porque rompió a llorar.

—Y yo. Lo siento, hija. Perdóname —habló el padre con un nudo en la garganta.

—Os perdono porque necesito soltar este maldito lastre que no me deja avanzar.

—Nunca he dejado de telefonearte, pero jamás me has cogido el teléfono. Ni respondido a mis mensajes, como también he perdido la cuenta de la de veces que he llamado a la puerta de tu casa y no me has abierto —le recordó la madre, sin que hubiera tampoco un tono de reproche en su voz.

—No podía hacerlo. Estaba llena de odio y de rencor. Pero ya no quiero sentir más esa mierda.

—Estoy aquí para lo que necesites. Ahora vivo en el campo, tengo una vida estable y organizada —le dijo su padre.

—Yo también, mi vida ha cambiado radicalmente. Vivo en Madrid. Puedes pedirme lo que quieras —musitó su madre, entre lágrimas.

Tea tomó aire, se mordió los labios y habló con el corazón:

—Os voy a pedir cariño, aunque suene un tanto patético.

—No lo es. Hay que tener mucho coraje para pedir amor —aseguró su padre, que la miró con mucho orgullo.

—Siempre me da vértigo y miedo reconocer que soy vulnerable. No obstante, lo estoy haciendo. Y aquí me tenéis —confesó Tea, que rompió a llorar.

—Tea, te quiero —le dijo su madre.

—Y yo, hija —masculló su padre que de la emoción apenas le salían las palabras.

Tea sin poder parar de llorar, pero sintiendo que por fin se había quitado una pesada carga de encima, replicó entre balbuceos:

—No puedo hablar. Estoy desbordada. Jamás pensé que sería capaz de esto. Pero está hecho. Y me siento de maravilla. Os llamaré en otro momento más tranquila. Además, ahora voy en un taxi. El que conduce es el amor de mi vida. Ya veis. Yo estaba convencida de que jamás tendría uno. Pero lo tengo y es él. Os lo presentaré. Ahora os dejo…

Tea colgó y Manuel farfulló con los ojos llenos de lágrimas:

—Joder, ¡la que has liado en un segundo!

—Soy Géminis. Ya te lo había advertido.

Manuel que se moría de ganas por hacer algo, se adentró por un desvío, detuvo el taxi en un camino entre casas de payeses, se bajó del coche, abrió la puerta de atrás, se metió dentro y la abrazó:

—Eres muy grande por hacer lo que has hecho.

Luego, la agarró por el cuello y la besó en la boca que devoró hasta el fondo, muerto de ganas de todo.

—Voy con san Judas Tadeo, san Benito y santa Rita encima —le informó Tea, después del besazo, mostrándole las pulseras.

Manuel la miró derretido de amor y solo pudo decir una cosa:

—Te amo.

Tea le miró y, con una emoción que no le cabía en el pecho, dijo por primera vez las dos palabras que toda la vida le habían dado más miedo pronunciar:

—Te amo.

Capítulo 14

Tea llegó a la puerta del Ushuaïa, despeluchada y feliz, y, Coco en cuanto la vio irradiando tanta luz, dedujo:

—¡Se ha obrado el milagro!

Tea se abrazó fuerte a Coco y luego le dijo con los ojos llenos de lágrimas:

—¡La que he liado con tus pulseras! He llamado a mis padres, me he reconciliado con ellos, les he contado que iba en el taxi con el amor de mi vida y luego le he soltado a Manuel que le amo.

—¡*Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah*! —gritó Coco, que le plantó un beso en la frente.

—Coco, ¡me he liberado! Y mi Manuel me miraba con un amor tan grande que nos hemos metido por un camino y hemos acabado haciéndolo junto a unas chumberas.

Eva, Daniela y Ana que estaban escuchando también se abrazaron a Tea y la felicitaron entusiasmadas por haber sido tan valiente.

—¡Estoy que no quepo en mí! —exclamó Tea, retirándose las lágrimas de felicidad con los dedos.

—¡Me alegro mucho! —dijo Álex al que durante el trayecto en coche le habían puesto al día de la historia.

Coco levantó los brazos, agitó las manos y gritó:

—¡Yupi! ¡Pues que siga la fiesta! ¡Todos para dentro que ya casi son las nueve! ¡Vamos, que no me quiero perder nada!

Y se dirigió a la entrada del local, donde le mostró las entradas que llevaba en el teléfono móvil a la chica de seguridad y entraron en la discoteca.

Y justo tras pasar el control, Tea agarró del brazo a Ana y le cuchicheó al oído:

—Tía, ahora te toca a ti. Esta noche tienes que confesarle a Álex que estás hasta las trancas de él y que si no te arrojaste a su cuello en cuanto le viste en la piscina fue porque le confundiste con un gigoló. Ya está. No tienes que decir nada más. Es muy fácil.

—¿Fácil? De solo pensarlo, me entra un dolor de estómago que te mueres. Creo que no estoy preparada todavía para decírselo —confesó Ana llevándose la mano al vientre.

—Pero nunca vas a estar preparada —aseguró Tea.

—Joder, tía, no me agobies más aún —le pidió Ana.

—Es un dato científico. Coco dice que el cerebro está programado para que no estemos nunca listas para hacer cosas que nos asustan —le explicó Tea.

—Tiene razón —reconoció Ana.

—Por eso si quieres que las cosas sean diferentes, tienes que arriesgarte y saltar. Justo lo que

vas a hacer esta noche —afirmó Tea, mirándola fijamente como una hipnotizadora.

—¿Yo? —replicó Ana, escéptica.

—Sí, tú, porque eres una chica poderosa y porque te voy a pasar las pulseras de estos tres santos que hacen auténticos milagros. ¡Doy fe! Póntelas, pídeles que te ayuden y confía.

Tea se quitó las tres pulseras que Coco le había prestado, mientras Ana le recordaba:

—Le confundí con un gigoló. ¿Te imaginas que llega a ser al revés? ¿Qué hubiera pasado si me hubiera reencontrado con él en una piscina, yendo yo del brazo de mi abuelo y él se hubiera escondido detrás de una hamaca convencido de que soy una *escort*?

—Te confundiste porque Coco no parece la típica abuelita. ¡No te líes más! —le exigió Tea.

—Le prejuzgué, cuestioné su moralidad y sus escrúpulos y si él hiciera lo mismo conmigo, no sé si lo perdonaría —habló Ana, que no tenía ni idea de cómo salir airosa del embrollo.

—¡Fue solo un equívoco! —insistió Tea—. Y Álex es un chico muy listo que lo entenderá a la primera. Además, ¿tú has visto cómo te está mirando?

—Porque está intrigado y deseando que le cuente qué es lo que hay. Y sigo sin tener ni idea de cómo hacerlo.

—Tía, ¡te está comiendo con la mirada! —exclamó Tea, para infundirle fuerza—. Y se nota a la legua que esta *in love* contigo.

Sin embargo, a Ana ese dato no hizo más que ponerla más ansiosa todavía:

—Veremos lo *in love* que está cuando se enteré de lo que llegué a pensar de él.

Tea agarró el brazo de su amiga y le puso las tres pulseras mientras volvía a repetir:

—Pídeles a los tres santos que te ayuden y te protejan y ya verás como todo sale bien.

—Ojalá —musitó Ana, mirando las pulseras que lucía en su muñeca—. ¿Y a Coco no le importará que me las dejes?

Tea localizó a Coco que estaba en la puerta de la terraza de uno de los reservados VIP y le indicó con gestos que le había pasado las pulseras a Ana.

Coco levantó los pulgares y luego con otro gesto de la mano les pidió que se acercaran a la puerta.

—¿Ves? —le dijo Tea a Ana—. ¡Está encantada con que lleves las pulseras! ¡Además ella solo quiere que lo vuestro cuaje! ¡Tú pide a los santos y vamos a ver qué quiere Coco!

Las chicas se dirigieron a la puerta de la terraza del reservado VIP donde Coco estaba saludando con gestos a un señor canoso y de buen ver, de unos setenta años, que estaba dentro:

—Abuela, ¿qué estás haciendo? —le preguntó Álex, mosqueado, que también estaba en la puerta junto a Eva y a Daniela.

—Comunicarme con el hombre aquel que nos está invitando a que pasemos a su reservado —dijo Coco, sacando un abanico enorme de lunares con el que empezó a abanicarse encantada de la vida.

—¿Qué? —replicó Álex que no estaba dispuesto a pasar por ahí.

—No te alteres, son cosas que nos pasan con frecuencia a las guapas. Y dentro vamos a estar mucho más cómodos —afirmó Coco, luciendo su mejor sonrisa y con la mirada chispeante.

Álex se revolvió el pelo con la mano y repuso sobrepasado:

—¿Pretendes que nos metamos en un reservado VIP con un tío que no conocemos de nada?

—¿Cómo vamos a saber quién es si no entramos a tomarnos una copita de champán? —inquirió Coco, divertida.

Álex apretó las mandíbulas, se puso muy serio y dijo rotundo:

—Abuela, me niego a que…

Coco rompió a reír, cerró el abanico, le dio con un él unos golpecitos en el hombro y exclamó:

—¡Coño, que es Gregorio! ¡Te estoy vacilando!

—¿Qué Gregorio? —preguntó Álex con el ceño fruncido.

—Gregorio Ochoa, el constructor al que le hago las soldaduras de sus estructuras desde hace mil años —respondió Coco batiendo las manos.

La puerta del reservado Vip se abrió, un chico joven les pidió que pasaran y Coco les gritó feliz:

—¡Vamos para dentro, chicos!

Coco pasó al reservado, se abrazó a Gregorio, que le presentó a la gente con la que estaba, ella también le presentó a los suyos y justo antes de que empezara el concierto abrieron una botella de champán. Y ya con las copas en la mano, Coco hizo el brindis:

—¡Para que la vida sea un fiestón!

Todos brindaron y a los pocos segundos arrancó el concierto que los hizo bailar a todos, incluido a Álex que parecía más relajado.

—¡No me puedo creer que esté aquí! —gritó Eva eufórica, que agarró a Daniela de la cintura y esta la besó en la boca.

—¡Me *putoflipa*! —exclamó Daniela, que le devolvió el beso.

Álex que no entendía nada, se acercó a Ana y le preguntó al oído:

—¿Cuándo se han liado estas?

—¡Ni idea! ¡Pero da gusto verlas!

Los dos se echaron a reír y luego Álex le propuso rozando con los labios la oreja de Ana:

—¿No prefieres estar con el mogollón?

Ana sintió que se estremecía entera de solo sentir el cosquilleo de los labios de Álex en su oreja y respondió, pues se moría por estar pegada a él, a pesar del calor y de la humedad:

—Yo sí, pero tú detestas las aglomeraciones.

Álex la miró, negó con la cabeza y le volvió a cuchichear al oído:

—Yo lo que detesto es tenerte al lado y no poderte besar.

Ana se quedó mirándole con las rodillas temblorosas y replicó:

—Estoy deseando que lo hagas.

—Con estas locas aquí al lado no puedo, que van a empezar con las bromitas y las coñas. ¡Salgamos mejor de aquí! —le propuso al oído.

A Ana la idea le pareció fenomenal, salieron del reservado y se perdieron entre la gente donde al fin se besaron.

Él la agarró por las caderas, ella le rodeó el cuello con las manos, se devoraron las bocas y, de repente, desaparecieron la música atronadora, las luces, los láseres y la gente.

Y así estuvieron besándose, hasta que un avión pasó volando muy bajo, a punto de aterrizar en el aeropuerto que estaba al lado.

La gente gritó, levantaron las manos, como cada vez que pasaba un avión, y empezó a sonar una canción que para Ana tenía un significado muy especial:

—¡Me encanta! —gritó Ana, emocionada.

—¿Tu canción? —preguntó Álex arqueando una ceja.

Era su canción, pero en ese momento Ana se acordó de otra cosa:

—Espera, que voy grabar un video corto para subirlo a mis historias y que mi hermana no me dé la brasa.

—Vale.

Ana se grabó con el escenario detrás y de improviso apareció Álex que le dio un besazo en la boca.

—Corta el beso. No he podido resistirme a besarte.

—¡Ni de coña! ¡Más contenido! Y ahora voy a escribir alguna chorrada tipo: «¡Estoy encantada! Mi canción, el mejor beso y el hotelazo que me espera». Hala, ¡ya está!

Ana subió la historia y Álex preguntó divertido:

—¿Para qué te espera el hotelazo?

—Ja, ja, ja, ja. Pues lo que te estaba contando, *Titanium* sonó el día que decidí irme sola a Egipto. ¡Y me lo tomé como una señal del universo para recordarme que soy más fuerte de lo que creo! —exclamó Ana.

—¡Eres una tía fuerte y valiente!

—No sé yo… —musitó Ana, encogiéndose de hombros.

—Yo sí lo sé. Y está sonando esta canción para que tú no lo olvides.

—No sé si seré capaz de algo esta noche —le dijo Ana, con la garganta tensa de los nervios que tenía.

—¿Lo dices por lo que tienes que contarme y que me tiene absolutamente intrigado?

—Exacto —respondió Ana, asintiendo con la cabeza.

—Está sonando *Titanium*. Es una señal. ¡Por supuesto que puedes!

—¡No me jodas! Es el concierto de David Guetta, ¿cómo no va a sonar *Titanium*?

—Dispara de una vez. ¡Suéltalo! Ahora. Sin vaselina.

Ana sintió que no estaba preparada, pero como Coco tenía razón y jamás iba a estarlo, decidió dar el salto, clavó la vista en las pulseras, les pidió a los santos que Álex no se cabreara con ella y le dijo al oído:

—El primer día que nos reencontramos, te confundí con un gigoló.

—¿Qué? —replicó Álex, poniendo una cara muy graciosa.

—Que me escondí detrás de la hamaca porque pensé que te habías metido a gigoló —repitió Ana, convencida de que no le había escuchado bien.

—¿Pensaste que me estaba tirando a mi abuela por pasta? —preguntó Álex, perplejo.

—Como Coco no tiene pinta de abuela, pensé que tu empresa iba fatal y que te habías metido a gigoló —explicó Ana, expectante por ver cómo se lo tomaba.

Pero lejos de cabrearse, Álex soltó una carcajada que hasta se dobló:

—Ja, ja, ja, ja, ja.

—¡Menos mal que te está haciendo gracia! —masculló Ana, que estaba alucinando con la reacción de Álex.

—¡Y además pensaste que estaba liado con mi hermana! —exclamó llorando de la risa.

—La tomé por tu amante joven con la que matabas los ratos muertos que te dejaba tu clienta más madura —confesó Ana, con una vergüenza tremenda.

Sin embargo, Álex siguió tomándoselo con más humor todavía:

—Ja, ja, ja, ja. ¡Gracias por pensar que soy poco menos que un semental!

—Lo que pensé fue que eras un tío amoral y sin escrúpulos —precisó Ana, pensando que con eso sí que iba a enfadarse.

Pero no. Álex siguió partiéndose la caja y de qué manera. No podía parar de llorar de la risa.

—Ja, ja, ja, ja.

—¿No te enfadas? —inquirió Ana que no daba crédito.

—¿Por qué? —preguntó Álex, enjugándose las lágrimas con los dedos.

—Por haberte tomado por lo que no eras.

—¡Has tenido una confusión muy graciosa! —exclamó Álex.

—Me alegro de que te haga gracia. Y también tienes que saber que la idea que tenía, hasta que confundí con un gigoló, era llamarte en estos días para decirte que podíamos retomar lo que dejamos colgado en Egipto.

—¿En serio? —quiso saber Álex, muy sorprendido.

—No te quiero solo por el sexo. Te quiero también por todo lo demás… —respondió Ana.

—¿Qué? —replicó Álex, no porque no hubiera escuchado bien, es que le costaba creerlo.

—Que te *quieroooooooooo* —gritó Ana.

—Joder.

—De verdad —asintió ella con la cabeza.

Álex la miró con el corazón que se le iba a salir del pecho, la agarró por el cuello, se apoderó de la boca jugosa y la besó con todo mientras de fondo seguía sonando *Titanium*…

Capítulo 15

Cuando el concierto acabó, Ana y Álex se fueron a la playa d'en Bossa a dar un paseo por la orilla del mar y el resto del grupo siguieron con la fiesta en el Hï…

—¿Llevas las pulseras de mi abuela? —preguntó Álex, que no se había fijado hasta ese momento.

—Es que te prometo que no sabía cómo decirte que te había confundido con un gigoló —confesó Ana mostrándole las pulseras.

—¡Qué descojone! Eso sí, cuando me has dicho que me quieres he llegado a pensar que a lo mejor me habían echado algo en el champán los del reservado VIP y ¡estaba alucinando!

—Ya te dije que no te quería solo por el sexo —dijo Ana, que se detuvo y se quedó frente a él.

—Yo pensaba que lo que me ibas a proponer era sexo y amistad.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Qué va!

Álex la agarró por la cintura, ansioso por deshacerle la lazada del cuello *halter* del minivestido que llevaba de escote profundo y espalda al aire, luego la pegó contra él, la besó con lengua y con ganas y musitó:

—No sé qué es peor: hombre objeto o pagafantas.

—Me enamoré de ti en Egipto, lo que pasó fue que estaba tan reciente la ruptura con mi ex que creí prudente dejar pasar un tiempo para digerirlo todo. La relación con Germán fue muy complicada, era mi jefe, más que mi jefe: es el director del hospital.

Ana hasta ese momento no le había contado nada de Germán, tan solo que lo había dejado con él después de una relación tormentosa.

—¿Le sigues viendo a diario?

Ana se echó a andar otra vez, con las sandalias en la mano, y reconoció convencida de que lo tenía más que superado:

—Sí, pero jamás volvería a cometer los errores del pasado.

—O sea, que no te volverías a liar con él —repuso Álex caminando a su lado también con las zapatillas en la mano.

Ana le miró espantada y le contó por lo que había tenido que pasar:

—Ni loca. Es un tío que estaba conmigo porque se ama a sí mismo, no porque me amara. A mí me necesitaba para que le dijera a todas horas lo divino y genial que es. Y pobre de mí si osaba a contradecirle y no te digo ya a hacerle una pequeña crítica. ¡Me dejaba de hablar una semana!

—Joder, ¿y cómo te enamoraste de un tío así? ¿Era un encantador de serpientes? —supuso Álex.

—Tal cual. Al principio era encantador. Nos conocimos en el hospital hace tres años. Los dos

éramos nuevos. Empezamos a hablar en la cafetería, conectamos y nos apoyamos el uno en el otro porque el ambiente del hospital era cerrado y hostil. El personal quería otro director y yo simplemente era la nueva que daba pereza conocer. Nos pasábamos el día hablando de trabajo, yo le admiraba muchísimo como profesional, y al mes empezó a hacer despliegue de sus artes de seducción. Era muy atento, se preocupaba por mí, me hacía sentir especial y un día me invitó a cenar. Acepté esa invitación y todas las que vinieron después: conciertos, almuerzos, exposiciones, musicales… Y todo esto regado con flores y bombones…

—Bombardeo a saco —masculló Álex.

—No lo vi venir —aseguró Ana—. Caí rendida a sus pies, pero literal. Estaba tan deslumbrada que le subí a un pedestal y yo me quedé mirándole admirada desde abajo. Pero a los tres meses de empezar a salir, él comenzó a cambiar. No estaba tan pendiente de mí, dejé de ser su prioridad, siempre tenía algo qué hacer que era más importante que compartir su tiempo conmigo, hablábamos y sentía que no me escuchaba, no tenía en cuenta mis opiniones o simplemente se descojonaba de ellas y, por supuesto, el tema estrella de nuestras conversaciones era él. Él era el importante y como no le hiciera sentir como que poco menos que era mi dios, se pillaba unos cabreos tremendos. No podía cuestionarle, ni rebatirle, porque él lo sabía todo y no había más que hablar. Y además era controlador y celoso. Prefería pasarse el sábado por la tarde jugando al pádel con amigos, sin embargo, no paraba de llamarme para ver con quién estaba o qué hacía.

—Joder, ¡qué capullo! —farfulló Álex.

—Te lo cuento para que entiendas por qué necesitaba tiempo para reponerme de esta mierda de relación. Puesto que esto solo fue el principio…

—¡Ostras! —dijo Álex abriendo mucho los ojos.

—Me agobié muchísimo con sus celos y harta de estar todo el día dorándole la píldora para que la fiesta estuviera en paz, rompí con él a los seis meses de relación.

—Mucho tardaste —replicó Álex.

—Desde luego, cuando das con un tío así lo mejor es salir huyendo cuanto antes. Pero yo estaba enganchadísima de él y me costó lo mío —reconoció Ana.

—Aparte de que un tío como él no suelta, así como así, a su presa.

Álex había dado en la diana, Ana resopló y le contó:

—Estuvo pico y pala hasta que volví con él. Me aseguró que había cambiado, que esta vez iba a ser todo distinto y me lo creí. Ni que decir tiene que no tardó en volver a las andadas y que tres meses después me envió un mensaje por error que decía: «Patricia, te haré una cama con mis brazos…».

—Ja, ja, ja, ja. «Te haré una cama con mis brazos» es de una canción de José Luis Rodríguez, *El Puma*, que le encanta a mi abuela. ¿Cuántos años tiene tu ex?

—Tiene cuarenta. Pero aparenta menos. Es muy atractivo y se cuida muchísimo por el pánico que tiene a envejecer y a dejar de gustar.

—Pero ¡qué penoso es que vaya poniendo letras de canciones de otros! —habló Álex con cara de horror.

—No tiene imaginación. Todo lo copia. A mí me mandó un montón de letras de canciones haciéndolas pasar por suyas. Y con ese mensajito descubrí que no solo lo hacía conmigo. Él se justificó diciendo que la tal Patricia era una amiga de la facultad con la que estaba solo de risas. Y que lo hacía porque estaba muy estresado al estar postulando en esos días para la dirección de otro hospital.

—Ah, que cuando se estresa se pone a hacer camas con los brazos a otras tías —masculló Álex, pensando que menuda pieza de tío.

—Para él era todo muy normal. Y está estresado porque es muy ambicioso. Aspira a lo máximo y está convencido de que es el mejor. No hay nadie como él. Se cree un ser superior y absolutamente perfecto. Y si te atreves a pensar lo contrario es porque le tienes envidia cochina.

—Claro, claro —murmuró Álex que se terminó de hacer el retrato completo.

—De hecho, está seguro de que fueron las envidias lo que hicieron que no consiguiera el puesto en el otro hospital. En fin, que como veía que estábamos otra vez igual y encima estaba tonteando con otras, volví a dejarlo.

Volvió a dejarlo, pero Álex se imaginó lo que sucedió después…

—Pero tenías que verlo a diario.

—Y él se jacta de que puede lograr lo que se proponga —repuso Ana, con cara de espanto.

—Y se propuso reconquistarte.

—Con toda su artillería —contó Ana, convencida de que en la vida volvería a caer en semejante error—. Y porque no puede vivir sin tener a alguien que le admire, le halague y le diga a cada instante lo fabuloso que es. Pero lo peor fue que aun sabiéndolo volví a caer de nuevo en su red. Me prometió que esa vez sería la definitiva y que tan solo tenía que confiar en él. Confié y cinco meses después me lo encontré en la cama con la mujer de su mejor amigo.

—¡No me jodas! —exclamó Álex que se paró en seco.

—Lo mejor fueron las explicaciones que me dio desnudo en el jardín un día de invierno de siete bajo cero —replicó Ana.

—¿Y no hubo suerte de que se cogiera una pulmonía? —inquirió Álex mordaz.

—Tiene una salud de hierro.

—¿Y qué fue lo que te dijo? —preguntó Álex, que se temía lo peor.

—Que se estaba tirando a María para apuntalar la autoestima que le había dañado al dejarle dos veces.

—¡Qué cara más dura! ¡Te pone los cuernos y la culpa es tuya! —exclamó Álex que no daba

crédito.

—Según él le miné la moral y se tiró a María para confirmar que seguía teniendo su «mojo» —habló Ana, que no pudo evitar partirse de risa.

—Ja, ja, ja, ja.

—Me dijo que necesitaba saber si seguía siendo único, especial y capaz de seducir a quien le viniera en gana —explicó Ana, que se echó a andar de nuevo.

—¡Qué elemento! —exclamó Álex, atónito, caminando junto a ella.

—Le mandé a la mierda y lo último que me dijo fue que le había generado tal pánico al abandono, que no le había quedado otra más que ponerse el parche antes de la herida —recordó Ana, poniendo una cara muy graciosa.

—Te puso los cuernos en un acto de defensa propia —concluyó Álex, tronchado de risa.

—Ja, ja, ja, ja.

—¡Qué bueno que puedas reírte de esto! —aseguró Álex.

—¡Lo tengo más que superado! Y justo tras decirme esa chorrada, le comuniqué que hasta ahí había llegado. Sentí una liberación tremenda por soltar lo que me hacía tanto daño y como necesitaba distanciarme, coger aire, priorizarme, estar conmigo y olvidarme de toda la pesadilla vivida con él, decidí irme de vacaciones y pirarme a Egipto. Era mi asignatura pendiente. Cuando estuve de voluntaria, apenas salí del hospital y tenía tantas ganas de recorrer el país que agarré la mochila y me fui sola. Estuvo genial y días después, en El Cairo, conocí en el hotel a unas italianas que iban para el oasis de Siwa y me uní a ellas. El viaje fue muy loco y muy divertido. Y al llegar a nuestro destino apareciste tú…

—¡Me quedé fascinado al verte! —reconoció Álex con los ojos chispeantes de solo recordarlo.

—Y yo. Me quedé igual en cuanto te vi con tus pintas de aventurero buenorro, pero en cuanto empezamos a hablar…

—Estropeé lo que había ganado con mi *look* de Indiana Jones —le interrumpió Álex, divertido.

—Me pareciste un tío tan normal…

—¿Eso es bueno o malo? —inquirió Álex, entornando la mirada.

—Para mí es buenísimo porque yo venía de estar con un tío que se creía un ser superior y que miraba al resto de los mortales por encima del hombro y no veas lo que agradecí que el destino hubiese puesto en mi camino a alguien como tú. No vas de nada, no tienes una necesidad imperiosa de gustar, no eres hipersensible, encajas bien las críticas, detestas que te doren la píldora, odias las mentiras, vas de frente, te puedo confundir con un gigoló y te partes el culo, eres de los que comparte la última barrita energética cuando te quedas tirado en el desierto, adoras a tu familia…

—Esto último, con matices —dijo Álex, risueño.

—Son geniales. Y gracias a ti y a los días que pasamos juntos, logré desconectar, descansar, respirar profundo, no parar de reír, disfrutar como no recordaba y lo que menos esperaba: enamorarme. Pero como lo de Germán estaba tan reciente, pensé que antes de empezar algo contigo lo mejor era esperar un tiempo. Y tampoco creas que tuve que esperar mucho porque a los cinco días no podía más y necesitaba llamarte, abrazarte, olerte… No obstante, resistí como una campeona y al mes y medio no pude soportarlo más.

—Pero no me llamaste —le recordó Álex, que se había pasado el tiempo esperando esa llamada.

Ana se detuvo otra vez, se puso seria y tras tragar saliva le contó:

—Es que mi abuelo Antonio enfermó, me mudé a su casa y estuve cuidándole hasta que hace tres meses falleció.

—Lo siento mucho —habló Álex y después la abrazó—. Sé lo importante que era tu abuelo para ti.

Ana se quedó unos instantes abrazada a Álex, con la cabeza apoyada en su pecho y luego le contó:

—Era como un padre. Tuve la suerte de que se fuera de mi mano y que las últimas palabras que escuchara fueran que le quería. Se marchó en paz y yo también estoy muy tranquila porque sé que hice lo que debía. Creo que es importante porque si no luego se duerme fatal.

—No hay nada como tener la conciencia tranquila.

—Yo la tengo —aseguró Ana—. Y lo que pensaba hacer estos días era llamarte, pero apareciste en la piscina…

—¡Y me confundiste con un gigoló!

Los dos soltaron una carcajada y Ana pensó que con Álex era todo muy fácil y era como realmente tenía que ser el amor…

Capítulo 16

Ana estuvo los días siguientes subiendo fotos de los momentos que compartía a solas con Álex como baños larguísimos en la playa de las Salinas hasta que salían con las pieles arrugadas, un almuerzo en el Malibú, una cena en el hotel, nados en la piscina, un beso en cala Xarraca, un paseo por San Juan para comprar pulseras en el mercadillo o un abracito frente al espejo de la impresionante habitación de Álex, donde Ana se había instalado desde la noche del concierto de David Guetta. Y además también publicó historias con el grupo formado por Tea, Coco, Eva, Daniela y Álex, como cuando hicieron snorkel en Atlantis, se bañaron en cala Nova, la playa favorita de Coco, vieron atardecer en Benirrás, degustaron el arroz de matanza en Ca's Pagès o se lo pasaron en grande en el concierto de Calvin Harris.

Por eso le extrañó que después de subir tanta historia, Guada le hiciera una videollamada justo después del desayuno y le dijera:

—Tenemos que hablar. A solas.

Ana, que estaba sola porque Álex se había ido a una reunión de negocios con Sofía, replicó tras percatarse de que su hermana aún seguía hinchada:

—Podemos hablar perfectamente.

—Tía, no me vengas con rollos. Sé que esa no es tu habitación. ¿El egipcio está en la ducha?

—Álex se ha ido a una reunión de trabajo. Y yo he subido a cambiarme y en un rato he quedado con las chicas para ir a cala Conta.

—¡Ya he visto que no paras!

—No me puedes poner ni una pega, porque no he dejado de subir fotitos —dijo Ana, sentándose en la cama.

—¿Por qué te crees que te llamo? —inquirió Guada, con una cara muy rara.

—¿Me he pasado? ¿He subido de más? —replicó Ana arrugando la nariz.

—¿No has visto quien no para de poner fuegos a tus publicaciones? —preguntó Guada como si aquello fuera algo muy importante.

Y la verdad era que a Ana ese dato le daba exactamente igual:

—Yo solo subo fotos.

—A las que UroGer pone fuegos y más fuegos.

—¿Y ese quién es? —inquirió Ana que no había oído hablar de ese tío jamás.

—¿No conoces el perfil de Instagram de Germán? —repuso Guada, perpleja.

—¿Él tiene Instagram? —preguntó Ana, pues era la primera noticia que tenía al respecto.

Guada se echó la media melena rubia a un lado, se sentó en la posición del loto sobre su colchoneta de yoga y le confesó a su hermana:

—Mira, hay algo que necesito que sepas porque el karma me está matando.

—¿Cómo? —inquirió Ana, que estaba alucinando.

—No iba contarte nada, porque hasta este verano pensaba que ibas a terminar casándote con Germán. Pero como te veo tan encoñada con el egipcio…

—Estoy enamorada de Álex —le aclaró para que no se confundiera—. Lo mío no es un capricho de verano. Ni nada por el estilo. Lo amo. Y estoy con él de maravilla. Me siento a gusto, querida, respetada, escuchada… Me lo paso muy bien con él, encajamos, todo fluye…

—¿Y folla bien? —quiso saber Guada, con suma curiosidad.

—Si me estás haciendo esta pregunta para saber si estoy confundiendo sexo con amor… —dedujo Ana, que veía venir a su hermana de lejos.

—Ya tienes edad para saber la diferencia. Te lo pregunto para terminar de confirmar que el egipcio es tu hombre —habló arqueando una de sus cejas perfectamente delineadas con *microblading*.

—Lo que siento por Álex no lo he sentido por nadie. Y deja de llamarle el egipcio —le exigió Ana, molesta.

—Creí que sería algo pasajero y que volverías a los brazos de Germán. Sin embargo, como te veo tan bien con él, en las fotos estás más radiante que nunca y a él se le ve pilladísimo por ti…

—Ah, ¿sí? —replicó Ana, a la que le encantó escuchar aquello.

—Pero no te confíes —le advirtió Guada—. Con los tíos nunca hay que bajar la guardia.

—Él no es un capullo —le informó Ana.

—De momento, le he estado investigando y no le he encontrado nada.

—¿Cómo que le has investigado? —preguntó Ana, con estupor.

—Estoy aburridísima y eres mi hermanita pequeña. Tengo que protegerte —respondió Guada, encogiéndose de hombros y como si aquello fuera inevitable.

—Tengo veintinueve años —le recordó Ana.

—Siempre serás mi pequeñaja y siempre te voy a proteger. Y resulta que el egipcio, o sea Álex, tiene un perfil muy bajo en redes sociales. Por lo menos en la cuenta con la que le etiquetas. Pero mira tú por dónde que tenemos una conocida en común y me he enterado de que tuvo una novia de toda la vida.

—¡Vaya novedad! —farfulló Ana—. Es Julia. Él me contó su historia.

—Y es un tío que parece que es fiel. O al menos es sumamente discreto porque jamás lo pillaron en un renuncio.

—Álex detesta las mentiras —aseguró Ana—. Y lo dejaron de mutuo acuerdo porque la relación estaba estancada.

—Mi teoría era que ella dejó a un tío guapo y con pasta porque era un negado en la cama. Pero si tú dices que folla bien, me alegro y lo celebro, puesto que lo de Germán era de traca.

Ana dio un respingo en la cama y preguntó entornando la mirada:

—¿Cómo que lo de Germán era de traca?

—Te estoy llamando precisamente para esto. Verás. Hace dos años me llegó el rumor de que Sue Sánchez estaba con Germán.

—¿Y esa quién es? —preguntó Ana, que no había oído hablar de esa persona.

—¿No conoces a Sue Sánchez? Joder, tía, ¿en qué mundo vives? Es una *influencer* que ha estado con muchos famosos. Y me puse a investigar porque de mi hermana no se ríe nadie.

—¡Te digo lo mismo que antes! ¡Vaya novedad! ¡Descubriste que tenía cuernos para aburrir! —replicó Ana, que ya le daba lo mismo todo aquello.

—No descubrí nada. Pero aún a riesgo de pillar una clamidia, decidí tenderle una trampa —dijo Guada, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—¿Qué? —musitó Ana, que solo quería creer que su hermana no se habría atrevido a llegar tan lejos.

—Lo hice por ti. Porque siguieron llegándome más y más rumores y tuve que entrar en acción. Llamé a Germán con la excusa de que necesitaba información sobre un tratamiento antienvejecimiento que había salido nuevo, me dijo que lo consultaría con un colega experto en la materia y me invitó a almorzar.

—No me dijo nada —habló Ana, que ya sí que empezó a temerse lo peor.

—No te dijo nada porque acabamos follando en su dormitorio, mientras él no dejaba de mirarse en el espejo gigante que tiene colgado en el techo.

De la impresión, a Ana se le cayó el teléfono de la mano, lo agarró de nuevo y preguntó con un cabreo que no podía con él:

—¿Qué? ¡Esto es tan asqueroso que es para potar y echar la papilla!

—Lo siento tanto, hermanita —musitó Guada con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Y eso cuándo fue? ¿En la época en la que lo habíamos dejado?

Guada negó con la cabeza, respiró profundo y respondió con una mezcla de angustia y de ansiedad:

—Hace año y medio. Estabas con él. Y a pesar de que lo hice con la mejor de las intenciones, para confirmar que estabas con un cerdo, en cuanto llegué a casa me entró una culpa horrible que creo que es la responsable de que siga con el ojo pipa y los morros hinchados. Es el puto karma que me persigue.

—Te persigue por traidora —habló Ana, con rabia.

—Lo hice por tu bien. Te lo juro. Él es el traidor y el bicho malo.

—Él me importa una mierda. Pero tú eres mi hermana. ¿Por qué no me dijiste que te habías acostado con él?

—Porque él me lo pidió llorando y de rodillas.

—Lloraría por el menisco que tiene jodido. ¡No por mí! —exclamó Ana, enojadísima.

—Según él acabamos follando porque le recordé muchísimo a ti.

Ana tuvo que reírse porque su hermana le sacaba una cabeza y media, era rubia y se parecía a ella tanto como un huevo a una castaña.

—¿Me estás diciendo esto en serio?

—Él nos encontró parecidas y me suplicó que no te dijera nada porque estabais mejor que nunca.

—Nunca estuvimos bien —reconoció Ana, porque era la pura verdad. Su relación siempre fue una auténtica mierda.

—Me contó que le habías dado una oportunidad y que no iba a echar a perder tu confianza por una tontería que no iba a ninguna parte.

—No, claro, follarse a mi hermana es una cosa sin importancia —ironizó Ana, que estaba que trinaba.

—Le vi tan afectado y al mismo tiempo me sentía tan culpable que le dije que no te iba a decir nada, pero que ni se le ocurriera volver a engañarte.

—Pues te hizo un caso… —murmuró Ana.

—Me juró que te iba a hacer inmensamente feliz.

Ana se revolvió en la cama, miró a su hermana con un enfado monumental y replicó:

—¿Cómo voy a ser feliz con un tío que se acuesta contigo?

—Todos cometemos errores. Y pactamos que ese polvo sería nuestro secreto. Pero ese secreto me está pesando demasiado y como veo que Germán ya no te importa…

—Nada de nada —aseguró Ana.

—Pero ojo, cuidado, que te está acribillando a llamas de fuego —le advirtió Guada, apuntándola con el dedo índice.

—¡Me la bufa lo que haga! Aunque fuera el último hombre del universo, no volvería con él.

—Pues ya que te importa una mierda, ¿podrías perdonarme por habérmelo tirado por tu bien? Es que si no me temo que me voy a quedar con este careto toda la vida.

—¿Y no será mejor que te mires la obsesión que tienes con ser perfecta? —replicó Ana, ofuscada—. Por no hablar de esa desconfianza que tienes con todos los tíos.

—Con Germán acerté.

—Germán es para darle de comer aparte —repuso Ana.

Si bien Guada sabía por qué era tan desconfiada y perfeccionista y le confesó a su hermana:

—Para ti es fácil confiar porque no te tocó vivir lo que a mí. Tú tenías solo cuatro años cuando papá nos abandonó, pero yo tenía diez y me enteré de todo. Yo tuve que hacerle tilas a mamá mientras lloraba desconsolada porque el cerdo de papá se había ido con su secretaria de veintiún años. Yo le daba los orfidales por la noche para que pudiera dormir. Yo era la que la veía contemplarse con desprecio en el espejo porque se veía vieja y fea. Y mientras yo hacía todo eso

tú no te enterabas de nada y creciste con el amor incondicional del abuelo.

—Y tú también creciste con ese amor incondicional —le recordó Ana.

—Si, no obstante, el abandono de papá me marcó tanto que creo que por eso estoy obsesionada con la perfección. En el fondo, tengo pánico a que me pase como mamá, a la que dejaron tirada como una colilla porque le salieron canas, arrugas, barriga y michelines en la espalda.

—Luis te quiere de verdad —le dijo Ana, para que se centrara en el aquí y en el ahora.

Guada esbozó una sonrisa, se le iluminó la mirada al hablar de él y reconoció:

—Tiene una paciencia infinita y se está ganando el cielo conmigo. Y a pesar de que estoy hecha un adefesio no para de decirme lo guapa que estoy.

—¿Ves cómo hay tíos en los que puedes confiar? —inquirió Ana.

—Es la mejor persona que he conocido en mi vida, pero se supone que mi padre me quería y me abandonó —respondió Guada, con una mezcla de rabia, tristeza y frustración.

—Se enamoró de otra persona y se fue a vivir lejos. Pero sabes que está ahí…

—Como no le llames, él ni se acuerda de que tiene hijas. Sin embargo, con las de la otra bien que va a todas partes, lo sé porque me paso el día cotilleándoles las redes —habló Guada, respirando por la herida.

—A lo mejor tendrías que dejar de ser tan cotilla —apuntó Ana.

—Ahora me viene fatal, porque estoy aburridísima. Y sé que no voy a recuperarme hasta que tú me perdones.

—¿Quieres que te perdone para que te deshinches o porque realmente estás arrepentida de lo que hiciste? —quiso saber, Ana.

—¿Cómo no voy a estar arrepentida? —replicó Guada, ofendida—. Soy consciente de que hice algo malo y el karma me ha puesto el ojo y los morros así. Pero tú, tranquila, que jamás volveré a poner a prueba a ningún novio tuyo. Aunque el egipcio tiene un polvazo que…

—Que ni se te pase por la cabeza —le advirtió Ana.

—Estaba de coña. Él se ve que está muy enamorado de ti y yo tengo que confesarte que estoy enamoradísima de Luis. Jamás podría hacerle esa putada.

—Si sigues así, a lo mejor en tres meses tus labios vuelven a su ser.

—¿Tres meses? —replicó Guada, espantada.

—Ja, ja, ja, ja.

—¡Cabrona! ¿Me perdonas o no?

—Todo pecado ya lleva su penitencia —respondió Ana, alzando las cejas.

—Jo, sí, es cierto. Germán no folla: ¡se masturba mirándose en el espejo del techo! Estuve a punto de gritarle: «¡Tío, estoy aquí! ¡Tócame, mamonazo!». Solo por soportar ese tormento, creo que merecería tu perdón.

Ana soltó una carcajada y le dijo a su hermana fingiendo que lo hacía a regañadientes:
—Vale, venga…

Capítulo 17

Dos días después, Manuel invitó al grupo a almorzar en su casa y Tea estaba atacada:

—Estoy de los nervios y no sé qué coño ponerme —dijo mientras movía las perchas del armario.

Ana, que había ido a la habitación para buscarla y macharse juntas, le aconsejó:

—Ponte el vestido blanco de rollo hippy moderno. Y te recuerdo que vamos a casa de Manuel y vas a estar entre amigos. No tienes por qué tener nervios.

—¿Tal vez porque va a ser la primera vez que pise la casa de Manuel?

Ana se quedó a cuadros y le preguntó sentándose en el borde de la cama:

—¿Cómo? ¿Todavía no conoces su casa?

Tea sacó el vestido hippy moderno del armario, se quitó la camiseta de tirantes que llevaba y respondió:

—No. El año pasado me negué porque no quería encariñarme y este no he querido ir porque estoy cagada de miedo.

—¿Miedo a qué? —preguntó Ana, pues estaba convencida de que su amiga a esas alturas, y después de lo que había sucedido con sus padres, ya había exorcizado sus principales miedos.

Tea se puso el vestido, se miró en el espejó de cuerpo entero que estaba junto al armario y contestó:

—A que me agobie demasiado su casita de pueblo, con su huerto y sus cabras, y me dé por cogerme el primer avión de vuelta a Madrid.

—¿No estás enamorada de él? —le recordó Ana.

—De él, sí. Pero para mí era un puto castigo que mi tía Inés me llevara a pasar unos días de vacaciones al campo. Lo odio. Los días se me hacían larguísimos, me aburría como una ostra, me daban grima los bichos y detestaba mancharme las manos para coger una maldita zanahoria.

—Pero tú sabías dónde vivía cuando tomaste la decisión de quedarte con él —dijo Ana.

—Sí, porque soy mema y pensaba que el amor lo podría todo. Pero ahora estoy aquí, mirando en el espejo a la chica urbanita que soy, y estoy pensando que a lo mejor no lo puede y resulta que a los tres días estoy hasta el moño de la tranquilidad, las cabras y las lechugas.

—No te preocupes por lo de la tranquilidad porque si te da el agobio tienes cerca San Antonio. Te das un paseo por el West End y ya verás cómo se te pasa al instante el mono —aseguró Ana, risueña.

Tea se apartó del espejo, cogió unas sandalias planas que tenía debajo del armario y replicó tras morderse los labios de la ansiedad:

—En verano. ¿Pero en invierno? ¿Soportaré los inviernos en la isla?

—Puedes venir a visitarme siempre que quieras.

Tea se calzó, respiró hondo, pero ni aun así se libraba de la ansiedad que tenía y musitó:

—¿Y si hasta ahora ha sido todo perfecto, pero en su casa descubro que ese no es mi sitio?

Ana le aseguró que todo iba a salir bien, sin embargo, Tea tenía tal cara que, cuando un rato después se subió al Fiat Panda para ir a la casa de Manuel, Eva le preguntó:

—¿Estás bien? Parece que te ha dado un *jari.*

Tea estaba tan angustiada y con tanta necesidad de sacar fuera el runrún que la reconcomía por dentro que les contó del tirón:

—Es que aún no conozco la casa de Manuel y tengo pánico a que, a pesar de que estoy enamoradísima de él, ese no sea mi sitio, que no encaje, que no me adapte y que a los tres días quiera salir por piernas de allí. Soy de asfalto. Estoy acostumbrada a vivir en el centro, en una buhardilla diminuta, en la que solo tengo una planta de plástico y en la que soy feliz con el trajín de gente, de tráfico, de sirenas, de garitos, de cines, de teatros, de tiendas, de restaurantes…

Sin embargo, cuál no fue su sorpresa que Coco que iba al volante, la miró por el retrovisor un instante y aseguró:

—Lo que te está pasando no solo es normal, sino que también es muy conveniente.

—¿En serio? Porque me he tenido que tomar un Valium para poder venir —replicó Tea, que agradeció las palabras de Coco pues en ese momento no podía estar sintiéndose más bicho raro.

—¡Y tanto! Al amor también hay que ponerle cabeza y analizar si encajan los proyectos vitales, las formas del ver el mundo, los estilos de vida, las familias…

—Su familia es un amor —reconoció Tea mientras observaba por la ventanilla cómo el sol se asomaba a través de unas nubes—. Hablo con ellos casi todos los días por videollamada. Su madre es muy graciosa y su padre es igual que él. Muy reconcentrado, pero muy buen hombre. Y sus dos hermanos son muy simpáticos y muy buenos estudiantes. Con la familia sé que no voy a tener problemas.

Eva que iba sentada de copiloto, levantó los pulgares y les informó también de que:

—¡Genial! Yo también conozco a la familia de Daniela por videollamada y me dan un buen rollo que lo flipas.

Y Álex que iba una vez más espachurrado en la parte de atrás, con Ana al lado, aprovechó que Daniela se había quedado trabajando en la piscina para advertirle a su hermana:

—¿Tú no vas demasiado deprisa?

—Yo voy perfecta, tete. ¡Y, a finales de septiembre, Daniela se viene a Madrid a estudiar Psicología! ¡Y se queda en mi casita! —exclamó entusiasmada, levantando los brazos.

—¿Tu casita? ¿Desde cuando tienes casita? —inquirió arrugando el ceño y pensando que su hermana no podía estar más loca.

—La casa de mamá y papá es mi casita. Y es enorme. ¿Para qué se va a gastar la pobre el dinero que se está ganando con el sudor de su frente en esa piscina con estos calorazos y estas

humedades cuando tenemos habitaciones de sobra?

Álex resopló, se pasó la mano por la cara y replicó temiéndose lo peor:

—¿Y mamá y papá lo saben?

Sin embargo, Eva sonrió de oreja a oreja y exclamó feliz:

—¡Ellos también conocen a Daniela y están encantados!

Álex bufó y solo pudo concluir una cosa, porque estaba desbordado:

—El calor os está derritiendo el cerebro a todas.

—¡Es una chica top, *bro*! Es buena, trabajadora, simpática, cariñosa, divertida… ¡Y lo nuestro es recíproco! ¿Para qué vamos a tener otro ritmo?

—¿Para reducir el riesgo de que te estrelles por ir a una velocidad de vértigo? —replicó Álex al que le parecía mentira que tuviera que explicar semejantes obviedades.

Si bien Ana le recordó algo que también podía suceder…

—La gente que va despacio también se puede estampar.

—Pero despacio le dolerá menos —repuso Álex.

Eva, que estaba centrada en vivir el momento, les aclaró:

—Nos estamos dejando llevar y queremos que esto siga en Madrid. De todas formas, seguro que vosotros os casáis antes que nosotras.

Álex pensó que cómo podía comparar una relación con otra y habló:

—Nosotros llevamos un ritmo sensato y prudente. De hecho, aún no conozco a la familia de Ana.

—Pero ella a la tuya sí. Ji, ji, ji, ji —apuntó Eva.

Y la conocía porque Eva siempre llamaba a sus padres en el desayuno y le había presentado a Ana hacía unos días.

—Tus padres son estupendos —aseguró Ana.

—No están tan *pallá* como la abuela y yo, pero molan —dijo Eva, divertida.

Y Coco siguió ahondando en el tema de la familia y confesó que:

—Lo de conocer a la familia de tu pareja es importante porque al final también te acabas casando con todos ellos. Lo quieras o no. Y ese es el motivo por el que le di calabazas a Gregorio.

—¿Gregorio el de la constructora? —preguntó Álex, perplejo.

—¡Lleva enamorado de mí toda la vida! —repuso Coco—. ¿Acaso no has visto los veinte ramos de flores que tengo en la habitación?

—Pensaba que era cortesía del hotel —farfulló Álex, perplejo.

—¡Qué *parguela*! —exclamó Eva, tronchada de la risa—. ¡No te coscas de nada, *bro*!

—Gregorio está perdidamente enamorado de mí. Y yo también siento por él, pero lo nuestro no puede ir más allá porque lo impide doña Adelina —contó Coco, contrariando el gesto.

—¿Y esa quién es? ¿Su esposa? ¿El muy sinvergüenza está casado y te manda ramos de flores? —inquirió Álex que no salía de su asombro.

—¡Es su madre! —le aclaró Coco—. Tiene casi noventa años y es de armas tomar. Cuando la conocí, hace un montón de años, le dije a Gregorio que le amaba, pero que lo nuestro no podía ser por su madre. ¡Una suegra como ella nos habría amargado la vida! Y no me arrepiento de la decisión que tomé.

Si bien a Tea las palabras de Coco le provocaron que la entrara más pánico todavía:

—Madre mía, ¿y si cuando llegue a la casa payesa me pasa lo mismo que a ti cuando conociste a tu suegra?

—Lo que tienes que hacer es fijarte en las señales —le aconsejó Coco.

—¿En qué señales? —inquirió Tea, que estaba convencida de que ella no iba a encontrar ni una.

—Lo que hago cuando tengo que tomar una decisión importante es estar muy atenta a las señales que el entorno no para de emitir —aseguró Coco.

—¿Y captas muchas? —preguntó Tea, arrugando la nariz.

—¡Por supuesto! —respondió Coco—. Y es porque me abro a la vida, con amor y gratitud, y me dejo invadir por la magia.

Álex resopló y murmuró al no encontrar ningún sentido a lo que su abuela estaba contando:

—Lo que os decía: el calor os tiene el cerebro frito.

—A mí me parece buenísimo el consejo de tu abuela —opinó Ana.

—Es que tú eres una chica lista, Anita —dijo Coco, risueña.

—Y yo soy tonto —replicó Álex, mosqueado.

—¡Si tú lo dices…! —repuso Coco divertida.

—Haz caso a mi abuela, Tea —le pidió Eva—. Las señales funcionan. Fíjate que el día que vi por primera vez a Daniela en la piscina estaba sonando en la música de ambiente: *She*, de Elvis Costello. ¡Esa canción no ha debido sonar en la vida en ese hotel que siempre tiene de fondo música *chillout*! Pero ese día sonó *She*, porque ella es mi chica. Yo me fío de las señales…

—¡Son una guía magnífica! Las señales te dirán si estás en el camino correcto. Tan solo tienes que abrirte, dejar aparcado el miedo y entrar en la casa de Manuel con amor —le aconsejó Coco a Tea que la escuchaba con suma atención.

—¿Tú fuiste así de abierta a conocer a doña Adelina? —quiso saber Tea.

—Yo iba abierta, pero doña Adelina me recibió encañonándome con una escopeta y, acto seguido, me amenazó diciéndome que como le hiciera sufrir un pelo a su hijo que me fuera despidiendo.

—¡Dios! —musitó Tea, atónita.

—Abuela, por favor, ¡eso no fue una señal! —exclamó Álex, que estaba alucinado—. Eso fue

un luminoso fosforito que ponía: «corre, huye, yaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa».

—Es lo que hice —repuso Coco.

—¿Y a mí me aconsejas algo más, Coco? —preguntó Tea a Coco, rendida de admiración.

—Lo que tendrías que hacer cuando estés en la casa de Manuel es estar muy atenta, con el corazón abierto y conectada contigo misma, con lo que eres, con lo que necesitas, con lo que de verdad te hace feliz y con lo que quieres en lo más profundo. Y al estar en esa vibración, las señales captarán lo necesario para mostrarte cuál es el camino correcto.

—Abuela, cualquiera diría que te has fumado algo —farfulló Álex.

—No, hoy no. El otro día sí, con Gregorio, que cómo comprenderás, está fatal de los nervios de aguantar a la fiera de su madre. Cómo no será la cosa que el pobre tiene que venir todos los años a Ibiza para que un chamán le ponga los chakras en su sitio —le informó Coco, encogiéndose de hombros.

—De verdad, abuela, que no sé cómo lo haces que siempre me sorprendes —farfulló Álex a cuadros.

—Pues no sé de qué te sorprendes tanto —repuso Coco—. Y tú Tea, hazme caso…

—Eres una mujer muy sabia, Coco. Y sé que me das el mejor de los consejos, pero estoy tan nerviosa que no voy a ser capaz de captar nada. ¡No doy pie con bola! —exclamó Tea que a cada instante estaba más ansiosa.

—Tampoco pasaría nada —dijo Coco, quitándole importancia.

—¿Cómo que no? ¿Y si cometo un error terrible? —preguntó Tea, llevándose la mano al vientre.

—Coges la puerta y te vas. Siempre hay una puerta por la que salir —respondió Coco, sin más.

—¿Y si la puerta está cerrada con llave? —inquirió Tea, con los ojos muy abiertos.

—Tú tienes la llave maestra de todas las puertas —sentenció Coco.

Tea echó un vistazo por la ventanilla, dejó vagar la vista por los campos rojos, repletos de higueras y de algarrobos, y preguntó agobiada:

—¿Y dónde tengo la llave?

—¡En tu coño moreno! —exclamó Eva, apretando fuerte los puños en señal de empoderamiento.

—¡Qué finura, chica! —masculló Álex, mientras todas se partían de risa.

—Tu hermana tiene razón —dijo Ana sin parar de reír.

Y luego Coco, añadió para acabar de infundirle ánimos a Tea:

—Es la verdad. Tienes dentro de ti todo lo que necesitas para encontrar el camino de tu felicidad. Y una vez que decidas cuál es, abraza el riesgo, haz acopio de valor y coraje, y salta, aunque no haya red de seguridad.

Tea sintiendo que estaba a punto de hiperventilar, tragó saliva y le suplicó a Coco:
—Vale, pero por si acaso, préstame otra vez las pulseras…

Capítulo 18

Después de adentrarse por un camino de curvas en algunos tramos casi intransitable, llegaron junto a la piedra en forma de piña que Manuel les había indicado y, luego, tras girar a la izquierda y, después, dos veces a la derecha y otras tres veces más a la izquierda, llegaron a su destino.

Coco aparcó el coche junto al porche de la casa, que estaba situada entre pinos y sabinas, en lo alto de una loma con vistas al mar, donde les estaba esperando Manuel en delantal y su mejor sonrisa:

—¡Bienvenidos!

Manuel saludó a todos muy efusivamente y en especial a Tea a la que pegó un beso de tornillo que la dejó con las rodillas gelatinosas y Coco dijo tras echar un vistazo alrededor:

—¡Vives en un lugar mágico!

Porque además del huerto, la casa también tenía una parcela enorme con naranjos, limoneros, higueras, olivos y un pequeño viñedo.

—Eres muy amable, Coco. Me alegro de que te guste.

—¡Me apasiona! —exclamó Coco, eufórica—. ¡Soy fan de la agricultura biodinámica! Tengo inversiones en varios proyectos con los que hacemos vinos fresquitos y regenerativos.

—También hago vino y estoy muy comprometido con la agricultura biodinámica y la regeneración del suelo —contó Manuel.

Y de pronto escucharon gritar a lo lejos a Eva, que se había ido a descubrir nuevos rincones de la casa:

—¡*Eeeeeeeeeeeeeeeeey*! ¡Nos os perdáis esto! ¡En la parte de atrás hay una cacho piscina, un jacuzzi y un jardín guapísimo!

—Eva, por favor… —bufó Álex que no podía con su curiosidad extrema.

—¡Tenéis que verlo! ¡Es un sueño! ¡Manuel tiene las buganvillas más bonitas del mundo! —gritó Eva.

—Me relaja la jardinería y le dedico muchas horas —replicó Manuel encogiéndose de hombros.

—Tiene que ser una maravilla —dijo Ana, que estaba alucinando como todos.

—Idos a verlo. Y daros un chapuzón si queréis antes de comer —sugirió Manuel.

—¡Buenísima idea! ¡Además vamos con los bañadores puestos! —exclamó Coco, entusiasmada.

Todos se dirigieron a la zona del jardín, si bien Tea y Manuel se quedaron rezagados y ella le dijo sin salir de su asombro:

—Cuando me decías que te relajaba currar en la parcela, me la imaginaba con tres lechugas y

cuatro pepinos.

Manuel se detuvo frente a uno de los huertos, Tea hizo lo mismo y él contó:

—Mi abuelo plantó las viñas, mi padre siguió plantando con semillas autóctonas y yo he rematado la faena y he aplicado mis conocimientos de ingeniero agrónomo.

—Ah, claro, que estudiaste la carrera—recordó Tea—. Pero pensaba que la tenías abandonada. Dios. ¡La que tienes aquí liada! ¡Con lo que produces puedes alimentar a tus vecinos!

—Tengo amigos con negocios locales que me compran.

—¡Y nunca me has hablado de las buganvillas! —masculló Tea en un tono que sonó a reproche.

—Tampoco has mostrado mucho interés por mi casa.

Tea se había logrado relajar bastante con el Valium, los viñedos, la huerta, los pinos, las sabinas y las vistas al mar, pero aún estaba algo ansiosa y reconoció:

—He cambiado y estoy con otra actitud. Estoy nerviosa, no te lo voy a negar, pero vengo…

Tea, por culpa de esos nervios de los que aún no había podido librarse, se quedó callada al no dar con la maldita palabra.

—¿Vienes cómo? —replicó Manuel entre curioso y divertido, y sobre todo feliz de que estuviera por fin en su casa.

Tea carraspeó y le vinieron a los labios unas palabras que definían su estado, aunque no fueran del todo exactas:

—¡Dilatada por amor!

A Manuel por poco no se le cayó la mandíbula al suelo y le preguntó sintiendo de todo por el cuerpo:

—¿Te has puesto un *plug* anal?

—¿Qué? —inquirió Tea, pestañeando deprisa.

—¡Me parece increíble! —exclamó Manuel al que de repente se le marcó el bulto por debajo del delantal—. Me has puesto cachondísimo, pero es que ahora mismo no podemos echar ni uno rápido, porque tengo que hacer los huevos *volaos*.

Tea le agarró por los hombros, le plantó un beso en los labios y le dijo:

—¡Qué mono eres! ¿Vas a hacer huevos *volaos*?

—Y ya tengo listo el salmorejo de naranjas.

—¡Nos vas a dar de comer los platos de tu pueblo!

—¡Me hace mucha ilusión! Se van a chupar los dedos. Y en cuanto a que vengas dilatada por amor…

—Ja, ja, ja, ja.

—¿Qué pasa? —replicó Manuel, risueño.

Tea llorando de la risa y sintiendo que los últimos nervios que tenía se iban a la porra con la

tontería replicó:

—¡Me he equivocado! Lo que quería decir es que vengo a tu casa con amor y abierta a todo y sin nada metido por ahí.

Manuel soltó una carcajada por la confusión y de la nada apareció una cabra que fue directa a Tea y se frotó contra sus piernas:

—¡No te asustes! —le pidió Manuel, sobresaltado—. Es muy buena. No hace nada.

—¡Estoy bien! —exclamó Tea que no podía parar de reír.

—¡Qué haces aquí, Tea? —inquirió Manuel intentando apartar a la cabra de Tea.

—¿Qué voy a hacer? ¡Lo que te estaba contando! He venido a tu casa abierta a…

—No te pregunto a ti, se lo pregunto a la cabra —le aclaró Manuel.

—¡Hola, bonita! —le saludó Tea, acariciándole el lomo—. ¿Se llama como yo?

—Ya te dije que le puse tu nombre. Y no sé qué está haciendo, es la primera vez que veo que se comporta así con un desconocido —repuso Manuel que era incapaz de apartar a la cabra de Tea.

—¿Qué va a estar haciendo? Es como yo, necesita cariño, ¿verdad que sí, *cuqui*? —le preguntó Tea a la cabra, abrazándose a ella.

—No sabía que se te daban tan bien las cabras.

—Ni yo.

—Tea suele tomarse su tiempo para estas confianzas, pero contigo está como si te conociera de toda la vida.

—¡Será porque me reconoce como una igual! —replicó Tea.

Los dos se echaron a reír, la cabra Tea se fue por donde había venido y luego Manuel le propuso que pasara a la casa enjalbegada, mientras le ofrecía el brazo para que se enganchara.

Tea se colgó del brazo de Manuel, entraron dentro y ella se maravilló de que fuera tan espaciosa, luminosa, acogedora, con techos altos y muros gruesos, decorada al estilo ibicenco en tonos alegres y coloridos, con plantas y flores, si bien lo que más le llamó la atención fue una chimenea azul junto a la que se imaginó traduciendo feliz los largos días de invierno.

—¿Sabes que siempre he soñado con tener una chimenea azul? Ya sé que es algo infrecuente, pero… —confesó Tea, parada frente a la chimenea.

—No sé si será frecuente, pero la chimenea azul fue un capricho mío.

Tea le miró atónita, se le llenaron los ojos de lágrimas y solo pudo musitar:

—Las casualidades no existen.

Manuel la abrazó, la besó en la boca y le dijo también emocionado:

—No es una casualidad. Nos conecta una fuerza que es mucho más potente que el azar.

Tea, sintiendo que su corazón se abría mucho más a él, le besó de nuevo y musitó con los labios pegados a los de él:

—¡Nos conecta que lo flipas!

—Y la casa está cerca de todo. Apenas a unos minutos tienes una farmacia, tiendas, un banco, un colegio…

—¿Un colegio y todo? —inquirió Tea, arrugando la nariz.

—No te agobies. No estoy diciendo que…

—No, si no me agobio. Estoy bien. Mira, cómo respiro… ¡No tengo ni una pizca de ansiedad!

—Eso es por la dilatación…

Los dos se rieron, él la agarró de la mano y la condujo hasta un patio que estaba repleto de macetas con flores:

—¡Qué bonito!

—Es un guiño a mi tierra y…

Manuel no pudo terminar la frase porque de repente Tea gritó:

—¡*Aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaah*! ¡Me está trepando una lagartija por la pierna!

—¡No te va a pasar nada! —exclamó intentando agarrar a la lagartija.

—Como siga trepando, ¡se va a quedar atrapada en los pelos del potorro!

—No es tonta, ¡se va a lo bueno! —replicó Manuel que no podía parar de reír.

—¡Ay, por favor! —murmuró Tea, matada de la risa también.

—¡Tranquila, que ya está bajando!

La lagartija descendió por la pierna hasta el suelo, se dirigió hasta una florecilla blanca diminuta que estaba dos metros más allá, la agarró con los dientes y regresó de nuevo a los pies de Tea:

—¿Qué cojones está haciendo? —preguntó Manuel que no daba crédito.

Tea le miró y, convencida de que Manuel era el responsable de lo que acababa de suceder, le preguntó mientras pensaba que era absolutamente adorable:

—¿Has amaestrado a la lagartija para que me traiga una florecita?

—De momento, no tengo aficiones tan sofisticadas.

Tea arrugó el ceño y, sin dejar de mirar a la lagartija que seguía a sus pies sin moverse, replicó:

—¿Esto es normal?

—Es la primera vez que lo veo. Supongo que debe ser porque tienes mucha mano con las criaturas de la naturaleza.

—¿Yo? —inquirió Tea—. Uf. Cada vez que mi tía Inés me llevaba al campo me ponía mala. Me aburría, no soportaba a los bichos, detestaba el olor del corral de las gallinas…

A Manuel le cambió el semblante y le dijo puesto que era un tema importante del que Tea siempre se negaba a hablar:

—Adoro vivir en contacto con la naturaleza porque me da paz, pero si tú no te sientes a gusto

en un entorno como este…

Tea se agachó, cogió la florecilla que la lagartija sostenía entre los dientes y le habló con una sonrisa enorme:

—¡Muchas gracias, lagartija!

La lagartija salió reptando hacia la puerta que conducía al jardín y Manuel le dijo:

—Tea, no cambies de tema. ¿Te ves viviendo aquí conmigo?

—Estoy enamorada de ti —le dijo con toda la verdad que tenía en su corazón.

—Y yo de ti, pero lo que te estoy preguntando es si no acabarás harta de este lugar como te pasaba cuando ibas al campo con tu tía Inés.

Tea sintió que había llegado la hora de sincerarse, les pidió a los tres santos que todo saliera bien y le contó:

—Cuando decidí volver pensé que el amor lo podría todo, pero con los días me ha entrado un agobio tremendo a que este no fuera mi sitio y por eso me negaba a conocer tu casa. Venía con unos nervios horribles, no obstante, Coco, que es una sabia, me ha dado el consejo de que me abra, conecte conmigo misma, con lo que de verdad deseo y esté muy atenta a las señales que son la mejor guía para saber cuál es el camino correcto.

—¿Y has pillado alguna señal? —preguntó Manuel, rezando para que eligiera quedarse con él.

—¡No paro de recibirlas! —exclamó Tea, llevándose la florecilla al pecho—. La chimenea azul, la cabra Tea que me elige para que le dé cariño, la lagartija que me trae una flor y ya solo falta que aparezca una gallina con una pancarta que ponga: «“*tíaaaaaaaaaa*, por fin estás en casa”».

—Yo si quieres entreno a una gallina para que te traiga la pancarta.

—¡No hace falta! —exclamó Tea, divertida.

—¡Estás en casa! Y me lo voy a currar cada día.

—Y yo.

—Joder, Tea, ¿de verdad que te quieres quedar a vivir aquí conmigo?

—Siento que es aquí donde tengo que estar. Me imagino trabajando, riéndome, follando, comiendo, divirtiéndome con amigos, bailando…

—Eres muy valiente —masculló Manuel, con un nudo en la garganta de la emoción.

—Lo somos los dos. Y, además, somos un equipo, ¿no? —inquirió Tea.

—¡Y vamos a una en todo! —exclamó Manuel, abrazándola.

—¡Cómo está fluyendo esto! Madre mía, y además estoy sintiendo todo el rato como una energía…

—Como una especie de vibración —matizó Manuel que sabía bien de lo que estaba hablando.

—¡Exacto! —replicó Tea, apuntándole con la florecilla.

—Es la isla. Solo lo sienten los llamados a quedarse —habló Manuel muy serio.

—¿Me estás vacilando? —preguntó Tea, abriendo muchísimo los ojos.

—De verdad, habla con la gente que decidió quedarse. Todos sintieron algo parecido.

—Y además noto como si estuviera transformándome a un nivel muy profundo y me estoy dando cuenta de que me siento bien con las cabras, con las lagartijas y ¡hasta me entran entrando ganas de salir al huerto a por un calabacín!

—¡Yo tengo un calabacín! ¡No hace falta que salgas!

—Ja, ja, ja, ja. ¡Ya lo veo ya!

Capítulo 19

De regreso al hotel, después de pasar el día en la casa de Manuel, Ana le dijo a Álex en cuanto se metió desnuda en la cama:

—Todavía estoy alucinando con las señales de Tea.

—Cuando ha contado en la comida lo de la lagartija lo que he pensado es que en vez del Valium se habría tomado otra cosa.

—¡Manuel ha visto también como le daba la flor! —exclamó Ana, muerta de risa.

—Esta no regresa ya al hotel —aseguró Álex que también se acostó sin nada de ropa.

—Ni de coña. Además, le ha dejado la habitación a tu hermana —le informó abrazándose a él.

—Lo que no entiendo es cómo la cabra no se ha ido también derecha a por Eva. ¡No puede estar más loca! —farfulló Álex entre bufidos.

—Necesita su espacio de intimidad, además dice que no aguanta el tufo a flores de los ramos de Gregorio —dijo Ana, sin parar de reír.

—Y ahora Gregorio se meterá en la habitación con mi abuela —replicó Álex poniendo una cara muy graciosa.

—Doña Adelina está viva y coleando. ¡Eso es imposible!

Álex entre resoplidos, la abrazó también y confesó aliviado:

—Menos mal que tuve la suerte de encontrarte el primer día en el hotel, porque sin ti yo no hubiese aguantado ni un día.

—Es una señal —aseguró Ana con la mirada chispeante—. ¿No te parece? Con todos los hoteles que hay en Ibiza, los dos hemos ido a parar al mismo y en las mismas fechas.

Álex se puso serio, le clavó la mirada y le dijo con una convicción absoluta:

—Yo es que no necesito señales para saber que quiero estar contigo. Lo tengo tan claro que el atardecer aquel en el que nos tomamos un té en Fantasy Island me proyecté viviendo contigo, viajando por el mundo, teniendo hijos…

—¿Hijos también? —preguntó Ana, sorprendida.

—¿Tú no quieres tener hijos? —repuso Álex—. Si no quieres…

—¡Me encantaría! Soy muy niñera. Por algo estudié Pediatría.

—Yo quiero tenerlos contigo desde el atardecer aquel. Y entiendo que pueda parecer un chiflado como mi hermana, pero antes de tener esa visión de mi futuro contigo, le puse mucha cabeza. Soy un tío racional y lógico y analicé fríamente si lo nuestro podría funcionar, como cuando hago planes de viabilidad para las empresas. Y tras mi estudio concienzudo no logré encontrar nada que a priori pueda abocarnos a un desastre. Nos complementamos bien, tenemos una atracción bestial, estamos a gusto juntos, tenemos el mismo sentido del humor, somos voluntariosos, de pico y pala, sabemos que en el amor hay que trabajárselo todos los días… Y

tienes la habilidad de sacar siempre lo mejor de mí. Contigo soy mucho mejor. No hay más que ver la paciencia que estoy desarrollando para soportar a mis locas.

—Me lo paso genial con ellas. Pero tú aún no conoces a mi familia —le recordó Ana, por si acaso no había tenido presente ese punto para su análisis.

Y, de repente, a Álex le entró una cosa rara por el cuerpo y repuso arrugando el ceño:

—Tu madre no puede ser como doña Adelina. ¡No me jodas! Cuando te escucho hablar con ella no parece que sea una tirana, entrometida, controladora y manipuladora.

—Mi madre no es así, pero mi hermana es Guada Roca —dijo Ana, levantando las cejas.

—Se la ve mandona y sargento, pero mientras no me ponga a hacer sentadillas al grito de: «¡mueve el puto culo perro vago!». O algo por el estilo… Creo que lo puedo sobrellevar…

—Te las tengo que presentar y ya me dices —comentó Ana, risueña.

Álex le agarró por la cadera, la besó en la boca y luego le propuso con una sonrisa de esas suyas:

—Y si vemos la cosa muy complicada nos vamos a vivir muy lejos. Los dos podemos ejercer nuestras profesiones en cualquier parte.

Ana le devolvió el beso, deslizó las manos por la espalda fornida y musitó risueña:

—Espero que no.

—Mi casa de Boadilla te va a encantar y está más cerca del hospital que la tuya.

—La mía ya no es la mía —le informó Ana, negando con la cabeza.

—¿Y eso?

—El contrato de alquiler del piso de Manuel Becerra vence ahora y la casera no me lo renueva porque lo va a ocupar un hijo que tenía estudiando fuera. Pero no pasa nada, ya que tengo casa…

Álex, convencido de Ana acababa de decidir instalarse en su casa, la besó en los labios, la agarró por los hombros y le dijo feliz:

—¡Sé que te va a gustar muchísimo! Está en una zona tranquila y rodeada de espacios verdes, es grande, luminosa…

Sin embargo, Ana se mordió el labio inferior y le aclaró:

—Estoy hablando de la buhardilla de Tea.

Álex la miró sin dar crédito y le preguntó porque para él aquello no tenía sentido:

—¿Te vas a mudar a la buhardilla con la planta de plástico, los humos y las sirenas?

—Es muy mona. Con el clásico techo que se va estrechando —le explicó Ana.

—Y que, si no estás atento, te das en la cabeza —repuso Álex poniendo una cara de horror tremenda.

—Ajá. Y también tiene un par de ventanitas por las que entra poca luz, pero la atmósfera es muy acogedora.

—Vamos, que cuando vaya a verte o me dará un ataque de claustrofobia o me abriré la cabeza

con el techo —concluyó Álex.

—Ja, ja, ja, ja.

—Me parece que lo mejor es que te cojas la planta de plástico tan mona y que te vengas a vivir conmigo —insistió Álex, riendo.

—¿Nosotros no somos los que llevamos un ritmo prudente y sensato? —inquirió Ana, entornando la mirada.

—He estado un año esperando y no quiero más sensatez, pero si tú necesitas un tiempo antes de irnos a vivir juntos, yo...

A lo que Ana se apresuró a replicar…

—Lo que pasa es que le estoy cogiendo el gusto a dormir contigo todas las noches.

—¿Y te hace mucha ilusión que lo hagamos en la buhardilla? —preguntó Álex poniendo una cara graciosa de horror infinito.

—Sí, pero no quiero que te abras la cabeza. Y Tea tiene una colega que también estaba interesada en la buhardilla.

—¿Y cuánto mide? —preguntó Álex, muy serio.

—Uno cincuenta y siete o por ahí —contestó Ana muerta de risa.

—¡Es una tremenda señal! Con esa altura no tiene riesgos de coscorrones y si además es aficionada a la espeleología…

—¿Qué?

—Lo digo por lo de la claustrofobia.

—No tiene problemas con los espacios reducidos —replicó Ana, batiendo una mano.

—¡Hala! ¡La casa para ella! ¡Adjudicada!

—Ja, ja, ja, ja.

—Y ahora pasemos a otro tema —dijo Álex.

—¿A cuál?

—A que llevo deseando hacértelo desde que te he visto aparecer con el vestido de cuadros rosas —respondió Álex con la mirada lobuna.

—A mí me ha pasado lo mismo cuando te he visto con la camisa hawaiana.

—¡Vaya!

—Tenemos que ponerle remedio cuanto antes —afirmó Ana, con la vista puesta en la boca que se moría por besar.

—Perfecto.

Ana sonrió, le agarró por la nuca, lo besó en la boca, las lenguas se enredaron y las manos empezaron a volar por todas partes.

Luego, Álex descendió a besos hasta los pezones duros de Ana que devoró, después volvió a la boca jugosa y de la pasión del beso, ella acabó encima de él.

Ana gimió al sentir la potente erección clavándose en su sexo y se frotó contra ella mientras no paraban de besarse desatados.

—No voy a renunciar a ti por nada —musitó Álex con los labios que le ardían, casi pegados a los de ella.

—Ni yo tampoco —replicó Ana, que le dio un lengüetazo en los labios.

Álex recorrió la espalda de Ana con las manos, hasta que las posó en las nalgas que apretó contra su sexo.

La respuesta de Ana fue morderle el cuello y luego descender, lamiendo y besando, hasta la erección que se llevó a la boca.

Álex gruñó al sentir la boca jugosa de Ana rodeando su miembro y ella empezó a hacérselo hasta que él no pudo más.

—Bésame —le pidió Álex, tirando de los hombros de Ana.

Ella apartó el miembro de la boca, se tumbó sobre él y lo besó hambrienta, devorándole hasta quedarse sin aliento.

Él la miró, la agarró de la nuca con una mano, enterrando los dedos en el pelo y le dijo:

—Te quiero.

Ana, sintiendo que el corazón iba a escapársele por la garganta, replicó:

—Y yo.

Álex la besó estremecido, elevó un poco la pelvis y giró para quedar encima de ella.

Luego, estiró un brazo para coger la caja de condones que tenía sobre la mesilla, sacó uno, lo abrió, se lo enfundó, tomó a Ana por las caderas y tiró de ellas para que se quedara recostada bocabajo.

Acto seguido, agarró una almohada, la colocó debajo del pubis de Ana, le cogió las muñecas con una de sus manos enormes, se las sujetó por encima de la cabeza y tras tantear la entrada, la penetró desde atrás.

Ana gritó al sentir la penetración, arqueó la espalda y él se salió para volver a entrar otra vez de una embestida seca.

Ana gritó otra vez, sintiendo cómo Álex la tenía agarrada fuerte por las muñecas y cómo la llenaba por completo en esa postura que favorecía las penetraciones más profundas.

Y así empezaron a hacerlo, lento y profundo, hasta que Ana le pidió más, y él se lo dio.

Lo hicieron como salvajes y de la fricción de su sexo contra la almohada, Ana sucumbió a un orgasmo que hizo que Álex casi se fuera también detrás de ella.

Pero resistió, se salió, dio la vuelta a Ana, retiró la almohada, ella quedó tendida bocarriba, Álex se colocó encima, apoyando el peso del cuerpo en las manos, y se devoraron las bocas con avidez.

Luego Álex bajó a besos hasta la vulva que se moría por tener otra vez en su boca.

Y tras saborearla a conciencia, solo tuvo que estimularle el clítoris con la lengua en punta para arrancarle otro orgasmo que la hizo estremecer entera.

A continuación, Álex ascendió de nuevo a la boca de Ana, la besó y ella le dijo al oído que la follara duro.

Y él lo hizo. Ana subió las piernas sobre los hombros de Álex, que apoyó las manos en el colchón, inclinó el cuerpo hasta que los muslos sudorosos se rozaron, él tanteó la entrada y se hundió otra vez.

—Dios —gruñó Álex al sentir cómo los espasmos del orgasmo de Ana, aún le apretaban.

Luego, se miraron y ambos sintieron una conexión intensa y muy fuerte que los llevó a decir a la vez que se amaban.

Y él le hizo el amor como Ana le había pedido, implacable y duro, hasta que Álex no pudo más y se corrió entre jadeos broncos mascullando el nombre de la chica que amaba…

Capítulo 20

Horas después, ambos se despertaron sobresaltados con los tonos de llamada del teléfono de Ana, que estaba sobre la mesilla de noche. Y a tientas, ella lo agarró y comprobó que:

—Es mi madre. ¡Voy a cogerlo!

Ana se peinó los pelos con la mano, se apartó de Álex, se sentó en la cama con la espalda apoyada en el cabecero, se tapó con la sábana y aceptó la videollamada:

—¡*Sorpresaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa*! ¡Las dos *Guadas*! —gritó su hermana, que estaba sentada junto a su madre en el sofá gris de la casa familiar.

—¡Hola, Anita! —saludó la madre, moviendo la mano.

—¡Hola, mamá! —replicó Ana, tensa, pues con Guada la conversación podía tomar cualquier deriva.

Y la tomó, porque Guada puso una mueca de lo más gamberra y le preguntó:

—¿Qué haces aún en la cama, guarrilla?

Ana miró de refilón a Álex que estaba mordiéndose los labios para no soltar la carcajada y replicó nerviosa:

—Ayer fue un día duro.

—Le dieron duro, mamá —le tradujo Guada a su madre, echándose la melena hacia atrás.

—¡Qué graciosilla! —replicó Ana, borde, para que no siguiera por ahí.

Sin embargo, Guada estaba con ganas de todo, ya que tenía motivos para ello:

—¡Estoy pletórica! ¿Has visto que me he deshinchado y lo guapísima que estoy? —inquirió Guada, acercando todo lo que pudo el rostro a la cámara y dándose toquecitos en los labios y en los ojos.

—Tú siempre estás genial —le dijo Ana.

—No, tía, no —repuso apartándose de la cámara otra vez—. Estos días atrás estaba hecha un orco, pero gracias a tu perdón…

Ana, temiendo que su hermana sacara a colación la traición de Germán y que Álex, espantado, le rogara que se fueran juntos a vivir a Nueva Zelanda, cambió de tema:

—Bueno, os dejo que tengo que ducharme porque si no, no llego al desayuno.

—Tómate luego algo en el bar, que para algo tienes la pulsera del todo incluido —replicó Guada, que tenía muchísimas ganas de hablar.

—Ya, pero es que… —masculló Ana.

—¡No seas sosa! —le interrumpió Guada—. ¡Y cuéntanos cositas! —le exigió frotándose las manos.

Guada en estado puro. ¡Y con lo que Álex detestaba los cotilleos! Vamos, que se vio viviendo en Nueva Zelanda…

—No tengo mucho que contar —masculló Ana, fingiendo un bostezo.

—Jo qué no. ¡No disimules que tienes una cara de bien follada que te cagas!

Ana dio un respingo y Álex no pudo evitar soltar una sonora carcajada:

—Jo, jo, jo, jo.

Guada abrió los ojos muchísimo y le dijo a su madre tronchada de la risa:

—¡Coño, que tiene al egipcio al lado!

Ana tenía que parar aquello antes de que acabara en tragedia y no se le ocurrió nada mejor que mascullar:

—Estoy fatal de batería.

Sin embargo, lo que provocó que Ana anduviera escasa de batería fue que Guada se viniera más arriba todavía:

—¡Habla hasta que se te acabe! ¡*Holaaaaaaaaaaaa, cuñadooooooooooooooooooo*! —exclamó Guada entusiasmada, haciendo aspavientos con las manos.

Ana a punto de lanzar el móvil por la terraza, miró a Álex horrorizada, él se pegó a ella y saludó divertido:

—¡Hola! ¡Aquí está el egipcio!

—¡Qué pareja más *cuquiiiiiiiiiiiiiiiiiii*! —aseguró Guada aplaudiendo.

Ana, que jamás habría adivinado que la presentación de Álex a su familia sería con los dos en la cama, en bolas y tapados con una sábana, dijo con un corte tremendo:

—Os presento a Álex, Álex te presento a mi madre y a mi hermana.

No obstante, Álex se tomó aquello de la forma más natural del mundo y habló con una sonrisa:

—¡Encantado!

—¡Igualmente! —exclamó la madre de Ana, que le saludó también con la mano.

—¡Estoy feliz de que nos conozcamos! —dijo Guada, llevándose la mano al pecho—. ¡Y con mi rostro recuperado! Es que en mi último retoquito estético no quedé bien por el karma.

—Vaya, fue una negligencia médica del doctor Karma —dedujo Álex.

—No, no. Me refiero al karma, a la acción-reacción, a que, lo que das, se te devuelve.

—Ah, ¡el Karma! —replicó Álex, risueño.

Y Ana justo en ese instante empezó a rezar para que su hermana tuviera el buen gusto de dejarlo ahí. Pero no…

—Sí, muy fuerte. Se lo acabo de contar a mi madre. Verás… —masculló Guada, dispuesta a desembuchar alegremente.

Y Ana, antes de que lo escupiera todo, interrumpió a su hermana para decir:

—Lo importante es que estás bien. Y nosotros nos vamos a levantar que ya es hora y…

—Espera un momento que Álex tiene que saber lo generosa que eres. Te pongo en antecedentes, Álex —habló Guada dirigiéndose a él—, como sabes y, aunque parezcamos de la

misma edad, Ana es mi hermanita pequeña, y yo siento hacia ella un instinto de protección muy fuerte...

La madre vio a su hija Ana tan agobiada que optó por cambiar de tercio:

—Eres muy protectora, Guada. ¿Y qué tal tiempo os está haciendo en Ibiza?

Guada miró a su madre con estupor y replicó porque ella tenía que contarle a Álex lo de la generosidad de Ana como fuera:

—¿Cómo van a saber el tiempo que hace si aún están en la cama de tanta mandanga como tuvieron anoche? Pues lo que te decía, Álex, doy la vida por mi hermana, si hace falta. Y me llegaron rumores de que Ana tenía una cornamenta con farolillos de colores y tuve que actuar. Soy así. No puedo quedarme de brazos cruzados ante las injusticias —afirmó sin querer darse mucha importancia.

Ana bufó y después hizo ademán de levantarse de la cama, a ver si su hermana dejaba el temita:

—Voy a ver qué tiempo hace.

—¡No me interrumpas, Ana! —le exigió Guada—. Estoy hablando con Álex y aún no he terminado de contarle que le tendí una trampa a Germán y me lie con él. Fue solo una vez y no puedo computarlo como polvo de lo malísimo que fue. ¡Pobrecita mi Ana lo que tuvo que soportar! ¡Y menos mal que está contigo! ¡No hay más que verla para saber que está bien servida! Pero a lo que iba, después de mi acción, me sentí muy culpable, puesto que, aunque la motivación de mi acto había sido ayudar a mi hermana, había obrado fatal. Y esa culpa me estaba haciendo tanto daño que no se me quitaba la cara de orco, hasta que decidí contarle a Ana la verdad, me perdonó y ¡por fin he recuperado mi rostro! Mi hermana es muy buena persona —asintió Guada, con una sonrisa amplísima de satisfacción.

Ana miró de refilón a Álex y, convencida de que estaba pensando que Guada acababa de pasar por la derecha a doña Adelina, masculló:

—Ya vamos hablando otro día. ¿Vale? ¡Adiós! ¡*Adioooooooooooós*!

—Chica, ¿qué haces? —inquirió Guada—. ¡No cuelgues y no seas tan humilde! ¡Acepta que digamos cosas bonitas de ti!

Y, acto seguido, la madre intervino para terminar de correr un tupido velo sobre la rajada de Guada:

—Ana es un amor. Mis dos hijas lo son. Guada es más extrovertida y abierta —aclaró por si Álex no se había percatado—, y Ana es más sensible y reservada. Ana se parece mucho a mi madre, desde que era pequeña hacia cosas como ella. Por ejemplo, cuando yo tenía fiebre, siempre venía a darme un beso en la frente…

—Sí, bueno, pero la que se comió el marrón del drama de tu vida fui yo —puntualizó Guada, que volvió a la carga—. Debido a que mi padre nos abandonó para irse con la pajarraca de su

secretaria —le explicó a Álex—. Y Anita era tan pequeña que no se enteró de nada. Su figura paterna de referencia siempre fue mi abuelo y no se quedó tan traumatizada como yo. Ver a mi madre sufrir tanto me marcó muchísimo…

—Sufrí, pero fue lo mejor que me pudo pasar. Y ahora no cambiaría lo que tengo por nada —replicó la madre que lo tenía más que superado.

—Supongo que habrá ratos en los que te sentirás muy sola —habló Guada, mirando a su madre como con penita.

Sin embargo, la madre negó con la cabeza y replicó cabreada porque no soportaba que sintieran pena por ella:

—Estoy harta de decirte que disfruto muchísimo de estar conmigo misma. Y además tengo amigos, tengo primos, tengo vecinos…

—Me refiero a tener a alguien en tu cama —zanjó Guada, levantando las cejas.

—¡Con el calor que hace! ¡Quita, quita! Y tú preocúpate de tu felicidad —le exigió la madre.

—He vivido obsesionada con la perfección para que no me pasara como a ti. Pero estos días he descubierto que no todos los hombres son tan cerdos como mi padre y Luis se ha quedado a mi lado a pesar de mi careto.

—Luis es un chico estupendo —le dijo a Guada su madre—. Pero tú eres la que tienes que quererte a ti misma y dejar de torturarte con esa perfección que no existe.

—Estoy en ello. Y tú, Álex, no te preocupes, que no te voy poner a prueba jamás, más que nada porque amo Luis y nunca podría hacerle esa faena, y porque me han hablado muy bien de ti. He estado investigándote…

Ana se pasó la cara por la mano y resopló porque aquello era ya el remate que faltaba:

—¿Y qué tal? —preguntó Álex, curioso.

—¡Solo hablan maravillas de ti!

—Ah, mira… —masculló Álex.

—¡Y se os ve muy bien juntos, parejita! Así que nosotras os dejamos para que hagáis vuestras cositas. Ji, ji, ji, ji. Y en cuanto os volváis a Madrid, organizamos una cena —propuso Guada.

Después se despidieron y, en cuanto colgaron, Ana le dijo resignada:

—Es lo que hay. Introduce la variable de mi hermana en el análisis frio y racional de nuestra relación y me dices lo que resulta —le pidió Ana.

—No tengo que analizar nada —aseguró Álex, rotundo.

—Porque te has percatado de que ni en Nueva Zelanda vamos a poder estar tranquilos.

—Ja, ja, ja, ja.

—En serio. ¡Mi hermana es tan bocazas y tan cargante que deja a doña Adelina en aprendiza! —exclamó Ana.

—Se supone que me ha contado todo esto para que sepa lo buena chica que eres. Cosa que no

hacía falta porque ya lo sabía…

—Pues he estado a punto de sacar a mi chica mala. ¿De verdad que hacía falta contarte lo de Germán el primer día que os conocéis? —preguntó Ana, perpleja.

—Es increíble hasta dónde es capaz de llegar para protegerte. ¡Y no pudo computarlo como polvo! Ja, ja, ja, ja.

—Ay, por favor… ¡Qué vergüenza! —repuso Ana, que también se partió de risa.

—¡Vergüenza lo de él!

—¡Desde luego!

—Y por tu hermana no te preocupes: conocerla ha hecho que me sienta más unido a ti todavía.

—¿Y eso? —preguntó Ana, que no entendía nada.

—Sé también lo que es tener una hermana sin un puñetero filtro.

—Mi hermana es peor que la tuya. Y vas a tenerla que aguantar en Navidades, en cumpleaños, en fiestas… —insistió Ana.

Si bien Álex la agarró por el cuello, la besó y le preguntó divertido:

—¿Tiene escopeta?

—No.

—Entonces, lo soportaré…

Capítulo 21

Dos días después, una tarde nublada y ventosa, Ana estaba sentada en la piscina leyendo, mientras esperaba a que llegaran Coco, Eva y Daniela.

El plan era después irse en wáter taxi a San Antonio, donde habían quedado con Tea y con Manuel, y también con Álex que había salido a cerrar el negocio con Sofía.

Y todos juntos en San Antonio, esperar a que les recogiera la zódiac de Gregorio para acudir a la cena en su barco.

Si bien algo interrumpió la placidez de su lectura, ya que de repente escuchó una voz demasiado familiar decir:

—Estoy aquí por ti.

Ana se sobresaltó, apartó un poco el libro y comprobó para su horror que era él:

—Yo no te he pedido que vengas —replicó Ana, cerrando el libro y dejándolo a un lado.

Germán, su jefe, que iba vestido con una camisa, pantalones y zapatos de estampado barroco de Versace, cogió una hamaca que estaba cerca, la pegó a la de Ana, se sentó y le dijo:

—Tenemos que hablar.

Ana, que lo que menos hubiera imaginado era que Germán iba a dejarse caer por Ibiza, negó con la cabeza y repuso:

—No tengo nada que hablar contigo, porque imagino que no estás aquí para hablar de trabajo.

Germán se echó su pelazo implantado hacia atrás con ambas manos, sonrió lo justo para que no se le marcaran las patas de gallo y le contó:

—En el trabajo estoy ocupadísimo con el presupuesto, rompiéndome la cabeza con el cronograma, peleándome con los tocapelotas de los consejeros y lidiando con una panda de residentes inútiles. Con todo, he sacado unas horitas para traerte de vuelta a Madrid.

—¿A mí? —inquirió Ana, cruzándose de brazos—. Perdona, pero yo estoy todavía de vacaciones.

Germán se puso muy serio y habló como si estuviera a punto de comunicarle algo grave:

—No he venido para que te incorpores antes de tiempo, vengo porque lo que estás colgando últimamente en tu Instagram me tiene muy preocupado.

—¿Y qué es lo que te preocupa exactamente? —preguntó Ana, convencida de que sería alguna patochada.

—La primera historia que colgaste chupando un plátano con el texto: «el hotel es tan juguetón, atrevido, cañero y alocado como yo», despertó mis alarmas.

—Ja, ja, ja, ja. ¿Puse eso? —inquirió Ana, que lo escribió tan deprisa que ni se acordaba de lo que había puesto.

—Me extrañó muchísimo. Tú eres muy discreta y reservada, pero lo peor vino luego cuando

apareció ese en el concierto de David Guetta.

—¿Ese? —preguntó Ana, arqueando una ceja.

—Sé quién es porque le etiquetas y desde ya te digo que no te va a hacer feliz —aseguró con rotundidad.

—Tú opinión a este respecto me la bufa —dijo Ana, sin darle ninguna importancia.

Sin embargo, Germán con un dramatismo que rayaba en lo ridículo repuso:

—Te veo en las historias y me cuesta creer que seas tú.

—Estoy mejor que nunca. Si has venido por eso, ya puedes largarte —aseguró Ana, guardando el libro en el bolso y pensando en acabar cuanto antes con esa conversación que no iba a ninguna parte.

—He venido porque sé que no me has olvidado y que subes esas historias para que vea lo feliz que eres sin mí. Pero no cuela —habló Germán, seguro de que era imposible desenamorarse de un ser superior como él.

Si bien Ana por poco no se cayó de la hamaca del ataque de risa que le dio:

—Ja, ja, ja, ja.

Y Germán, convencido de que Ana se moría por arrojarse a sus brazos y tan solo estaba disimulando con las risitas, replicó:

—Sé que has subido esas fotos para que rabie de celos, ¿y sabes qué? Lo has conseguido y he dejado todo el puto lío que tengo en el hospital de los cojones para decirte que tampoco te olvido y que no hace falta que sigas haciendo el mamarracho. Te doy una oportunidad más.

—¿Tú me la das a mí? —inquirió Ana, que no daba crédito.

—Te doy la oportunidad de que me hagas feliz porque yo te necesito tanto…

Germán quiso coger a Ana de las manos, pero ella las apartó y le dijo cortante:

—Me parece que aquí el único que hace el mamarracho eres tú.

—Entiendo que todavía me guardes rencor por mi traspiés. Es muy humano que te sientas así.

—¿A qué traspiés te refieres? —preguntó Ana, mordaz—. Porque me temo que te pasaste la relación sin parar de tropezar con tías, incluida mi hermana.

—¿Te lo ha contado? —inquirió Germán, sorprendido.

—No, lo he adivinado con mi bola de cristal —respondió Ana, irónica.

—Pactamos no decirte nada porque te queremos demasiado y no deseábamos que sufrieras —dijo Germán como si no hubiera roto un plato en su vida.

—No sufrí. Solo me dio un asco tremendo —habló Ana, haciendo el gesto de que vomitaba.

—Fue un error absurdo. No sé qué nos pasó. Pero no puedes a echar a perder todo lo que tenemos por un polvo equivocado.

—Con mi hermana —le recordó Ana.

—Te repito que fue un polvo equivocado, ella me recordaba tanto a ti que se me fue la cabeza.

Estuvo mal. Lo sé. Y solo me queda apelar a la generosidad de tu corazón para que me perdones y hagamos que esta vez sea la definitiva.

—¿Me estás hablando en serio? —preguntó Ana, porque aquello solo podía ser una broma.

Sin embargo, Germán entornó la mirada y le dijo seguro de que estaba a punto de tocar la tecla que iba a hacer que Ana cayera rendida a sus pies:

—Conozco la razón última por la que estás así de cabreada conmigo.

—¿Todavía hay una razón más? —inquirió Ana, que pensó que había que tener la cara de cemento para decir semejante cosa.

Germán asintió y replicó sintiendo que no podía ser más generoso:

—Sí, Ana. Sé lo importante que son los niños para ti. Y he venido a decirte que por ti estoy dispuesto mañana mismo a hacerme la reversión de la vasectomía.

—¿Qué me estás contando? —masculló Ana, anonadada.

Germán pensó que Ana estaba en *shock* y volvió a insistir para que valorara lo que estaba haciendo para recuperar su amor:

—Joder, Ana, te estoy diciendo que sería capaz de deshacerme el nudo por amor. ¡Nadie hará por ti algo tan romántico!

—¡No necesito que hagan nada por mí! —exclamó Ana, espantada—. El amor no va de hacer sacrificios.

Germán soltó una especie de gruñido y luego dijo entre dientes:

—Me lo estás poniendo difícil y me estoy estás erotizando a tope. Tócame la polla, está dura solo para ti…

—¡No tengo otra cosa que hacer! —replicó Ana, mirándole con desdén.

Pero a Germán le daba todo lo mismo, porque él solo tenía una idea en la cabeza:

—Ana yo sé que te sigo haciendo vibrar, sé que tus historias son para mí y que me estás pidiendo a gritos que reaccione. Y aquí estoy.

—Y yo te estoy pidiendo a gritos que reacciones para que dejes de ser tan gilipollas —repuso Ana, con una sonrisa gigante.

Germán sabía que Ana le iba a hacer sudar tinta china y decidió hacerse el empático para ablandarla:

—Sé que merezco tu rabia. Y la acepto de buen grado.

Pero a Ana no había nada que pudiera ablandarla y habló tajante:

—Jamás volvería contigo, nunca fui tu prioridad y solo te quieres a ti mismo.

A Germán le dolieron un montón las palabras de Ana, pero no acusó el golpe y solo se limitó a farfullar:

—Estás siendo injusta conmigo.

—¿Injusta? Siempre había algo más importante que yo, por no hablar de que antes de dormir

dedicabas más tiempo a tus rutinas de belleza que al sexo.

—Me cuido para ti —afirmó Germán, en un tono de reproche.

—Ja, ja, ja, ja.

—¿Qué tengo que hacer para que te convenzas de que te quiero? —inquirió Germán, desquiciado con la frialdad de Ana.

—Tú no me quieres, tú lo que necesitas es tener una tía que te diga a todas horas lo maravilloso que eres.

—Soy un tío especial que merece solo lo mejor. Y lo mejor eres tú.

—Tú no eres especial —le corrigió Ana—. Te crees especial y que lo tuyo es mucho más importante que lo del resto. Ni escuchas, ni aceptas consejos, ni soportas que te digan que estás equivocado.

Germán, muy dolido con lo que acababa de escuchar, se sinceró con Ana para que entendiera que había una razón para todo aquello:

—Reconozco que las críticas me escuecen, pero la culpa es de mi familia. Soy hijo único, mis padres me tuvieron mayores y fui un niño muy deseado que además creció en una casa con tres tías solteras que no paraban de decirme a todas horas que no había nadie como yo. A lo mejor me reforzaron en exceso…

—¿A lo mejor? —inquirió Ana, alucinada.

—Pero te contaré un secreto porque solo tú has llegado a mi corazón. Soy un tío vulnerable, que a ratos tengo el síndrome del impostor, que a veces me pregunto si no seré un fraude, y necesito saber que mi bichito está ahí para sentirme respaldado, seguro y válido.

Ana sintió un escalofrío de lo más desagradable por el cuerpo al volver a escuchar el nombre con el que solía llamarla. Bichito. Lo odiaba. Y replicó asqueada:

—Nunca he sido un puto bichito y…

Ana no pudo acabar la frase porque una rubia imponente, se acercó a Germán y le dijo:

—¡Hola, guapo! Te confirmo la fiesta de esta noche. En un rato te paso la geolocalización. Chao.

La rubia se marchó, Germán se encogió de hombros y Ana dijo con retintín:

—Y eso que venías por mí…

—La he conocido en la recepción y nos hemos puesto a charlar. Me gusta gustar. Ya lo sabes. Pero mi corazón es solo tuyo —musitó llevándose la mano al pecho.

—Tú corazón es solo tuyo. Y yo estoy enamorada de Álex —dijo Ana, feliz.

Germán que no sabía qué hacer para que Ana se diera cuenta de que él no tenía rival inquirió:

—¿Qué vas a esperar de un tío que te lleva a comer pizza al Pinocho? ¿Se puede ser más previsible? ¿Qué prefieres: un tiovivo o una montaña rusa?

—Amo a Álex —aseguró Ana, con una cara de enamorada que no podía con ella.

—Ana, recapacita, que lo he dejado todo empantanado en el hospital por ti.

—¡Vuélvete ya! —le pidió Ana, batiendo las manos.

Germán sintiendo que la bilis le trepaba por la garganta de pura frustración, masculló apuntándola con el dedo índice:

—Te vas a arrepentir de lo que estás haciendo y yo no voy a estar cuando dentro de tres días vengas a suplicarme mi amor.

—No es que tú no estés, es que yo no voy a ir suplicarte nada. Amo a Álex.

—Lo tuyo es una obsesión, ese tío es como el típico gato que te da la brasa en vacaciones, que se pone a ronronearte en la puerta y te trae pajaritos muertos en la boca. Es adorable, pero no es tu gato. Lo tuyo con este tío es igual, se te va a pasar en cuanto llegues a Madrid y entonces…

Germán se tuvo que callar porque, de pronto, apareció Coco con las chicas y canturreó:

—¡Ya estamos aquí!

—¡Genial! —exclamó Ana, saltando de la hamaca—. ¡Estoy ansiosa por irme!

Álex se fijó en la señora de pelo rojo, que lucía un vestido de tirantes dorado y sandalias de plataforma del mismo color y que iba a acompañada por dos chicas que no paraban de comerse los morros, y preguntó descolocado:

—¿Y estas quiénes son? ¿Las conoces?

—Coco, chicas, os presento a Germán, mi jefe.

—Soy mucho más que eso, Ana. Y lo sabes —matizó Germán, que no sabía qué hacer para que Ana entrara en razón.

Sin embargo, Ana lo tenía tan claro que les explicó a las chicas quién era realmente Germán:

—Es el tío narcisista con el que cometí el error de tener una relación y que me puso los cuernos con una lista sin fin de mujeres, incluida mi hermana.

Coco se lanzó a por Germán, le agarró por el brazo y, al tiempo que tiraba de él para que se levantara, exclamó:

—Uy, ¡tú y yo tenemos muchas cosas de que hablar!

—Señora ¿qué hace? —replicó Germán, resistiéndose.

—¡Nos vamos de fiesta y tú te vienes! —insistió Coco, tirando más fuerte todavía.

—¿Estás locas quiénes son? —le preguntó Germán a Ana al tiempo que se levantaba de la hamaca para que esa mujer tan estrambótica no le arrancara el brazo.

—Mi abuela política y mis cuñadas —respondió Ana, con orgullo—. Son mi familia. Y nos vamos a san Antonio a que nos recojan para ir a una fiesta en el barco de un amigo de Coco.

—Y tú te vas a venir, doctor —le ordenó Coco, enganchándose de su brazo.

—Yo todavía tengo que tratar asuntos importantes con Ana.

—No tengo nada más que hablar. Amo a Álex —dijo Ana, mientras Germán bufaba desesperado con el puñetero mantra de que ella amaba a ese tío.

—¡Te como la cara! —exclamó Coco, dando a Ana un beso en la mejilla—. Y tú, doctor, te vienes con nosotras que yo sí que tengo cositas que hablar contigo…

Coco insistió tanto en lo de «doctor» que Germán lo que pensó fue que le había reconocido:

—A ver, señora, le confirmo que soy el prestigioso urólogo del que todo el mundo habla, pero tiene que saber que no he venido a Ibiza para que me dé la turra con los problemas de la próstata de sus amiguitos.

—Deja las próstatas de mis amigos tranquilas, prestigioso urólogo, que yo necesito abordar otros asuntos…

Capítulo 22

Ya embarcados en el taxi acuático que cogieron en cala de Bou para ir a San Antonio, Germán le dijo a Ana que estaba sentada junto a él sin hacerle ni caso:

—Me he subido a la jodida barqueta por ti. ¡Y con mi cinetosis y sin Biodramina! Espero que lo valores: hago cosas por ti que no haría por nadie.

Ana que iba con la vista puesta en el atardecer precioso, a pesar de las nubes, replicó:

—Lo que valoro es esta puesta de sol.

—¡Qué suerte tienes de poder disfrutarla! —murmuró Germán, con el gesto contrariado.

—¿Y a ti qué te lo impide? —replicó Ana, sin dejar de mirar al horizonte.

—¡La vergüenza que siento de estar subido en esta barqueta! —exclamó con rabia y luego apretó fuerte los dientes.

Ana se giró, le miró y preguntó para entender por qué estaba tan alterado:

—¿Vergüenza, por qué?

—¿De verdad que te lo tengo que explicar? —inquirió Germán, exasperado.

—Sí, porque no lo pillo.

—Soy un prestigioso urólogo, me conoce muchísima gente y voy a arruinar mi reputación si se corre la voz de que me han visto surcando los mares en una barqueta como un vulgar turista de bocadillo.

—Creo que más bien lo que pensarán es que apuestas por la sostenibilidad ambiental —le dijo Ana, sin darle ninguna importancia.

—Con la envidia que me tienen y con la cantidad de hijos de puta que hay sueltos, te digo yo que como me vean subido en un wáter taxi de los de cuatro euros el billete, se va a empezar a correr el rumor de que estoy tieso, que soy un pésimo gestor y a los tres días estarán pidiendo mi cabeza.

—No creo que sea para tanto —masculló Ana, dando un manotazo al aire.

—Tengo que hacer algo porque no me puedo esconder detrás de nada. ¿Tú no tendrás algo en el bolso con lo que taparme la cabeza? Me vale lo que sea.

Ana abrió el bolso, sacó el libro y le dijo muerta de la risa:

—Tengo solo el libro, si quieres te lo paso y te tapas la cara con él.

Germán miró horrorizado el libro y replicó negando con la cabeza:

—¡No me sirve! Me dejaría el cogote al descubierto y además es de bolsillo que no puede ser más de matado.

—Oye, ¡yo no soy ninguna matada! —exclamó Ana, molesta al tiempo que guardaba el libro.

—Yo me entiendo. Voy a ver si Triqui tiene algo para cubrirme, aun a riesgo de que me dé la chapa con vete a saber qué.

—No se llama Triqui. Su nombre es Coco.

—¡Da lo mismo! Lo único que me interesa de ella es que me dé algo con lo que taparme. Ahora vengo y seguimos con lo nuestro.

—¿Lo nuestro? —inquirió Ana, mirándole sorprendida de que no hubiera comprendido nada.

—A ver, que lo he pillado. Soy un tipo listo. Acepto que estás con la borrachera del encoñamiento por ese fulano.

—Se llama Álex —precisó Ana, enojada.

Germán gruñó, se mordió los labios porque le estaban entrando las primeras arcadas por el movimiento del barco y soltó del tirón:

—Lo que tienes con él pasará, recuperarás la lucidez, te darás cuenta de lo que has perdido y lamento comunicarte que para entonces ya no estaré para ti. Obviamente, me estoy refiriendo a lo estrictamente sentimental, en lo profesional voy a estar siempre. Hay que saber separar esferas. Tú eres uno de los principales valores del hospital y uno de mis grandes apoyos entre tanto cabrón que me odia. Mi amistad la vas a tener siempre, pero mi corazón jamás volverá a ser tuyo.

—¡Genial! —exclamó Ana, sonriendo exultante.

Sin embargo, a Germán le dolió tanto que le importara una mierda perderle que le pidió:

—Ten un poco de tacto. Estoy sufriendo.

—¡Estoy enamorada de Álex! ¿Qué esperas que te diga? —replicó Ana, encogiéndose de hombros.

—Me voy con mi pobre corazón herido que jamás volverá a ser tuyo, a buscar algo con lo que cubrirme.

Germán se levantó y se acercó trastabillando, de lo fuerte que soplaba el viento, hasta los asientos de proa:

—Señora, vengo a pedirle algo: ¿no tendrá algún fular o similar? —preguntó Germán que se sentó en el banco corrido de madera junto a Coco.

—¿Quieres potar? ¡Estas muy blanco!

—Padezco cinetosis, me mareo con el movimiento y voy sin pastillas —le informó el doctor, retirándose con el dorso de la mano el sudor de la cara.

—El barco se mueve mucho más en la proa. ¡Siempre voy sentada en proa! ¡Me pirra sentir el cabeceo del barco, que el viento agite mi pelo y este olor a sal y a posidonia! ¡Es fantástico! —exclamó Coco, agitando las manos de pura felicidad.

Germán que estaba mareándose mucho más todavía con el cabeceo de proa, masculló fijando la vista en el horizonte:

—Disfrútelo. Y busque a ver si tiene un fular o algo.

—Pide mejor una bolsa para los vómitos —le aconsejó Coco.

—No me cabe en la cabeza —farfulló Germán.

Coco le miró extrañado y le preguntó con mucho interés por el tema:

—¡La quieres para taparte la cabeza! ¿Eso es bueno para evitar los mareos?

—¡Quiero taparme la cabeza para que no me reconozcan! —confesó Germán—. Tengo una reputación y no quiero que me vean en una barqueta de turista tieso.

—Me gustaría ver las carteras de inversión de muchos de los de los barcos del postureo: igual los de la barqueta les damos sopas con onda —opinó Coco, con orgullo.

—No tengo ni idea. Yo lo que sé es que vivo en un mundo de apariencias y que debo cuidar hasta el más mínimo detalle.

Coco abrió el bolso, sacó un fular blanco con corazones rojos y se lo pasó:

—Siempre llevo un fular en el bolso porque nunca se sabe cuándo hay que hacer un torniquete. ¡Es lo que tiene vivir en el mundo real!

Germán cogió el fular, se lo puso sobre la cabeza, se tapó con él hasta las cejas y luego con uno de los extremos se cubrió el resto de la cara, menos los ojos, obviamente.

—¡Ya está apañado! —exclamó, aliviado por su reputación, pero no por su mareo que estaba alcanzando cotas máximas.

—Ja, ja, ja, ja, ja. ¡Parece que voy con el hombre invisible!

Germán tuvo que reprimir la arcada por culpa del cabeceo cada vez más fuerte del barco y replicó:

—No se burle, señora. ¡Voy fatal!

—Está soplando el viento de Levante más fuerte y mira, se ha llevado la última nube que quedaba —dijo Coco, mirando al cielo.

—¡Qué maravilla! —masculló Germán, con ironía y unas ganas de vomitar cada vez más grandes.

—Y antes de que eches la primera papilla, me gustaría decirte algo.

—Gracias por los ánimos, señora. ¡Así da gusto! —farfulló Germán, pensando en la que le había caído con la señora.

—De nada. Verás, yo soy una leona…

Germán pensó que una vez más le tocaba pagar el peaje por ser un tío cañonazo y replicó:

—Señora, no dudo de que en la cama no dejaría de mí ni las raspas.

—¿En la cama? —preguntó Coco, divertida.

—Me está diciendo que es una leona —respondió Germán.

—Pero no porque quiera llevarte a la cama. A mí me gustan las bellezas más naturales y salvajes y tú lo tienes todo postizo. Aparte de que no soy gregaria, siempre me ha importado un pimiento el qué dirán.

—No puedo permitirme ese lujo siendo un urólogo de prestigio. Y en cuanto a mi físico, solo

tengo algunas partes de mi cuerpo postizas, como usted dice con especial inquina —recalcó Germán, molesto.

—No es inquina. Es que el pelo no es tuyo, ni los pómulos, ni los dientes, ni los labios, ni vete a saber qué más —puntualizó Coco.

—Soy un hombre que se cuida. Los tiempos han cambiado, no se llevan los tíos recién salidos de la cueva.

—¿Me estás intentando convencer de algo? ¿Quieres llevarme a la cama, doctor de prestigio? —inquirió Coco, muerta de risa.

—Señora, por favor. ¡Deje de vacilarme! —exclamó conteniendo otra vez la arcada.

—¡Es difícil tomarse esto con seriedad cuando estoy hablando con un urólogo eminente que lleva la cabeza cubierta con un pañuelo de corazones!

—Sé de sobra lo ridículo que es esto. Pero es mucho más grave que se descojonen de mí los incontables enemigos que tengo.

—Caray, ¿incontables? —repuso Coco, sorprendida.

—Soy ambicioso y me muevo en un mundo de mediocres envidiosos. ¡Imagine lo que debe ser estar en mi piel!

—La tienes muy bien hidratada y *colagenada* —aseguró Coco, pasándole el dedo índice por el brazo.

—¿No va a tener piedad conmigo? —le suplicó Germán, descompuesto—. ¡Estoy cada vez peor!

—Es lo que te decía, soy una leona. Soy territorial y protectora. Y además estoy muy loca —dijo atusándose el flequillo asimétrico con la mano y con una tranquilidad pasmosa.

—¿Cómo que está muy loca? ¿Me está amenazando? —inquirió Germán, a la defensiva.

—Adoro a Ana. Si llegara a mis oídos que…

—Señora —le interrumpió Germán para que le quedara claro y zanjar de una vez el asunto—, asumo que Ana no quiere nada conmigo. No obstante, también le digo que se va arrepentir y yo ya no estaré.

Coco se agarró a la barandilla del taxi acuático y se dobló de la risa:

—Ja, ja, ja, ja.

—¿De qué se ríe? —preguntó Germán, porque no entendía el maldito chiste.

—De lo iluso que eres, doctor eminente —respondió Coco, retirándose las lágrimas del rostro.

—No seré tan iluso cuando me está amenazando con que es una leona muy loca para que me aparte y deje a los tortolitos ser felices —habló Germán, ofuscado.

—A ti ya te ha apartado Ana, ¡no te líes! —exclamó Coco, que sacó sus garras de leona territorial de nuevo para decir—: Pero eres su jefe, y no me gustaría que llegara a mis oídos que la estás haciendo la *cusqui* en el trabajo.

—Señora, ¡no me ofenda! —exclamó Germán, después de que una fuerte ráfaga de viento por poco no se llevara volando el fular—. Ana es uno de los pocos apoyos leales que tengo en el infierno ingrato y hostil que dirijo. ¿Cómo voy a dispararme a los pies? —inquirió colocándose de nuevo el pañuelo.

—Porque ¿a lo mejor eres un poco tonto? —repuso Coco, arqueando una ceja.

—Quédese tranquila, que no lo soy.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Mira que me cuesta creerlo con las pintas que llevas!

Germán no pudo replicar nada, porque le sobrevino una arcada tal con los últimos cabeceos del barco que echó la pota por la borda…

Capítulo 23

En cuanto desembarcaron, Coco le dijo a Germán que iba malísimo enganchado de su brazo:

—Te voy a subir en el primer taxi que vea y te voy a mandar derechito al hotel.

—No puedo permitir que me vean llegar con este aspecto de politoxicómano. Ahí sí que mi reputación acabaría arruinada para siempre. ¡Yo sigo la fiesta con vosotros!

—¡No digas bobadas! ¡Apenas puedes tenerte de pie! —exclamó Coco.

—En cuanto esté unos minutos en tierra firme esto se me pasará. Y le haré llegar otro fular similar, siento que se me haya volado con el puto viento —se excusó Germán.

—¡Tengo un montón! —replicó Coco—. No pasa nada. ¿Entonces te vienes a la *preparty* del café Mambo mientras hacemos tiempo a que nos vengan a recoger?

—¡Por supuesto! Que revienten de envidia todos los que me odian por ir con cuatro bellezones —dijo Germán, sacando fuerzas de donde no tenía.

—¡Tenías que verte! Parece que las cuatro bellezas te acaban de chupar toda la sangre. ¡Estás hecho un zombi! —habló Eva.

—¡Les va a joder muchísimo comprobar cómo me han chupado hasta dejarme sin equilibrio! ¡Estoy deseando que me vean!

Arrastraron como pudieron entre las cuatro a Germán hasta el café Mambo, donde acabaron sentados en una mesa porque uno de sus pacientes lo reconoció.

Se pidieron unos cócteles y al poco las chicas dejaron a Germán, que ya estaba casi recuperado, hablando con su paciente del apasionante mundo de las próstatas, y salieron disparadas a bailar frente al *DJ* que como Coco había adelantado era buenísimo.

Y cuando llegó la hora de que les vinieran a buscar, cuál no fue la sorpresa de todas cuando Germán anunció:

—¡Sigo la fiesta con vosotras!

—Ya estás bien —le dijo Ana, que no estaba dispuesta a seguir cargando con él.

—Aún estoy algo revuelto de la tripa, pero no me podéis dejar aquí tirado y que la gente piense que soy un sieso. Soy un urólogo enrollado, ¡no me jodáis!

—Nos vienen a buscar en zódiac y se menea una barbaridad —le advirtió Coco, para supiera a qué atenerse.

Pero el urólogo iba para adelante con todo y solo pudo replicar:

—No voy a permitir que un mareo malogre mi reputación. Voy con vosotras.

Los cinco caminaron hasta el pantalán donde no solo les estaba esperando la zódiac de Gregorio sino también Álex, Tea y Manuel.

Y en cuanto Ana le presentó a Álex a su jefe, aquel se quedó tan perplejo que Germán le aclaró:

—He venido a reconquistarla, pero está enamorada de ti. Lo acepto. No creo que dure mucho y yo ya no estaré para cuando Ana vuelva a mis brazos suplicando.

—¿Con qué se droga este tío? —quiso saber Álex, que solo pudo tomárselo a risa.

—No le hagas ni caso —le pidió Coco, batiendo las manos.

—¿Y se viene con nosotros a la cena? —preguntó Álex que no le apetecía para nada que se apuntara a la fiesta.

—No queda otra —contó Eva.

—Es un urólogo eminente obsesionado con su reputación y dice que no se puede quedar aquí colgado por si los millones de enemigos que tienen se descojonan de él —le explicó Coco, mordiéndose los labios para no partirse de risa.

—¡Qué paranoico! —bufó Álex.

—No hace falta ofender —replicó Germán.

—Es un diagnóstico —precisó Álex.

—No me juzgues sin haber caminado antes en mis zapatos —le aconsejó Germán, en un tono zen.

—Nunca llevaría unos zapatos de satén del mismo estampado barroco que mi camisa y mis pantalones —dijo Álex que no estaba para que ese tío le diera consejos.

—Porque no tienes ni pizca de gusto —concluyó Germán.

—No tengo por qué aguantar a este tío —habló Álex al grupo.

—No está bien —le informó Eva.

—¿Tiene algo más aparte de la paranoia narcisista? —inquirió Álex.

—Padece de cinetosis, se marea con el movimiento —le informó Daniela.

—Y ahora en la zódiac echará la pota otra vez —auguró Coco.

Si bien Germán juntó las manos y le imploró deseando que se obrara un milagro:

—Señora, se lo ruego, no me desee ese mal, que a lo mejor alguien tiene una Biodramina.

Ninguno tenía Biodramina, no había farmacias cerca y Ana habló para aconsejarle porque tampoco tenía ganas de seguir de fiesta con él:

—Lo mejor es que te quedes en tierra y te cojas un taxi de vuelta al hotel.

—Aún estoy revuelto, como me suba en algo que se mueva voy a vomitar. No puedo correr ese riesgo. Prefiero echar la papilla entre amigos que sé que no me van a juzgar. ¡Subamos a la zódiac, por favor!

—Subamos que ya vamos tarde… —dijo Coco tras consultar la hora en su reloj.

Germán fue el primero que se subió a la zódiac y Álex aprovechó para cuchichearle a su abuela:

—Me niego a irme de fiesta con este tío.

—¿Y le vas a hacer ese feo a Gregorio? —replicó Coco, que no iba a permitirlo.

—Deja a este tío en tierra.

—Es el jefe de Ana —le recordó Coco—. No podemos dejarlo tirado.

—No me apetece nada irme de fiesta con el ex de mi novia.

—Tenías que haber visto la cara que tenía Ana de enamorada cuando le ha dicho al urólogo eminente que te amaba.

A Álex se le iluminó la mirada, sintió un mariposeo por el vientre y repuso:

—Y yo la amo a ella. Pero este petardo de tío me sobra…

—La cinetosis no le va a dejar levantar cabeza. ¡Se va a pasar la noche agarrado a la taza del váter! ¡No te preocupes por él!

Álex decidió hacer caso a su abuela, subieron a la zódiac que zarpó a toda velocidad, Germán al instante se puso blanco y, antes de que se descompusiera del todo, Coco habló:

—Germán me ha asegurado que no tengo nada de qué preocuparme y sé que va a ser así. Más que nada porque tengo contactos dentro del hospital que lo ven y lo escuchan todo.

—Abuela, ¿qué estás diciendo? —preguntó Álex, desconcertado.

—¿Cómo crees que me enteré de dónde y cuándo Ana se iba de vacaciones? —reveló Coco, con una sonrisa gamberra.

—Las casualidades no existen —masculló Tea.

—Por eso sabías dónde estaba el hospital —habló Ana, risueña y agradecida de que hubiera propiciado el reencuentro.

—Estuve con Eva unas cuantas veces, hablamos con gente de dentro y nos dieron la información que necesitábamos —explicó Coco, como si aquello fuera tan normal.

Álex se pasó la mano por la cara, pero también estaba tan agradecido y tan feliz que exclamó entre risas:

—¡Qué liantas sois!

—Teníamos que hacer algo. No podías seguir así, penando por las esquinas. Y decidimos dar un empujoncito al destino. ¡Y aquí estáis! ¡Felices! —replicó Coco, lanzándoles unos besos con la mano.

Ana y Álex se miraron, se agarraron de la mano, se dieron un beso de impresión y, al instante, Germán echó la pota por la borda.

Luego, pálido, sudoroso y tembloroso apoyó la cabeza sobre Coco que le preguntó:

—¿Potas por la cinetosis o porque no soportas verlos felices?

—Me he puesto malo de verlos. Demasiada azúcar. No obstante, lo que me está matando es el traqueteo de la puta lancha. ¿Falta mucho para llegar? ¿Dónde coño tiene tu amigo el barco? ¿En el culo del mundo?

Y tras decir esto, Germán se giró y volvió a vomitar un montón. Cuando acabó, Coco le pasó un pañuelo, él se limpió y, acto seguido, le hicieron un hueco para que se tumbara de costado con

los ojos cerrados, pero no valió de mucho porque otra vez volvió a potar.

Y se quedó tan mal que, cuando llegaron junto al barco y la zódiac se detuvo, habló tirado en el suelo y con un hilillo de voz:

—No puedo moverme. Pasadlo bien, que yo me quedo aquí.

—¿Cómo vamos a dejarte aquí tirado? —inquirió Coco, ya de pie y en jarras.

—Yo le subo —dijo Manuel—. Estoy acostumbrado a bregar con gente muy perjudicada.

Y tras decir esto, Manuel agarró a Germán por la muñeca, tiró de ella, le levantó, lo agarró por las caderas y se lo echó al hombro.

—¡Qué tío! ¡Se lo ha cargado al hombro sin despeinarse! —exclamó Coco, maravillada. Luego, le lanzó una mirada cómplice a Tea y le habló—: Las maravillas que debe hacerte este pedazo de hombre…

—¡De flipar!

Y mientras ellas hablaban, Germán decía con el hilillo de voz:

—De verdad que no hace falta…

—Sí, que hace —insistió Coco—. ¿Cómo vamos a disfrutar de la velada sabiendo que estás aquí fuera malísimo? Te vienes con nosotros. ¡Vamos, todos para arriba!

Si bien al momento se escuchó una especie de fuerte petardazo:

—Joder, ¿qué es ese ruido? —preguntó Álex, mosqueado.

Sin embargo, Coco no le dio ninguna importancia, al contrario, y exclamó divertida:

—¡Será Gregorio dándonos la bienvenida con cohetes! ¡Subamos!

Subieron y lo que se encontraron fue con que la bienvenida se la dio doña Adelina, en chándal rosa y escopeta en ristre que, al ver a Manuel con el urólogo eminente a cuestas, gritó sobresaltada:

—Coñe, ¿me lo he cargado con el perdigonazo? ¿Está muerto?

Coco negó con la cabeza y, tratando de templar los ánimos, respondió:

—No, tranquila. Solo tiene cinetosis. ¿Pero usted no estaba fresquita en Cudillero? —inquirió Coco, que no salía de su asombro.

—Me he venido esta mañana porque tenía algo muy importante que decirle a mi hijo.

Germán, que no entendía nada de lo que estaba pasando y que del susto recobró hasta el color, le pidió a Manuel:

—Déjame en el suelo, que ya estoy mejor. —Manuel le dejó en el suelo y cuando el doctor vio que tenía enfrente a una señora de casi noventa años, pintada como una puerta, en chándal y apuntándole con la escopeta solo pudo farfullar—: ¡La madre que me parió! ¡Esto tiene que ser una *perfomance*!

Doña Adelina se puso las gafas que llevaba colgando de un cordón, se las ajustó con el dedo y exclamó gratamente sorprendida:

—Coñe, ¡yo le conozco! Usted es el famosísimo urólogo…

—¿Veis? —inquirió Germán al grupo—. No es paranoia. Adonde voy siempre hay alguien que me conoce. Es una de las esclavitudes de la fama. Pues sí, señora, ese soy yo —habló llevándose la mano al pecho.

—Un gusto conocerle, doctor —dijo doña Adelina levantando un poco la escopeta que tenía cogida con ambas manos.

—¿Por qué va armada, señora? —preguntó Germán, que carraspeó un poco antes para sacar su tono de voz de urólogo eminente.

—Es la costumbre. Pero esta noche es mi canto del cisne —anunció doña Adelina, con mucha gravedad.

Coco miró para todas partes e inquirió temiéndose lo peor:

—¿Dónde está Gregorio?

—Está terminando de preparar la cena y me ha pedido que entretenga a los invitados.

—¿Con una escopeta en la mano? —replicó Eva, que no podía cerrar la boca.

Y Tea como hipnotizada, pues no podía dejar de mirar a esa mujer que les estaba apuntando con la escopeta, masculló con los ojos llenos de lágrimas:

—El destino no puede ser tan cabrón que me tenga preparada una muerte violenta justo cuando he enfrentado miedos y traumas y me he abierto a la vida y al amor.

Manuel ni se lo pensó, la agarró por la cintura, la pegó contra él, la besó de película y le aseguró:

—Va a salir todo bien. ¡Te amo!

Ana miró a Álex, le cogió de la cara con ambas manos, le plantó un beso bien dado y musitó:

—Y yo quiero pasar la vida entera contigo.

Álex la besó en el cuello y le susurró al oído para que no se dejara contagiar por el pánico de su amiga:

—Te amo y te recuerdo que solo es una señora de metro y medio que no debe pesar ni cincuenta kilos. ¡La desarmo en un periquete antes de que haga nada!

—La fuerza está en la cabeza. Y esta señora no hay quien le quite la escopeta —le cuchicheó Ana al oído, mientras simulaba que le daba mordisquitos en la oreja.

Y Eva por lo que pudiera pasar, también se abrazó a Daniela y exclamó antes de besarla como si no hubiera un mañana:

—Tía, esto es muy *random*. ¡Te *quieroooooooooooo*!

—¡Y *yooooooooo*! —repuso Daniela que la besó de la misma manera.

Doña Adelina, que se lo estaba pasando en grande con tanto beso, se dirigió a Germán:

—Doctor, ¿tienes algo que decir? Puedes besarme si quieres, que te noto como envidioso.

—¿Envidioso yo? —replicó arqueando una ceja—. Señora, no me conoce. Es el revés. El

mundo es el que me envidia. Y, precisamente, porque soy un urólogo eminente…

—Y guapetón… —añadió doña Adelina, poniéndole morritos.

—No seré yo quien lo diga —repuso Germán con su característica falsa modestia—, pero sí le advierto que a mí no me puede pegar un tiro porque sería una grandísima pérdida para la humanidad.

Álex bufó, se le agotó la paciencia y decidió acabar de una vez con ese despropósito:

—Voy a llamar a la Guardia Civil.

—¡Las manos quietas! —le gritó doña Adelina apuntándole con la escopeta.

Coco se puso delante de su nieto, miró a doña Adelina y le dijo hablándole muy despacio:

—Doña Adelina no va a hacernos nada. ¿Verdad que no?

—¡No estoy sorda, coñe! ¡Háblame normal!

—Vale. ¿A que tengo razón? ¡No va a hacernos nada! —exclamó Coco, mientras su nieto la apartaba para ponerse a su lado y agarrarla de la mano.

—Quiero hablar contigo, Coco —dijo doña Adelina, muy solemne.

Coco tragó saliva y replicó sin que le temblaran ni las pestañas:

—Dígame, doña Adelina.

—¿Podría bajar la escopeta para hablar con mi abuela? —le exigió Álex, mientras pensaba que, como no la bajara, se la iba a quitar de una maldita vez.

—¡A ver si se le va a escapar otro tiro! —gritó Eva, llevándose las manos a la cara.

—Lo de antes ha sido por diversión —explicó doña Adelina, restándole importancia—. Tranquilos que yo controlo… Y, ahora, tú, Coco, escúchame. Necesito que sepas que te respeto y que te admiro…

—Quién lo diría —farfulló Álex.

—Somos muy parecidas —habló doña Adelina—. Somos libertarias, seguimos nuestras propias reglas, también me dieron la espalda cuando me quedé embarazada y me tocó criar sola a Gregorio. Las adversidades como a ti me hicieron de hierro y al final acabé riéndome la última y riéndome mejor. Somos luchadoras, atrevidas, resistentes, valientes, nos importa un carajo lo que digan los demás y somos capaces de todo por los nuestros. Yo siempre he protegido a Gregorio de todo, pero algún día me tocará marcharme y sé que tú eres la única mujer que puede hacerle feliz, puesto que estás hecha de mi misma pasta. Pero ya no me voy a extender más que se nos enfrían las croquetas de cabrales, solo me queda disculparme por haberte colocado esta misma escopeta en las narices hace la tira de años y te pido que de ahora en adelante viváis vuestro amor sin miedo a que os lie la más grande.

—Abuela, ¡qué *fuerteeeeeeeeeeeeeeeeeeeeeee!* —chilló Eva, que ya no podía más de la tensión.

Doña Adelina bajó la escopeta, con un gesto de la cabeza les pidió que accedieran al comedor

en la cubierta principal y exclamó exultante:

—¡Bienvenida hija, bienvenidos amigos!

EPÍLOGO

Cinco años después, Álex estaba sentado en la sala de espera de la consulta de Ana y, de pronto, pasó por allí Germán que le saludó muy efusivo:

—¡Álex! ¡Qué bueno verte! ¿Qué haces por aquí? —le dijo tras un apretón de manos y luego un abrazo.

—Estamos esperando a Ana. Hoy empezamos las vacaciones.

—¿Estamos? —inquirió Germán, que en ese instante se percató de que Lucas estaba en la otra punta de la sala lanzando una pelota contra la pared.

—¡No para! —exclamó Álex, sin quitar ojo a Lucas.

—Lo bueno es que ha tenido suerte y es idéntico a su madre —observó Germán, mordaz.

Sin embargo, Álex se lo tomó de la mejor manera posible porque tenía razón:

—Es igual que Ana.

Germán sacó una libreta del bolsillo de la bata blanca impoluta, se acercó a Lucas y le dijo agitándola:

—¡Mira lo que tiene el tío Germán para ti!

Lucas, que era un niño precioso de dos años, de ojazos verdes, espabilado y risueño, le arrebató la libreta a Germán de un zarpazo y farfulló:

—*Asias.*

Luego, tiró la libreta al suelo, la abrió, empezó a estrujar las hojas, a arrancarlas y hacer pelotillas con ellas.

—¡La libreta tiene notas! —le advirtió Álex, por si contenía algo importante.

—Son las notas del gilipollas de cardiología —contó Germán—. Me ha puesto la cabeza como un bombo y le he mangado la libreta para que se vuelva loco buscándola durante un rato.

—Pero…

—¡Deja que la destroce! Son reflexiones absurdas que escribe, entre paciente y paciente, sobre las órbitas hiperbólicas y cosas semejantes. ¡No valen una puta mierda!

—Lucas va a arrancar todas las hojas —masculló Álex al tiempo que iba recogiendo las hojas que su hijo iba arrancando.

—¡Dale ahí, campeón! —le animó Germán, apretando los puños.

—Tú, anímale —farfulló Álex que seguía doblado cogiendo papelotes.

—¡Sigue, Lucas! —exclamó Germán, instando con gestos al niño para que hiciera trizas la libreta.

—Por favor… —le pidió Álex para que parara.

Pero Lucas siguió con su labor de destrucción, Germán se tronchó de risa y le confesó:

—Ja, ja, ja, ja. ¡Qué majo es! Siempre que veo a los nenes de mis amigos pienso que me

encantaría tener hijos que fueran idénticos a mí. Pero aún no he encontrado a una mujer que me motive para deshacerme el nudo. Tú te llevaste a la mejor.

—Lo sé —aseguró Álex, mientras recogía el destrozo de su hijo.

—Y se os ve felices —dijo Germán, sin ninguna acritud.

—Lo somos.

—Yo no apostaba nada por vosotros, pero me alegro de vuestra felicidad.

—Lo somos cada día más —afirmó Álex.

—¡Tampoco me pongas los dientes largos! —le exigió Germán, risueño.

—Es lo que hay. Y ahora, ¡vacaciones, que ya nos toca! —contó Álex a la vez que tiraba todo a la papelera.

—Yo no creo que pueda cogerme ni tres días con la que tengo liada en este puto nido de ineptos. Pero llegaré a tiempo para la boda, precisamente ayer me llegó la invitación.

—Gregorio y Coco ya están allí —le informó Álex.

—Lo sé por doña Adelina. Me wasapeo con ella con frecuencia. Siempre la llevaré en el corazón por la caja de Biodramina que me pasó aquella noche aciaga. ¡Qué mujerón! ¡Dale saludos muy cariñosos de mi parte! —le pidió Germán.

—Se los daré.

—Y a tu abuela también. Nunca olvidaré lo que hizo por mi esa misma noche. Desde entonces, todos los nueve de marzo, por su cumpleaños, le mando un pañuelo de Hermès. La adoro también. Estuvo el otro día por aquí —comentó Germán, sin darle más importancia.

—Ah, ¿sí? —inquirió Álex, que no tenía ni idea de que su abuela hubiera estado en el hospital.

Si bien Germán le sacó de dudas y le confesó a la vez que observaba cómo Lucas seguía arrancando hojas:

—Al principio venía para comprobar que yo había cumplido con mi parte del trato. Se pasaba la tarde entera preguntando a diestro y siniestro, pero cuando corroboró que jamás le haría la *cusqui* a su idolatrada nieta, ya solo viene para conversar conmigo un rato. Tu abuela es otro mujerón.

—Lo es.

—Estaría charlando contigo mucho más tiempo, pero tengo que ir a cortar unas cuantas cabezas. Esto es el mismo sindiós de siempre. Ya sabes. ¡Pasadlo bien!

Germán se despidió de Álex y al poco se abrió la puerta de la consulta, salió Ana y Lucas se fue corriendo hacia ella agarrando lo poco que quedaba de la libreta con dos dedos:

—¡*Mamaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaá*! ¡*Miraaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa*!

—¡Qué bonita la libreta!

—Es del cardiólogo —le informó Álex.

—¿Se la ha quitado? —preguntó Ana, perpleja.

—Se la ha mangado a su dueño su tío Germán y se la ha pasado a Lucas para que la destroce.

—Germán está cada día peor. ¿Qué tal con él? —quiso saber Ana, que cogió a su hijo en brazos y le dio un beso.

—Me vuelto a decir que no apostaba nada por nosotros…

—¡Qué pesado es!

—Y también me ha confesado que me he llevado a la mejor. En eso pienso como él.

Ana sonrió, dio un beso a Álex en los labios y luego le pidió a Lucas:

—¿Me la das?

Lucas le dio la libreta a su madre y añadió después con una sonrisa traviesa:

—¡Ya está!

Ana guardó la libreta en el bolso que llevaba en bandolera y habló en voz baja:

—¡Vámonos de aquí cuanto antes que no veas el carácter de mierda que tiene el cardiólogo!

Y salieron a toda velocidad al parking donde les estaban esperando Eva y Daniela:

—¡*Sorpresaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa*! —gritaron las chicas en cuanto los vieron aparecer.

Se saludaron y Ana les preguntó sorprendida de que estuvieran allí:

—¿Os venís? ¿No teníais unas prácticas?

—Las hemos terminado una semana antes y ¡nos vamos para Ibiza con vosotros! —exclamó Daniela.

Eva, entonces, sacó el teléfono móvil del bolsillo de atrás de sus pantalones vaqueros rotos y dijo emocionadísima:

—¡Vamos a llamar a Tea para darle la noticia!

La llamó por videollamada y al momento Tea apareció en pantalla:

—¡Hola, *holaaaaaaaaaaaa*! —saludó Tea.

—¡Hola! ¿Qué *hacesssssssssss*? —preguntó Eva, divertida.

—¡Coger limones! ¡Es mi vicio! ¡Me deja relajadísima! ¿Y vosotras? ¿Dónde estáis? ¿Qué hacéis todas juntas? ¡Y con Lucas! ¿Cómo está mi chico favorito?

—Hecho un destructor —respondió Ana.

—También estoy yo por aquí —habló Álex, que se pegó a su hermana para salir en la cámara.

—¿Y qué tramáis? —inquirió Tea, con muchísima curiosidad.

—¡Salimos para Ibiza! Nos vamos ahora mismo para pillar el barco de la tarde —le contó Eva.

—¿Vosotras también? —replicó Tea.

—*Siiiiiiiiiií* —respondió Eva, pletórica.

—¡Ay qué bien! —exclamo Tea, feliz—. Porque, aunque tengo la ayuda de mi madre y Coco vino ayer para dejarme las tres pulseras, estoy atacada. ¡Nos casamos en dos semanas y aún me faltan un montón de cosas!

—¡Ya vamos nosotras a tu rescate! —le aseguró Eva, levantando el pulgar.

—Mi padre me tuvo que ayudar el otro día con las invitaciones que aún no había enviado.

—A Germán le llegaron ayer —le informó Álex.

—Adora a Manuel desde que cargó con el como si fuera un saco de patatas, se wasapean bastante, todas las Navidades nos manda una caja de botellas de vino y…

A Tea le interrumpió de repente Luna, una monada de niña rubísima de dos años que gritó:

—¡*Mami*iiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii! ¡Mira qué limón he cogido!

—A ver, mi amor…

—¡Toma!

—¡Qué limón más bonito ha cogido mi niña! —canturreó Tea, que cogió a su hija en brazos.

Todos saludaron a Luna, ella les lanzó un beso con la mano y luego les enseñó con orgullo el limón:

—Le gusta el campo tanto como a mí… —musitó Tea.

—¿Cómo a ti? —inquirió Ana, con guasa.

—Sí, como a mí. Ahora me vuelve loca el campo, adoro a mis amigas las cabras y que sepáis que ya tenemos ocho gallinas.

—Jo, tía, ¡qué bien te lo montas1 Y además tienes el mar —habló Eva, que no paraba de hacer carantoñas a Luna.

—Ya no podría vivir lejos del mar. De hecho, no me imagino viviendo en ninguna otra parte, aunque os extrañe mogollón.

—En unas horitas estamos allí —le aseguró Ana.

—Nosotras en un rato nos iremos a la playa, que nos está esperando Manuel para que le llevemos el bocadillo y el botellón de agua fresquita. Solemos comer en la playa y no me puedo creer que en dos semanas me vaya a casar con él.

—¿No te estarán entrando dudas? —preguntó Ana, con cierto mosqueo.

—¿Dudas? —inquirió Tea, arrugando la nariz—. Espera que viene una gallina para acá y creo que trae algo en el pico.

—¡Dios! ¡Qué *fuerteeeeeeeeeee*! —chilló Eva, abriendo los ojos como platos.

—Es como una rama retorcida en forma de «sí» —informó Tea, muy seria.

—¡Lo flipo! —exclamó Daniela.

—¡No me jodas! —masculló Álex.

—¡Alucino! —dijo Ana.

—¡Necesito verlo! ¡Enchufa a la gallina para que la veamos! —le exigió Eva, que estaba que no podía creerlo.

Sin embargo, Tea lo único que hizo fue troncharse de risa y su hija Luna, también:

—Ja, ja, ja, ja.

—¿Nos estás vacilando? —preguntó Ana.

—¿Cómo voy a necesitar señales a estas alturas para casarme con mi Manuel? —inquirió Tea —. Si vierais la ilusión que tiene con la boda y cómo está con su nena, ¡no le puedo querer más! ¡Ni a vosotros, tampoco!

—Nosotras también nos vamos a casar en Ibiza —les contó Daniela, mirando enamorada perdida a Eva.

—¿Este verano? ¡No me da tiempo a hacerme un traje de padrino! —exclamó Álex.

—¡La idea es casarnos en tres o cuatro años, tete! —le aclaró su hermana—. Nosotras no tenemos vuestras prisas, que os casasteis a los tres meses del reencuentro en la piscina…

—Piscina en la que no hace falta que recuerdes la confusión de Ana, que te veo venir —le advirtió Álex.

Tea soltó una carcajada y luego replicó encogiéndose de hombros:

—¡Lo siento! Pero es que no tengo más que recordar la cara de pánico que se le puso a Ana en cuanto vio a aparecer a Álex enganchado del brazo de Coco y me parto la caja…

—¡Qué mal lo pasé! —reconoció Ana, muerta de risa.

—Acabó todo bien. Y al día siguiente de que me dijeras, mientras doña Adelina nos apuntaba con la escopeta, que querías pasar toda la vida conmigo, fui a comprar el anillo e hinqué la rodilla al amanecer siguiente, en una playa que no habíamos pisado más que nosotros.

—¡Qué *romántico*! —gritó Eva.

Ana miró a Álex, luego a Lucas y no dudó en terminar de rememorar su historia diciendo:

—Y yo en esa playa y en ese amanecer tan bonito te dije que sí y te lo volvería a decir una y mil veces…

Si bien el que dijo que sí fue Lucas y todos se partieron de risa…

AGRADECIMIENTOS

Te agradezco que me acompañes en esta aventura de ser escritora con cada una de mis novelas, que estes siempre ahí y que acojas mis historias con tanto cariño.

En particular, muchas gracias por leer esta novela con la que espero que te hayas divertido tanto como yo escribiéndola, y si te ha gustado, y te apetece, puedes ayudarme a difundirla dejando un comentario en Amazon.

OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA

https://www.amazon.es/Gema-Samaro/e/B00DXFAW7K/ref=dp_byline_cont_pop_ebooks_1

¿Tú qué crees?
Incluso el amor
No estoy para ti
Un desastre con patas
Por fin tú
Nada que ver contigo
Volver otra vez
Un momento perfecto
Mi mejor error
Tú y tus ideas
Ella dijo sí
No debería ser amor
Nuestro mágico destino
Eres lo mejor que tengo
Citronela
¡Ni se te ocurra!
Tenía que encontrarte
Lo hago por ti
Antes de que me eches de menos
Burbujas
Dale la vuelta
Magia inesperada
Mauks: Una bicicleta para dos
Beséame
Aunque no lo sepas
Cualquiera menos tú
Eres de otra galaxia
Mientras te esperaba
Como una luna en el agua
Vicky tiene un vestido
Sucederá lo que quieras que suceda

Entre las azucenas olvidado
La última línea del espejo
Navidad en Manhattan
Susana&Co
El hombre que encontró su casa
Brianda
El secreto de tu nombre

REDES SOCIALES

https://www.facebook.com/kaguface/

https://www.instagram.com/gemasamaro_autora/?hl=en

https://twitter.com/gemasamaro